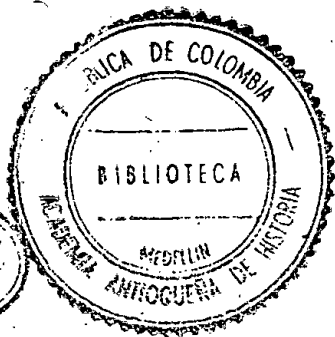


00123

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Su obra ante la crítica Literaria Colombiana.

18



Colección "Academia Antioqueña de Historia".

C 860.09
5821
g.2

HCA
289

INTRODUCCION

El resplandor nativo que nos devuelve, en su desnudez suprema, la belleza primigenia de la creación, es un distintivo de la poesía de Gregorio Gutiérrez González. Todo poeta verdadero posee algo de divino debido al poder de inspiración que agita su interior y lo lanza en vuelo amplio a deslumbrar a los seres racionales con la belleza de sus cantos.

Y si a esto se agrega saber captar con sencillez para que entiendan hasta los ignorantes las bellezas que, descritas con estro, logran provocar meditación en los doctos, es todavía más digno de admiración y suficiente para que los críticos todos de la literatura colombiana tengan a Gutiérrez González, como poeta digno de mención en la literatura universal, así sea por unas pocas producciones. Y que unánimemente hayan podido afirmar que es el Primer Poeta Grande que tuvo Antioquia.

Las auténticas estrellas literarias no tienen ocaso. Y una prueba de que Gutiérrez González lo es, la encontramos en el hecho de que a cien años de su distancia de su muerte, todavía se

reeditan sus poesías; se aprenden de memoria, al menos algunas estrofas de sus más famosos e inspirados poemas y sigue el pueblo leyéndolo.

Ocupa puesto de honor entre los poetas del mundo; es uno de los grandes poetas de la lengua española; es grande entre los grandes poetas de Colombia y es el primer gran poeta antioqueño. Y como tradujo en bellezas incomparables las emociones profundas del amor hogareño, del dolor, y sobre todo las de la naturaleza compenetrándose con ella, ha perdurado el brillo de su estrella. Obras como "A Julia", "Aures", "Por qué no canto?", "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia" son monumentos poéticos, tallados con buril de eternidad. Allí quedarán para siempre en el cielo de la literatura desafiando los siglos.

La fecundidad de la inspiración es sólo una parte del poeta; la otra es la sabiduría del oficio. No es concebible el artista sin una ilimitada voluntad de perfección. La gracia no redime del esfuerzo sino que lo estimula. Gutiérrez González se esforzó por la perfección de su obra.

Los críticos que ha tenido Gutiérrez González, y son prácticamente todos los que ha dado Colombia, coinciden en que su obra maestra es la "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", y que a pesar de haber sido criticada por

sus antioqueñismos, sin embargo ha sido traducida a varios idiomas, inclusive al japonés. "Lo que se explica fácilmente, dice René Uribe Ferrer, si nos tomamos el trabajo de meditar en lo que esta obra significa para cualquier persona de otro pueblo y de otras lenguas; es la lucha del hombre por el pan de cada día; es el arraigo del hombre a la tierra; es la belleza del paisaje en todos sus pormenores íntimos; es, sobre todo, la nostalgia de la vida infantil que es el "leit motiv de toda la obra del poeta". Elíxir que se desprende de ella y que como materia acrisolada, se deposita para siempre en la memoria del público.

Marco F. Suárez dice: "Gutiérrez González, considerado por esta faz, está ligado a la memoria del pueblo antioqueño, no con una estrofa afortunada, no con un mero canto, como otros alumnos de Apolo; su título a la popularidad, su derecho a la admiración es gran cantidad de poesías cuya belleza ha logrado adueñarse de la admiración y afectos generales. Las estrofas del cocuyo, de la batatilla y de la paloma en la composición "Por qué no cantó" son inmortales, no hay duda; de suerte que don Rafael tuvo razón para decir que por ellas diera gustoso sus versos. "Aures" es una sarta de perlas, en que cada estrofa muestra en competencia la delicadeza del sentimiento con la felicidad de la expresión. En los versos "A Julia", la segunda estrofa es el col-

mo del primor literario, por la armonía imitativa, por la belleza de la imagen y por la suavidad que deja en el alma.

Y es preciso recordar que aun hoy en día, cuando la poesía ha entrado en decadencia lastimosa, porque los poetas modernos se han dedicado a una poesía aérea, desprovista de imaginación o enteramente prosaica y sin estro, Gutiérrez González sigue leyéndose y sigue reeditándose su obra y aprendiéndose, de memoria, por el pueblo.

Don Miguel Antonio Caro opinaba que la poesía es propia de países que dan los primeros pasos en la civilización, mientras en los otros, los civilizados, florecen las ciencias y en general los altos vuelos de la inteligencia que razona. Gutiérrez González pertenece a la niñez del pueblo colombiano. Nueve años después de la batalla de Boyacá, que nos dió libertad y cuatro antes de la muerte del Libertador, llegó a la vida en La Ceja, el 9 de mayo de 1826. Trabajosamente caminaba la república, de apenas 30 años de nacida a la vida de la libertad, cuando él inundaba de cantos las comarcas de la patria. La poesía de nuestro gran poeta es un acumulador de pensamientos inmortales; hay estrofas tuyas que producen ondas, cuya excitación dura siempre pues son capaces de irradiar belleza sin gastarse. Los versos de Gutiérrez González después de

haber sido escritos hace setenta y ocho años, siguen siendo actuales porque creó el sentimiento puro y expresó con sencillez y diafanidad incomparables, con elegancia insuperable las emociones que bullen en el fondo de todo sér humano que capta la belleza y el amor. Y tienen otra cualidad sus poesías. Rara y escasa cualidad, repito. Mientras las entienden los ignorantes y las saborean los niños, logran conmovier suavemente la inteligencia de los doctos. Escribió cosas inauditas y maravillosas. Sus versos se han sembrado en todas las edades, han inundado de paz dulce todas las praderas del hombre colombiano y se han convertido en altavoz mirífico que lanza sin cesar pensamientos de belleza.

Marco Fidel Suárez dice que Gutiérrez González tuvo el extraordinario privilegio de percibir en la naturaleza la nota de lo bello, es decir el colorido y el són y el movimiento que mejor afectan el sentido espiritual de las gentes, pero que éstas no alcanzan a expresar. Ese dón de percibir la belleza exterior se asocia en el poeta con el de expresar en forma exactísima los sentimientos que causa la vida de la naturaleza. De allí nació en él el dón de la comparación o símil.

Enuncio apenas algunos símiles famosos de Gutiérrez González, en lo que ha sido inimitable:

“El corazón del hombre es un lira
Dispuesta a producir cualquier sonido;
Tremulento de amor goza y delira,
Herido de dolor lanza un gemido;
Con la esperanza sonreír se mira,
Con la desgracia llora entristecido.

Pero sus cuerdas hechas de quebranto,
Suenan mejor si las empapa el llanto.

(De, “Fragmentos de la Vejez”)

Has visto acaso a la violeta tímida
Mostrar sus galas al primer albor,
Luégo en la tarde replegar sus pétalos
Herida por el astro brillador?

Así del hombre los ensueños plácidos
Envueltos siempre en el dolor están.
¡Ah!, que los goces de la vida rápidos
Riendo vienen y muriendo van!!!

(De “A un recién Nacido”)

Pero, perdón Señora si te ofendo,
al decir que te quiero más que a Dios.
Madre mía: es que a Dios le tengo miedo
y a tí te tengo, tanto, tanto amor.

(A María)

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

(De "Aures")

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel,
Es el tesoro de la edad proveceta.

Esos recuerdos con olor de helecho,
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre,
Que aún seco el árbol su verdor conservan.

¡Ah, malaya volver a aquellos tiempos!
¡Ah! malaya esa edad pura y risueña!

Las sonrisas dicen mucho
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
O tinte róseo del alba
Ya sean de ira o despecho,
Ya de amor o desesperanza.
Y los ojos...
El telégrafo del alma,
Cuántas cosas no nos cuentan,
Con una sola mirada?

(De "A Nada")

No oyes que el péndulo imita
de la muerte las pisadas,
Cuando palpitando acordes,
Tu sién y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
Compás acordado marcan,
A la sangre que circula
Y al tiempo fugaz que pasa.

Son nuestras almas místico ruido
De dos flautas lejanas cuyo són
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor.
Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

Nunca el recuerdo del placer pasado
Alegra el corazón entristecido,
y el dardo del dolor envenenado
Lo lleva siempre el corazón herido.
Que es triste recordar que hemos gozado
Y es triste recordar que hemos sufrido
Y el canto es el recuerdo, y nuestra lira
Por eso en vez de modular suspira.

(De "La Vejez")

También la juventud, recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Confíad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Las plegarias que son alas del alma
La llevan recta hasta encontrar a Dios
Y oración que a su trono se levanta
Baja trayendo alguna bendición.

(De "La Oración").

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A tí vencido yo, tu a mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.

Mucho, mucho mi Julia hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer;
Mas el débil fuí yo, yo fuí el vencido
Tú, fuerte de los dos, tuviste fé.

Y tu fé te ha salvado y me ha salvado
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en qué morir.

(De "A Julia").

Alegres, fascinadoras
Y engañosas las mujeres
Entre su labio el veneno
Esconden de las serpientes...

Halagan con sus promesas
Y pagan con sus desdenes
Siempre engañando... y el hombre...
También engañando siempre.

Es difícil hacer el elogio de Gutiérrez González. Los escritores todos del siglo de oro de la literatura colombiana leyeron sus versos y dejaron tan honda huella en sus inteligencias y sentimientos que no ha habido poeta colombiano más afortunado por el himno de aplausos que todos ellos entonaron a su memoria. Los clásicos: Cervo, Caro, Gómez Restrepo, Antonio José Restrepo, Marco Fidel Suárez, Rafael Pombo, Tomás Carrasquilla, dejaron en las páginas de la historia de la literatura nacional la crítica definitiva de su inspiración. Los novelistas, los guerreros, los estadistas, los historiadores, los ensayistas no pudieron sustraerse al embrujo de su obra. Todos la ensalzaron. La crítica de la obra literaria de Gutiérrez González, forma una auténtica antología y este folleto es una de ellas.

Su obra, "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", ha hecho vibrar de emoción pura, las fibras más recónditas del alma. En los días

raza luchadora y fiera que, hacha en ristre, desafía la selva inviolada, afirma Tomás Carrasquilla.

Pombo dijo que la nostalgia de la vida infantil es el leit motiv de la obra de Gutiérrez González. Basta recordar algunas estrofas de una poesía poco mentada, "La Vida":

“Quién al recuerdo de la infancia tierna,
un ¡ay! profundo a su pesar no exhala?
Quién hay que olvide las pueriles dichas
De que entonces viviendo disfrutaba?

Quién ha olvidado las felices horas
Que en el bullcio del hogar pasaba;
Con sus hermanos entre gozo y risas
En inocente angélica ignorancia?

Aún paréceme ver los viejos troncos
De cardos llenos y de añosas ramas
De árboles respetados por el tiempo
Que al hogar paternal vecinos se hallan.

Paréceme mirar el bosquecillo,
El huerto, la colina, la cascada,
Objetos todos que mi dicha entonces
E imagen hoy que me atormenta el alma.

Paréceme mirar en la llanura
Las ovejas balar, triscar las cabras
Y perderse corriendo el cervatillo
Por entre helechos y pajizas cañas.

Termino con la parodia feliz de Federico Jaramillo Córdoba, a la muerte del poeta, cuyo centenario de muerte celebramos este 6 de Julio de 1972:

El astro que se hundió su luz no avanza,
ni rayos lanza ya desde el cenit,
ya duerme en una tumba silenciosa
la que amorosa,
lira de oro, estremeció feliz.

No hay sombras para tí..., como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal
y huyendo de la luz la luz llevando
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

Si en las sombras del mundo fue cocuyo,
ya que el genio tuyo se tornó fanal
porque a la etérea luz que iba buscando,
irá alumbrando,
la misma eternidad en donde va...

La Academia Antioqueña de Historia, entrega este sencillo homenaje al público, que es una antología crítica del primer poeta de Antioquia y uno de los más grandes de Colombia.

Jaime Serna Gómez,
Presidente de la A. A. de Historia.

SINTESIS BIOGRAFICA DE GUTIERREZ GONZALEZ

Antonio Gómez Restrepo.

Gutiérrez González es el poeta de Antioquia, es decir, de una de las regiones más originales y vigorosas de la República. En sus habitantes se observan fuertes rasgos característicos, que a veces parecen contradictorios: una infatigable actividad comercial y un acendrado espíritu religioso; un profundo amor al terruño y un irresistible espíritu de expansión, una aspiración a difundirse aun en regiones extrañas. El pueblo antioqueño ha impreso un rasgo inconfundible en la fisonomía de la República.

Nació Gutiérrez González en la Ceja del Tambo el 9 de mayo de 1826. Pertenecía a una distinguida y acomodada familia, y recibió una educación de acuerdo con su posición social, según los datos que consigna Don Salvador Camacho Roldán.

Por ellos sabemos que desde muy niño fue enviado a estudiar al Seminario de Antioquia, y luego puesto al cuidado de su primo el señor Juan

de Dios Aranzazu, a Bogotá, al Seminario de la Arquidiócesis, en donde concluyó sus estudios de literatura y filosofía; que hizo en seguida los de jurisprudencia en la Universidad Nacional (Colegio de San Bartolomé), y los coronó recibiendo allí el grado de doctor y el título de abogado en la Corte Suprema de la Nación, en 1847.

No fue político de profesión, pero ocupó varias veces una curul en la Cámara de Representantes por el entonces Estado de Antioquia. Desempeñó cargos importantes en la carrera judicial. Contrajo matrimonio con la distinguida dama doña Juliana Isaza, de la cual tuvo numerosa descendencia, 13 hijos en total, y a quien cantó en versos de inefable dulzura. Falleció en Medellín el sábado 6 de julio de 1872 a las 6 p.m.

Gutiérrez González es uno de los poetas colombianos que han gozado de mayor popularidad. Pero no fue él uno de esos cantores espontáneos que sin formación literaria, y sólo por obra de una ingenua inspiración, componen coplas, que corren de boca en boca entre el pueblo, porque interpretan sus sentimientos. El traductor de Byron y de Víctor Hugo no era cantor de esa calidad, sino un poeta culto, muy conocedor de la literatura de su tiempo, ya que no de las letras clásicas, y que habla a todas las clases sociales, en estrofas elegantes, pero de un estilo tan diáfano y sencillo, que eran a un tiempo admiradas por los doctos y llegaban hasta el alma popular.

La vida de Gutiérrez González, que no ofrece grandes sucesos, fue de lucha constante con circunstancias adversas que amargaron los días de ese poeta geórgico que parecía destinado a verlos correr en plácida contemplación de la naturaleza. En su primera juventud, una novedad al corazón, que juzgó irremediable, por causa de un errado diagnóstico, lo sentó en honda melancolía, con la perspectiva de un próximo fin. Vencida esa crisis, gracias a su vigorosa constitución, fundó un hogar bajo los mejores auspicios; pero surgieron graves dificultades económicas, y la pérdida del patrimonio, que le inspiró la lamentación inmortal. Entregar la casa paterna es para espíritus secos un incidente, como otros muchos que se presentan en la vida; pero para corazones sensibles es una herida que no se cierra y que mana siempre sangre.

Aun desde el punto de vista puramente literario, hubo lucha en el poeta, que por una parte era adepto del romanticismo entonces en boga, y que imitaba con entusiasmo a Espronceda y a Zorrilla, y que, por otro lado, se sentía atraído por su genialidad al cultivo de la poesía realista, a la interpretación sencilla de la naturaleza.

Gregorio Gutiérrez González de Nito Restrepo

Estas tres gees que para nosotros los antioqueños son signos cabalísticos como si dijéramos

las letras por donde se abre el sésamo de la poesía, pues que ellas son las inconfundibles iniciales del nombre de nuestro poeta inmortal, Gregorio Gutiérrez González; estas tres letras, digo, me rememoran una anécdota referente a él, y por tanto indigna de consignarse aquí, como intróito a este recuerdo mío para su primer centenario.

El poeta de "Aures" era alto de estatura, desgarbado y cargado de espaldas, como Pope o Cervantes. Era, además, en política, godo rematado, conservador de envolver en el dedo. Al regresar de un viaje, salieron a encontrarlo varios amigos, entre los cuales estaba el insigne médico medellinense, doctor Ricardo Rodríguez Roldán. Al darse los abrazos del encuentro, el poeta dijo a este Doctor como saludo cordialísimo:

"Venga ese abrazo, hombre Ricardo Rodríguez Roldán, rojo, recto".

Pues en realidad el Doctor Rodríguez era rojo en política y recto de pies a cabeza, con ribetes de Brummel, por lo elegante y buen mozo. Como además de estas prendas excelentes exteriores, era muy inteligente, respondió al punto a su amigo el bienvenido: —Tomá mi abrazo, hombre Gregorio Gutiérrez González, godo gacho"...

o o o

Estas tres iniciales famosas las vi escribir yo en la propia lápida que cubría los restos del

poeta, en el cementerio de los pobres de Medellín, situado por la Asomadera, después de atravesar el barrio de Guanteros, en ocasión muy digna de memoria.

Recién entrado el general Trujillo, vencedor en Medellín, en 1877, vi subir por la calle de Guanteros, estando yo parado en la esquina de la calle del Palo que la cruza, a un hombre flaco, afeitado al rape, menos un bigotillo blanco y recortado, ojos zarcos vivos y chispeantes, que venía como con vino y vociferando más de lo que convenía, como explicándoles a unos seis u ocho negros caucanos que lo acompañaban, quién era Gregorio Gutiérrez González, cuya tumba solitaria iban a visitar y a dejar en ella una corona que uno de los negros llevaba incómoda y ceremoniosamente.

El hombre blanco, de ojillos vivarachos, hacía pías a cada veinticinco pasos, y a voz en cuello quería trasfundir su entusiasmo y veneración a sus oyentes de azabache (por aquellos días muy peligrosos huéspedes de los medellinitas). "Gutiérrez González, les decía, valía más que toda Antioquia con su oro y su plata, y sus minas, su comercio opulento y sus innúmeros judaizantes y moros tornadizos barbudos que poblaban todo su territorio y tenían por sanhedrín y atarazana el marco de la plaza de la ciudad en que se hallaban. A Gutiérrez González lo habían sepultado esos judíos en el hueco para donde iban a descu-

brirlo, después de matarlo a pesares en toda su vida mortal, porque no fue codicioso ni aferrado a los negocios, pero él se vengó de ellos, vengando a otro poeta desdeñado, en unos versos famosos que Gregorio no repudió jamás. El, (el hombre blanco de los ojillos vivarachos) había entrado en la guerra con esos negritos de su tierra, porque los antioqueños quisieron invadirla y la invadieron audazmente al grito de ¡religión! violando la soberanía del Cauca, al comenzar no más. Por eso él, en defensa de la soberanía de los Estados, empuñó su espada (“aquesta espada que me ciñe ñanga...”) y aún su lira, y antes de pelear animó a los negritos con aquella épica proclama que comenzaba:

“¡Caucanos! los fanáticos
de estas montañas próximas
a nuestro suelo acérzanse
Gritando ¡religión...!”

Y fueron los Chancos y el Arenillo y San Antonio y Otún y Bateros y Manizaleas y la entrega a discreción de los godos vencidos. Entonces el hombre blanco volvió a cantar para pedir cesación de hostilidades y reconciliación fraternal de todos los combatientes:

“¡Liberales!, oíd, cesad los fuegos,
Antioquia dice que rendida está...”

El — seguía diciendo aquel fantástico profeta bíblico caído al callejón de Guanteros en aquel día insólito — él entró vencedor en Manizales por complacer a los compañeros; pero a fe de caballero que había querido volverse para su Valle sin pisarles su tierra a los barbudos. El hubiera querido hacer lo que hizo el invicto David Peña después de Bateros y la rendición de Antioquia: saludar a ésta con la espada en alto y la cabeza descubierta y no consentir que su caballo blanco pisara la tierra del oro y los capitales a premio, para que jamás se creyera que él había entrado en esa guerra con otro ánimo que el defensivo de sus lares invadidos, jamás por tomar venganza de los hermanos extraviados ni palpar los bolsillos de los Recaredos fugitivos... Pero el hombre blanco, una vez Manizales, se acordó de su condiscípulo y viejo amigo Gutiérrez González, muerto apenas cinco años antes, y quiso proseguir su viaje sólo por dejar una corona en aquella tumba humilde, iluminada empero por todos los resplandores, “tumba silenciosa”, como acaba de cantar otro poeta antioqueño — Federico Jaramillo Córdoba — llorando la muerte de Gregorio, en una inmortal parodia elegíaca del “¿Por qué no canto-”:

“El astro que se hundió su luz no avanza,
Ni rayos lanza ya desde el cenit:
Ya duerme en una tumba silenciosa
La que amorosa lira de oro, estremeció feliz...”

Y volvió la esquina el hombre zarco, seguido de sus negritos, buscando el cementerio de los pobres. Yo, a conveniente distancia, los seguía también, curioso de ver en qué paraba aquella peregrinación inusitada, y seducido, casi arrobado, por los discursos de aquel hombre, que era de los vencedores, se veía bien pero que no había venido a cosas humanas y vulgares, mas a cumplir ritos de la santa religión de las Musas, por aquellos días olvidadas en el fragor de los rencores políticos.

Como se endilgaron por un zanjón arriba, dejando la calle de la Asomadera, ya estuvieron en la puerta o boquete del paredón de bóvedas semicirculares que constituía el cementerio, con algunas cruces diseminadas en el prado o suelo empradizado que servía de centro al murallón. El guarda del lugar se puso a las órdenes del extraño visitante y lo condujo, tomando a la izquierda de la entrada, como unos treinta metros y allí le señaló una bóveda de la segunda o tercera serie del suelo hacia el cielo, y le dijo: "Ahí está...!"

El Doctor Próspero Pereira Gamba, (pues no era ni podía ser otro el hombre blanco que dirigía a sus negritos en aquella romería al lugar sagrado), arrojó al suelo su sombrero e hizo que sus fieles compañeros lo imitaran con sus kepis ahumados de muchas y muy sangrientas batallas; se puso de rodillas y ordenó a sus negros que se

arrodillaran también, lo que hicieron al instante y con rápido y uniforme militar movimiento. Levantóse incontinenti y ordenó a sus negritos que rezaran un padrenuestro, que él encabezó con unción sincera; luego sacó del bolsillo de su chaqueta de coronel una cartera en que traía algo escrito, cogió un lápiz y escribió en la losa sepulcral un epitafio en latín, que no recuerdo ahora, pero que J. de D. Uribe, llevado por mí a pocos días al mismo lugar, lo copió y se lo sabía de memoria, y el siguiente cuarteto endecasílabo, que jamás he olvidado:

“!Luz de mi patria, vate sin segundo,
Aquí Gregorio el inmortal reposa;
Paz y descanso ofrécele esta losa,
corona el cielo, admiración el mundo!”.

Enseguida, colocó la corona que llevaba prevenida, les pronunció otra breve oración a sus negritos y por sus pasos contados volvió a la ciudad, que desocupó con el alba del siguiente día.

o o o

Por allá en el año de 1867 estaba yo en un Colegio famoso de Titiribí, la rica y muy sonada ciudad, patria de Ricardo Escobar Quijano, que libertó su alma grande de la prisión del cuerpo, imbuído en las doctrinas caóticas de Platón, que todavía hacían estragos con sus falaces transmigraciones, estaba, digo, estudiando el “quis vel

quis" y el "eleolo guayabito, equis ojo pandequeso", y vivía en la calle de Cantarranas, casa de ño Jacobo Arias, donde tenía una tiendecilla, entre pulpería y ultramarinos, Don Cerbeleón Vélez, joven incruído de Salamina, liberal relapso, antiguo prisionero de Don Julio Arboleda y que era uno de los políticos del lugar de quien se podía tomar noticias frescas sobre las campañas del 60, de Mosquera, del Tuso Gutiérrez, de Marcelino y sobre todo del general Braulio Henao, antioqueño ilustre, jefe de la 3ª División que asoló el Cauca, pero que por allá le quitó a la cólera peligrosa, por lo evaporada, de Don Julio, un sinnúmero de antioqueños liberales, que por ello vivían agradecidísimos al general Henao, hombre compasivo y noble, muy diferente de la sarta de facinerosos galonados que han deshonrado luego las armas antioqueñas.

Por motivos que hasta hoy ignoro, el general Henao incurrió en la inquina del poeta. Por aquel año, Antioquia federalista, con su gran Berrío de portaestandarte, se rebulló en hervezón gloriosa contra los intentos dictatoriales de Mosquera, y quién sabe en esas circunstancias qué dicho o hecho del general Henao le produjo un remezón de ira al cantor de "A los Estados Unidos de Colombia" en 1864 cuando fue conveniente amenazar al Gobierno general para que reconociera el gobierno de facto de los conservadores revolucio-

narios triunfantes. Entonces decía Gregorio azuzado por Berrío:

“Vednos aquí con el fusil al brazo,
Esperando el “¡Descansen!” o el “¡Alerta!”
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
El hierro de las mismas bayonetas.
No creáis que las puertas del Estado
Como otro tiempo encontraréis abiertas;
Iremos a escuchar cerca de Bosa
Si el eco del cañón como antes suena...”

Conviene recordar que en Bosa, en 1854, cuando la guerra contra Melo alzado con el poder, fue donde se cubrió de gloria el susodicho general Henao, que mandaba las fuerzas antioqueñas contra la dictadura.

Y contra el general reventaba ahora el Poeta, que era, además, su paisano de Aures, o del Arma o del alto Nare. El terrible don Cerbeleón estaba indignadísimo, un día que el correo de la Villa había llegado al pueblo, porque en su valija de impresos había aportado una hojilla suelta, no mayor que la planta del pie con la que la estrujaba, en que podían leerse unas cuantas estrofas de G.G.G. contra don Braulio, una de las cuales, que se me quedó en la memoria, certifica así la marca de fábrica gregorina:

“Aquí yace por siempre sepultada
De Antioquia la infeliz Federación;
Y en el mismo sepulcro está enterrada
Del indio la fatal reputación...”

Después que se doctoró de abogado aquí, fue en Antioquia magistrado del tribunal en Medellín. Pero el Poeta, empecinado en sus sueños vagos de artista y llevado de la dulcedumbre del no hacer nada, apenas si acaso despachaba algún expediente de litigantes demasiado afanadores o si asistía a las audiencias con sus colegas de la Corporación; de tal suerte que hubo de retirarse del puesto dejando una fama nada envidiable de sornero y maganzón.

Años después fue él litigante a su turno, en un reñidísimo pleito que había de fallar en definitiva el doctor Pascual González, célebre jurista, que figura en las cartas sobre la Antioquia de aquella época (1856) de Emiro Kastos, el gran prosista de la tierra del Maíz. Después de estar ya citadas las partes para sentencia, hubo de volver el poeta a esta capital y demorarse por acá buenos y largos meses, sin obtener noticia del resultado de su pleito, que lo aguijoneaba más que un dolor de muelas. Al volver a Antioquia, de Salamina o de otra población del camino, le puso a su homónimo González y reemplazante en la magistratura este despacho morsiano: “Señor doc-

tor Pascual González. - Magistrado. - Medellín. -
¡¡Cara...cho! ni yo!" (fdo. G.G.G.).

o o o

Viajaba alguna vez Gregorio con el grande, insigne escritor, filósofo, poeta también, criminalista incomparable, sabio químico y matemático, doctor Camilo Antonio Echeverri, amigo fervoroso del poeta, y habiendo llegado a una posada escueta y desabatecida en aquellas montañas, querían distraer la murria y la fatiga del viaje a caballo todo el día, leyendo alguna cosa de entretenimiento, pero no hallaron ni un "Catón de San Casiano", ni unos "Doce Pares de Francia", ni nada absolutamente. Entonces Camilo Antonio hizo abrir sus alforjas y sacó reverentemente el tomo de poesías de Gregorio Gutiérrez González, que el poeta acababa de publicar en Medellín (1869). Al verse en manos de su amigo que se disponía a leer en alta voz, el Poeta pidió y rogó afanoso que se le suprimiera aquel suplicio. Camilo, por de contado, insistió en su modo de ser autoritario, imperativo; y entonces el bardo suave y gentil del "Cocuyo", dijo sentándose resignado como para sufrir una descarga a quemarropa:

"Leamos... pues,... mé!"

o o o

Estando Gregorio en una tienda de Sonsón, conversando con sus amigos y matando el gusano del aburrimiento, le llamaron la atención hacia un forastero que se había colado a la tertulia, con el ímpetu de un ventarrón y la sorpresa pintada en el semblante montaraz. El entrometido quería conocer al Poeta y venía de una población lejana a satisfacer ese gustazo y ese honor. Pero al ver a Gregorio en su secillo porte y talante, que nada tenía de ideales y sublimes como sus versos, el hombre vaciló confuso y soltó su duda de que aquel hombre fuera el Poeta de "Julia".

—“Aquí me tiene, mi amigo, para servirle — dijo Gregorio —; es que, en realidad, yo soy mejor no conocido...”

Qué tal si ese baúsán hubiera visto a Sócrates o a Leopardi...!

o o o

Gregorio dijo con modestia no fingida que él no escribía español sino antioqueño; es decir, que él no rebuscaba la frase castiza, el giro elegante, las voces poéticas, sino que se dejaba llevar de la medida y la rima y acomodaba dentro de ellas el vocabulario usual de los negocios y menesteres familiares, tales como éstos son tratados por el común de las gentes con quienes el poeta se ponía en contacto. Extremó gallardamente esta libertad en el poema del "Maíz", donde no aventuró

ningún término técnico, ni castizo siquiera, para describir maravillosamente las cosas y personas de su tema. El fue todo naturalidad, sencillez, emoción. Sus imágenes y comparaciones, que se desgranán en sus estrofas como mazorcas del diezmo en traje de campesino rico, salvan todos los escollos del prosaísmo, de suerte que mientras más trivial parece, es más profundo y más conmovedor. El procedimiento espontáneo del poeta de nuestras montañas, es la imagen viva de la cosa o del sentimiento descritos, puestos al alcance del menos letrado de sus lectores, por medio de comparaciones tan elegantemente poéticas, que se graban en la memoria y hieren hondamente las más recónditas fibras del corazón. Y eso es ser poeta, gran poeta, más que natural, nativo, más que primitivo, prístino, casi paradisiaco, si ciertas notas amargas de su libro no nos recordaran que el eglógico Gregorio sabía también de quejas como rebeldías y de sonrisas que eran carcajadas sarcásticas... .

o o o

Es imposible que yo cierre estos apuntes sobre nuestro gran poeta, sin copiar lo que de él dijo otro poeta y hombre eminentísimo, por su numen y letras, don Manuel Pombo, cuando lo visitó en su casa de Sonsón, en 1852, en su admirable relación de Viaje de Medellín a Bogotá, que se publicó aquí en 1914.

Conviene retener que este Don Manuel Pombo es, en mi sentir, el famoso "Felipe" de Gutiérrez González, héroe del tremebundo artículo como de costumbres, que escribió éste para vengar a aquél de los reales o fingidos agravios que a su amor hiciera un tiazó — judiazo de los del marco de la plaza, que encocoraban también al fundador de Pereira, don Guillermo y Gamba, atrás nombrado. Don Manuel Pombo dice así:

"En las márgenes del Aures que acabamos de dejar, el calor del sol y de la temperatura nos hacían transpirar en abundancia, y ahora el viento y las nieblas de Capiro casi nos entumecían las manos: tan rápidas así son las transiciones en este país, eminentemente montañoso. Con razón me decía mi conductor que en todas estas comarcas no había dónde amarrar un gallo sin que quedase colgando.

Al cabo de un corto descenso llegamos a Sonsón, en donde me acogió bajo el techo paterno Gregorio Gutiérrez González.

Volví a ver, en su propio hogar, en el seno de su familia, al lado de sus padres, de sus hermanas, de su esposa y del primer renuevo de su amor, al amigo que tanto habíamos querido en el colegio, y a quien por su organización sensible y fina, exceptuábamos quizá únicamente del régimen de ruda franqueza de implacable burla de

aquella vida retozona y atolondrada. A un gran talento, a un corazón honrado, unía Gutiérrez rica imaginación, trato jovial, y cierto olvido de sí mismo, cierto recato, cierta cortedad que, como un velo de gasa, se extendía sobre sus cualidades para hacerlas más simpáticas. Era una alma apasionada, pero púdica; independiente, pero blanda; expansiva, pero discreta.

Gutiérrez era un buen compañero, que en todo seguía nuestra suerte y estaba sometido a nuestras comunes vicisitudes; pero sin que él se diese cuenta de ello, gozaba de un prestigio que todos acatábamos: era un ave canora que se nos había revelado desde sus primeros gorjeos, un poeta precoz, un destino en que intuitivamente presentíamos algo del Tasso.

En efecto, en aquella edad casi adolescente, en aquella época apenas rudimentaria, entre aquella atmósfera de inquietud y veleidad, cantar, cantar de un sólo arranque "Mi Muerte", "A Matilde", "Una lágrima", "La desgracia", "A un niño expósito", "Super flumina Babylonis", "A una calavera", "Al Diablo", "Coquetería", "Tu ramillete", "Una visita", etc., era adelantarse a su generación, ser maestro desde el primer ensayo, tener genio, ser poeta.

De los claustros del colegio, de ese almácigo de donde después resulta, al transplantarlo a la sociedad, toda especie de vegetación, desde la or-

tiga inútil y el manzanillo maléfico hasta el mirto sagrado y el victorioso laurel; de esos claustros de grato recuerdo, cada cual salió a cumplir su vocación, a arrostrar su suerte:

“¡Quién será de los sabios de la tierra
El que rumbo señale a su destino!

¡Quién a sus pasos marcará camino
Por el caos fatal del porvenir!”

Gutiérrez regresó a su provincia y, ajeno a toda ambición, queriendo esconder la luz debajo del celemin, se acogió a la sombra de su pueblo, y a su abrigo buscó su compañera y formó su nido. Casó con la bella señorita Juliana Isaza, a quien él, siempre poeta, llamaba Sulamita.

Es hijo del Señor José Ignacio Gutiérrez y de la Señora Inés González, hermana de la Señora Antonia González, madre que fue del almibarado Aranzazu (Juan de Dios). Tiene tres hermanas: la Señora Carlota esposa del señor D. Valerio Isaza y las señoritas Juana y Bárbara.

Creo que Gutiérrez González nació en jurisdicción de la Ceja del Tambo, en 1826, y que hoy, por consiguiente, tiene veinticinco años.

Gutiérrez, al par del más fino trato, tuvo la condescendencia de franquearme el libro en que guarda originales versos. Es un bello volumen en 4º, escrito con limpieza y adornado con viñetas

de su propio puño, pues reúne al numen del poeta las manos del artista: conservo un primoroso utensilio, obra de talla suya, que me regaló para memoria de la visita que le hice. Para los dos, sus versos tenían doble interés, nos retrotraían a épocas pasadas, embellecidas ya por el recuerdo; así era que a cada estrofa venía un comentario, ya repasando un suceso, ya evocando un amigo; tan pronto entristeciéndonos con las amarguras, como riendo con las elegías de entonces.

Y como reflexionábamos que cuando esto hacíamos empezábamos a vivir, los acontecimientos estaban aún recientes y los amigos iniciaban apenas su destino, comprendíamos cuánto aumentaría de valor todo esto cuando el tiempo pusiese su sello definitivo sobre los resultados de los hechos y la suerte de los hombres...

¡Con razón, decíamos, que los viejos echen tanto de menos sus mocedades! ¡Con razón que les parezca tan insulsa y descolorida la realidad del presente, viendo el pasado al través del prisma de los recuerdos!

¿Y nosotros llegaremos a ese estado? ¿Alcanzaremos la madurez? Si hasta allá vamos, ¿por cuántas averías, por cuántos desengaños tendremos que pasar?

De eso no hablemos, decía Gutiérrez, esos son romanticismos; se alquila la casa con sus goteras..."

Algunos aventureros de la literatura, planfletarios menesterosos u oradores de ocasión y paso enseñado, han pretendido entre nosotros fundar la escuela de Beocia, ruda, sin gracia, sin sintaxis ni régimen y concordancia, sin gramática que ellos dicen, sin trabajo, porque no tuvieron tiempo ni escuela hogareña dónde aprender nada y escriben por ahí sus pataratas para el gran público rumiante, único al bajo nivel de tales corsarios, cuya fama humillante morirá antes que su ficha antropométrica y las plebeyas ediciones de su pornografía en jeringonza y sus catilinarías en germanía. A esa escuela de jornaleros chambones de la pluma se les ha recordado mil veces que la Belleza tiene sus líneas geométricas y su expresión científica en el idioma que la sirve de vehículo y la fija y la plasma para la inmortalidad; que nada mal escrito puede sobrevivir al ruidajo de su altisonante aparición; que ciertas reputaciones anfibia más descrédito dan que no alabanzas merecidas; pero ello es predicar en desierto. La desvergüenza suple al estudio y el aplauso de la plebe ignara satisface a los que se parecen a ella y que por más que pretendan ser unidades siempre serán turba.

Volviendo a nuestro poeta inmortal, pues lo dicho para los hombres de la prosa no toca con él, y como una enseñanza para los jóvenes principiantes (si los jóvenes de ahora no son todos acabantes), quiero copiar aquí unas palabras de

Eca de Queiroz, el gran novelista lusitano, artista de perfección que abrumba, y que tomo de una de sus cartas a un amigo, gran literato también, pero sin duda, descuidado o desconocedor de las reglas, que reza así:

“Mis parabienes por su trabajo sobre don Sebastián. Ninguno más bello, más patriótico, ni más poético. Pero perfeccione la forma! ¡Pula, cincele, cristalice! No se deje llevar por las teorías abominables del amigo Oliveira Martins sobre “la sinceridad de la emoción” (la escuela de la Beocia). El sentimiento más artificial puesto en un verso de factura maravillosa, es una obra de arte; en tanto que el grito más verdadero de pasión en un torpe alejandrino, es una vulgaridad insulsa. Sólo hay Belleza donde hay Orden. ¡Pula su forma!

Orden, armonía, ritmo, medida, proporciones, acentos, censura, rima, metro... palabras sin sentido para los pretendidos poetastros de estos tiempos, que fabrican unas estrofas caleras de ripios enteleridos y los bautizan de poemas muy orondos. Ya no necesitan ni escribir, cosa que les haría subir los colores a la cara “al ver” sus páginas de dislates: le dictan al linotipista, lo mismo un poema de cuatro renglones que otro de cuatro mil...

Gregorio, que no escribía en español sino en antioqueño, como él dijo por chanza y llevado de

su indolencia dejativa, tampoco sabía lenguas extrañas ningunas. Mi amigo don Carlos Latorre comerciante muy leído y viajado, del marco de la plaza de Medellín, me contaba (y era hombre de una veracidad escrupulosa) que él le hizo conocer al dulce "Antíoco" (seudónimo que usó Gregorio mucho tiempo) las poesías de Byron, de las cuales le tradujo algunas hermosísimas, que Gregorio puso en versos castellanos tan perfectos como los quería de Queiroz.

"La lágrima", el "Canto a Grecia", fueron vertidos del francés o del inglés, de un modo invaluable. Compárese, por ejemplo, la traducción del "Canto a Grecia" de Gregorio con la que luego hizo el profundo conocedor de la lengua inglesa, César Conto, y se verá que es mucho mejor la del primero. Sin duda viene aquí aquello de Larra: para traducir a un poeta se necesita ser tan poeta como él o más si se puede. Y Gutiérrez era cien veces más poeta que Conto, en el sentido de poeta lírico, sentimental, sagrado. Conto era un admirable repentista, un poeta jocoso apenas superado entre nosotros por Joaquín Pablo Posada. Era más indicado para traducir a Byron Gregorio que César. Gregorio rico hubiera sido un Byron. Pero; así y todo como él fue, quizá no tenemos en Colombia otra gloria poética mayor que la suya, más universalmente conocida y más hondamente apreciada. El siglo que hoy cumple esa gloria es apenas modesto pórtico de años para

el templo que a su fama imperecedera levantarán los siglos por venir.

En este día glorioso, saludo conmovido su risueña cuna en La Ceja, el más bello y poético valle de Antioquia; a Sonsón, donde el poeta se casó y vivió los más felices años de su vida, porque en aquel otro vallecico todo respira felicidad, y a mi tierra toda donde se adora a la santa trinidad gregoriana — “salve frisoles, mazamorra, arepa!” — que en este día honra con altares dignos de su afecto a su genial poeta.

Salvador Camacho Roldán.

Con viva emoción, casi con miedo, tomamos la pluma para escribir estas líneas de introducción a las poesías de Gregorio Gutiérrez González.

En nuestro humilde sentir, las notas melancólicas y tiernas del cisne antioqueño tendrán ese eco duradero que sólo es atributo del genio levantar en los montes y los valles, para repetirse luego en el corazón humano en larga serie de generaciones; y es osadía pretender asociar al prolongado y dulce acento de cantos que no morirán, al monótono ruido de insulsa prosa.

Condiscípulos y amigos íntimos del autor, recibimos en los claustros de San Bartolomé las confidencias de su alma poética y soñadora, y oímos recitar por primera vez gran parte de esas

composiciones con la ingenua admiración con que puede un niño contemplar en el alba la aparición de las primeras luces del sol.

Los seis años de 1842 a 1848 fueron a no dudar, una época de poesía y de cultivo literario, originada en Europa por la paz que habían traído consigo las soluciones de Waterloo, la caída de la rama mayor de los Borbones en Francia y la regeneración liberal en España; y en América por la independencia de las colonias españolas, época notable que pasaba sobre el mundo como una onda poética irresistible. Las tempestades de la política producen conmociones diversas en el cerebro humano, y, al parecer, el tiempo que sigue a esos grandes cataclismos es y ha sido, en la historia, el de incubación y renacimiento de las letras y las artes.

Todo eso debía producir y produjo en Bogotá una de las más notables reverberaciones literarias que registrará algún día nuestra apenas naciente historia nacional.

Julio Arboleda producía entonces las más selectas notas de su plectro lírico: José E. Caro daba a luz las mejores inspiraciones de una musa llena de vigor filosófico; Ricardo de la Parra, — en medio de trascendentales estudios filosóficos, con los que se adelantaba treinta años a la generación actual, — no desdeñaba, desde las soledades de Bocas del Toro, a donde había ido a res-

tablecer el disputado imperio de nuestra bandera reproducir con pincel poético los brillantes colores con que tiñen el firmamento las magnificencias del **Arrebol de Mayo**; José Joaquín Ortiz escribía su oda **Al Tequendama**, que con **La Golondrina** y **La Bandera** nos parecen las tres más finas joyas de su poético taller. **Al Tequendama**, que siempre ha inspirado cantos de primer orden a Gutiérrez González, Samper, Celedón, Ortiz, quien apostrofa a la "imagen del despecho" en lenguaje no menos magnífico que el de Fernando de Herrera.

El Gobierno mismo, quizá sin pensarlo, contribuyó a este movimiento notable de los espíritus en busca de satisfacción literaria, colocando en la cátedra de Retórica, que hasta 1842 había regentado el venerable señor Pedro Herrera Espada, con más entusiasmo y gusto estéticos que éxito brillante, al español señor Diodoro de Pascual, cuyas lecciones orales, muy ruidosas y concurridas en 1845, dirigieron la corriente al estudio de la literatura española contemporánea. A estas pocas lecciones, únicas quizás recibidas por Gutiérrez González en el campo de la literatura, asistía éste con vivo placer y era, con José de Jesús Alviar, de los alumnos más distinguidos.

Del seno de esa atmósfera poética salió a luz el cantor de estas poesías, mostrando desde su

primera aparición las grandes cualidades que habían de distinguirle después.

Sí; cuando los cantos de un poeta han ido más allá del campanario de la aldea, y vagado en alas de las auras, y han sido repetidos por el murmurio de los arroyos, y reproducidos por el eco de las colinas, y antes que aplaudidos en los palacios del rico, han alegrado las vigiliass en las cabañas de los pobres, y resonado en tierras remotas... entonces está medio ganado el pleito de la fama. Y si reducida a polvo la generación que primero los oyó, tal vez indiferente, los cantos levantan la losa de los sepulcros y tornan a repetirse en los ecos, y otras generaciones confirman el fallo, entonces se ha pronunciado la sentencia infalible, y la gloria envía desde lo alto coronas de luz a alumbrar para siempre un nombre decorado con el sello de la inmortalidad. Sin embargo, el juez que adjudica esos lauros imprecaderos no viste la toga de los altos ministros, ni lleva en la mano el cetro de los reyes, ni cubre la cabeza con el bonete magistral del profesorado: es el humilde pueblo, que ha sentido con esos cantos entrar la alegría a sus tristes hogares, y encontrado en ellos lágrimas de consuelo para sus dolores, y sentido a su mágica influencia con alas para volar en las regiones de la fantasía, es la multitud desposeída la que es dueña del dón casi divino a que aspiran el poeta y el guerrero, el sabio y el pacífico conductor de los pueblos.

Gutiérrez González ha subido ya las primeras gradas de ese templo; sus versos han penetrado en todas las capas sociales, han trasmontado las altas cimas de los Andes que circueya a su Estado natal, y lanzándose más allá de las playas que limitan su patria. Falta saber si el fallo de la posteridad confirmará el juicio contemporáneo.

Varias son las dotes que dan derecho incontestable a Gutiérrez González al título de gran poeta.

La primera de ellas es la verdad. No se encuentra en sus poesías una idea falsa, ni una comparación que no sea justa, ni una imagen que no corresponda al objeto que se quiere representar. No hay en él sensibilidad afectada, ni exageración en las sensaciones, y menos todavía lenguaje hinchado fuera de proporción con la altura de impresiones recibidas por el poeta. La sencillez es una de sus grandes dotes, y a ella sacrifica siempre hasta la medida o la cadencia del verso. La naturalidad es en él perfecta; y con excepción de algunas composiciones arrancadas por exigencias personales, en que la espontaneidad de la inspiración no es completa, la generalidad de ellas salta con raudal cristalino, como una fuente al través de la roca.

En ninguna de ellas se percibe el esfuerzo: las estrofas se suceden prestas, gentiles, llenas

císimo Alfieri fueron lo que son sus respectivos estilos, que Shakespeare no ha dejado conocer su lado flaco, sus miserias si las tuvo, porque, autor dramático por excelencia, fue espejo de la humanidad y no de sí mismo, — lo que lord Byron no logró ser; que el sabio don Andrés Bello era, como lo es su poesía, la discreción encarnada; que Julio Arboleda, genio, águila y ruiseñor, temperamento a un tiempo de héroe, de tribuno, de poeta y de diplomático, dejó en lo que nos resta de sus versos los materiales de su retrato,

César de alta virtud, pero sin Roma;

Antíoco, a pesar de la moda y de sus tempranas aflicciones, reales o imaginarias, nunca mereció ser clasificado como poeta llorón, pues no dominan en sus versos la monotonía y la impostura de aflicción que caracterizan el género. No sólo no hay sombra de éste en la **Memoria sobre el cultivo del maíz**, su más extensa poesía, sino que, aún en pleno zorrillismo, buen número de ellas eran jocosas o humorísticas, como **El romanticismo tétrico**, **Una visita**, **Al diablo**, **Coquetaría**, **Ella y él**. En el álbum de Juana y una **A mis pies**, excluída de publicarse; y entre las posteriores hállanse **A mi vecina**, **Tresillo** y la **Carta al doctor Uribe Angel**, cuyo humor de amargo sarcasmo no es de llorones, aves generalmente melifluas e inofensivas. En las lúgubres de su

primera época, aún donde más se disfraza de Zorrilla y Abigaíl Lozano, asoma de cuando en cuando el dolor propio, tal vez rompiendo la cadencia de la imitación acústica.

Tengo para mí que en la poesía no son los propósitos del autor, no los asuntos que escoge, sino su manejo y estilo, y sus apartes e inadvertencias, lo que caracteriza al hombre. El hábito (la profesión) no hace al monje, pero sí el modo de llevarlo. No hay, por ejemplo, nombre literario más lúgubre que el del doctor Young, y maravilla saber que aquella misma pluma que se dedicó a cortejar a la muerte en sus famosas **Noches**, vivió ochenta y cuatro años cortejando con indignidad suma las grandezas a intereses pasajeros de la vida, y borrando o cambiando las lisonjeras dedicatorias de sus obras; pero preocupado con esto el doctor Johnson, o un colaborador de sus **Vidas de los poetas**, ya hizo notar hace un siglo que las **Noches** mismas aparecieron con dedicatorias de cortesano, y que en el curso del poema el mendigo de favores de los grandes se hace traición repetidas ocasiones. El atroz desenlace de la vida de Larra señaló también a los lectores no pocos sollozos y lágrimas que turban sus risas y salpican sus innumerables agudezas.

Y nuestro poeta colombiano asaltador de fuertes, después que en su **Me ausento** traza un cuadro amoroso de una delicadeza de pincel y una verdad

psicológica quizá nunca excedidas, venciendo a Garcilaso mismo en la ternura, — pues dudo que en lengua alguna se haya suspirado más dulcemente que al decir:

¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que, respondiendo, alivie nuestro afán, —

en las dos últimas estrofas, como fatigado de prosternarse ante una criatura quien se siente digna imagen de su Criador, yergue la cabeza con un movimiento de virilidad formidable.

En las poesías de Gutiérrez González que se conservan, no hay ocasión a contrastes semejantes; mas para hacer ver que no eran de su temple de espíritu la empalagosa dulzura y la femenil quejumbrosidad de los llorones, basta enseñar su poema del Maíz, consagrado casi íntegramente a labores viriles y en estilo a un tiempo gracioso y de la más enérgica sencillez, como fruto de una vigorosa *mens sana in corpore sano*; y léanse además su heróico cartel **A los Estados Unidos de Colombia**, y varias de sus últimas composiciones, en que, sin haber leído jamás a Enrique Heine, suele adivinar la terrible sonrisa de su desesperación; y léase en fin el fragmento de **El Sombrerón**, que por ser sólo un fragmento no nos permite juzgar de la moralidad conclusiva de dicha

leyenda. Me atrevo a creer que ni Espronceda ni Byron han tratado la pasión con mayor energía:

Vuelve en Clara a pensar, y en su despecho
Cree que la odia, y que la olvida cree;
Quiere arrancar aquel amor del pecho
Aunque se arranque el corazón con él.

¡Siempre en ella pensando...! y aunque herido,
Se dirige hacia Clara el corazón.
Luchar con el amor es ser vencido;
Don Rodrigo en la lucha sucumbió.

Y dejóse arrastrar por la pendiente
Vertiginosa que le llama a sí,
Marcha veloz que tiene solamente
En el delito o la locura fin.

.....
"Me es preciso tu amor. Yo necesito.....
.....

"¡Oh! ¡qué no hiciera yo por agradarte!
Todo lo hiciera por amor a tí...
Sí, todo, todo, menos olvidarte,
Ni un solo instante sin tu amor vivir.

"Ordena lo que quieras. Me transporta
El ir a obedecerte. Haz la señal...
¿Una virtud?... ¿un crimen?... ¡Nada importa!
De todo soy capaz. ¡Puedes mandar!

En la historia de las pasiones los extremos se tocan. El mismo que temblaba y perdía el sentido al acercarse Temilda, era capaz de los transportes de león que imaginaba en don Rodrigo; y aquí otra vez el discípulo olvida a su maestro de Valladolid, confirmando que un impulso vehemente y verdadero rompe el disfraz ajeno y deja aparecer al hombre.

Reconozcamos en las poesías algunas de las huellas del infortunio real, y su influencia sobre el estilo del poeta, a partir de 1856, prescindiendo así de unos doce años de azorrillamiento y de aneurisma imaginaria, igualmente que del ya citado romance **A. M. F.**, eco de alguna contrariedad positiva experimentada en 1852. En 1856, aunque llevaba ya seis de felicidad doméstica al lado de Julia, vuelve a lamentarse de soledad, desilusión y abrojos, pero lo hace en versos de álbum. **A la señorita María Josefa Argáez**, y con una paz, suavidad e igualdad de estilo tan completas, que, yo a lo menos, no tomo nada de eso a la letra. Hay allí jardín, flores, pájaros, arroyo murmurador, impresiones de Zorrilla y del **Te quiero** y otras poesía de Arboleda, lo cual indica que es composición de cumplimento, y no de sentimiento propio. Más propia y sentida me parece la compañera, dirigida en los mismos días **A la señorita Dolores Argáez**, en la cual, en vez de esa desdicha postiza, sobresale, de entre un cuadro de cariñosa frescura, como borrador o prelude

de Aures y de la Memoria sobre el cultivo del maíz, este toque verdadero de contemplativa melancolía:

Esas memorias de la edad primera
Son siempre bellas porque están ajenas. -
Y sus recuerdos nos parecen dulces
Porque los vemos al través de lágrimas.

En *¿Por qué no canto?*, fechada en 1858, culminaron a un tiempo la gloria y la felicidad de Gutiérrez González. La perfecta verdad, la conformidad que allí ocurrió entre el hombre y el poeta, entre el carácter y la situación del primero y la respuesta que debía dar el segundo, aseguraba una inspiración fácil, simpática, armoniosa; pero el desempeño excedió a toda esperanza por su originalidad y primor, y cuatro solas de estas estrofas debieron colocar en el acto a su autor en primera línea entre los líricos castellanos donde quiera que a la calidad y no a la cantidad se adjudique la palma de oro. Obsérvese aquí cuán completamente poeta había nacido **Antíoco**, y que por entonces su musa era la felicidad. La función del poeta es demostrar con imágenes, no con razonamientos, lo que siente: esas cuatro estrofas, primera, segunda, séptima y última, demuestran, por la divina álgebra del arte, la felicidad, y (la última) el triunfo del mérito modesto, como firma y fotografía imperecederas de su autor. En las demás estrofas alude a indiscreciones, a pla-

ceres fugitivos, a pesares y lágrimas, pero no hay allí una demostración por imagen, porque aquello no era la inspiración, no era la verdad del momento. Esa poesía consagró inmortales el nombre de Antíoco y el de su amigo Domingo Díaz Granados, el poeta hermano que le preguntó por qué no cantaba; la flor de batatilla y el cocuyo, quedaron también, en nombre y por autoridad del genio, irrevocablemente consagrados a su cantor; y la forma de sus estrofas (hasta con la discrepancia métrica que ocurre en la décima tercera) quedó fijada como clásica para la cariñosa imitación de sabe Dios cuántos admiradores.

De 1859 a 1865, por muchas que fuesen las penalidades y sinsabores de Antíoco, en sus versos no se hallan más rastros que el de la pérdida de la casa de campo o hacienda paterna, ventajosamente resarcida con el oro de Aures, letra de cambio por la inmortalidad de su dueño; y en su epitalámio **A dos amigos**, una alusión a la ligereza o indiferencia de la sociedad que hiela tantos generosos corazones. La guerra general de 1860 a 62, el feliz alzamiento seccional de Antioquia en 1864, — ágitaciones en que participó el poeta desplegando mucho valor y energía —, y otros forzosos quehaceres públicos y domésticos, mantuvieron en movimiento su espíritu, distraído de sus quejas, y abierto a las misceláneas emociones de campaña. Sus mismas

tropas lo obliargon a componer en 1861 una proclama guerrera en verso (que se ha perdido), reduciéndolo a un estrecho calabozo para el efecto, con papel, pluma, tinta y una sogá de tormento, pues el soldado antioqueño necesita ante todo versos que cantar, y el bardo comandante estaba remiso en cumplir su primera obligación, quizá por repugnarle destinar el lenguaje de la belleza al horror de la guerra civil; pero en 1864, amenazada Antioquia de una invasión la más indisculpable, compuso muy de su agrado la fiera alocución **A los Estados Unidos de Colombia**, cuyo designio fue precisamente la conservación de la paz de la República mediante el respeto a la notoria voluntad popular.

En las poesías de esos siete años no escasean tiernos recuerdos de **Julia** y del hogar, aun en el **fotográfico** romance del **Tresillo** su corazón se reconoce casero; y en todas ellas continúa tan propio, tan ameno e independiente en su estilo como en el **¿Por qué no canto?**

En 1866 compone el poema del **Maíz**, que no puede ser obra de un espíritu envenenado o acosado sin descanso por la adversidad; y varias poesías morales y religiosas.

En 1870 Gutiérrez González más resignado al parecer, cediendo al maternal reclamo de la religión, requiebra a la Muerte personificada en

Magdalena; y en 1871 y 72 termina su doloroso tránsito mundanal verificando con más exactitud que ningún otro poeta la antigua imagen de la lámpara en agonía. Levántase hasta el Padre de las misericordias parafraseando el **Miserere** con el reacogimiento de un alma ya mal pagada por el mundo y desatada en el llanto de la contrición; recayendo a la tierra, suéltase por toda ella como una cariñosa demente, palpándola y reconociéndola y acariciándola en todos sus objetos, en todas sus luces y colores, en todas sus escenas y pasajeras fantasías, porque siente que se le está escapando y quiere darle su adiós de poeta, besar su polvo, saborear todas sus lágrimas, aspirar todos sus aromas, escuchar el divertidor murmullo de todos sus sueños, pues no menos que esto me parece aquel ingenioso globo esponjado por la imaginación sobre el tema de la **Nada**, líquida suma de nuestras cosas terrenales. Húndese en seguida en el abismo de sus propias tinieblas, en la sublime doble noche de **Las dos noches**; y resurgiendo luminosa se exhala en una ferviente **Oración** que sólo incompleta alcanza a percibir los seres amados que rodean el lecho del agonizante.

Si un ilustrado europeo de tantos que hay sin lustre alguno en cosas de fuera de Europa, especialmente de nuestra América, pero sí muy entendido en lengua española, leyese los versos de Gutiérrez González y enamorado de ellos se

propusiese averiguar por su solo contexto cuál es la patria del autor, ¿qué sacaría en limpio? — Que es un turco asiático de la antigua Antioquía, pues fuera de Antioquía no reconoce otra patria; pero que, por católico romano convertido del judaísmo (resto quizá de familia hebrea emigrada de Medellín de Extramadura), rehusa absolutamente llamarse turco. Que en su primera juventud viajó por la América meridional, y dirigió a un amigo americano una generosa composición en elogio de este continente; pero que, cerca o lejos de Antioquia, siempre suspiró por ella, y aun se mostró patriota entusiasta en cierta ocasión en que, por algún conflicto consular o aventura mercantil, fue amenazado por el gabinete de Colombia, o sea el de los Estados Unidos; y en fin, que su sangre original no ha perdido nada de su ley mosaica, pues es aficionado a los sagrados cantareas hebreos, y el nombre de Sión o Jerusalén suele ocurrir en sus versos, lo mismo que el de cierto río Magdalena que probablemente riega la antigua Magdala de Palestina.

En otras palabras, sólo constará incidentalmente, que el país de Gutiérrez es de la América del Sur, para los que ignoren que Antioquia es un Estado parte integrante de la anterior Nueva Granada, hoy Estados Unidos de Colombia. Ni una sola vez nombra Gutiérrez a Bolívar, ni a ningún otro héroe, ni campo histórico de nuestra

independencia, fenómeno inaudito en conjuntos de poesías de neogranadinos o colombianos, exceptuados los antioqueños, en los cuales, por el contrario, es perfectamente natural. Los hijos de Antioquia brillan con esplendor en nuestra historia nacional: antioqueño fue Atanasio Girardot, héroe del Bárbula y de los primeros libertadores granadinos de Venezuela; antioqueño Liborio Mejía, caudillo de los héroes de la Cuchilla del Tambo en 1816; antioqueño Córdoba, la espada decisiva de Sucre en Ayacucho, el cenit de nuestra epopeya continental; antioqueño Zea y los dos Restrepos, nuestro más brillante ministro ante las cortes y la ciencia europeas, la primera gloria de nuestro foro y de nuestra filantropía, y nuestro primer historiador republicano y secretario del Libertador; y en fin, magistrados, cuerpos y jefes antioqueños han figurado con singular distinción en nuestras posteriores agitaciones civiles; mas para el espíritu, y sobre todo, para el corazón de los antioqueños, no hay más patria que Antioquia, y esa su idiosincrasia provincialista es la triquina que nos ha inficionado de **federación**, y que atrayendo muchas veces sobre aquel pueblo laborioso, compacto y rico todas las plagas, todas las furias e iniquidades de la guerra y el desgobierno, ha resistido al cuchillo y al fuego, y seguirá resistiendo hasta la consumación de la ruina de toda Colombia, por la inevitable comunidad de intereses y peligros

que todos los colombianos, excepto los antioqueños, vemos y palpamos diariamente: comunidad que obviamente aconseja moralizar y fortificar el centro, el sistema general, como única garantía para todos los miembros de un cuerpo responsable en conjunto e indivisible en la realidad de los hombres y de los hechos. ¿Qué importa que Antioquia sepa gobernarse ejemplarmente, si la federación general no la deja en paz ni gobernarse por sí misma?

Lo más singular del caso es que, en cuanto a decisiones del espíritu, el mismo Gregorio Gutiérrez González fue el antioqueño excepcional que en 1857 combatió con sabiduría y firmeza, como miembro del Congreso granadino, la transformación federativa; y aun se conserva un dictamen oficial suyo escrito en tal sentido: rasgo que, en mi parcial juicio, honra sus talentos más todavía que el embeleso mágico de sus versos. Otra circunstancia muy notable es la de que, no obstante que en su lira la palabra **patria** nunca significa otra entidad que Antioquia, él es, incuestionablemente, el más popular en Colombia de todos nuestros cantores, lo cual desmiente de hecho la ficción de casa aparte de la triquinosis provincialista. Todos lo entendemos, lo sentimos y lo amamos nuestro, sin tomar jamás en serio esa atomización de la Patria, nunca suficientemente grande para nuestras tradiciones y aspiraciones.

Fuera de Gutiérrez, sólo otro poeta nacional tengo en este momento sobre la mesa, el ya mencionado Arsenio Esguerra. Abro y registro su colección, y aunque encuentro en ella diez poesías en una sección llamada **La Patria** y catorce en otra denominada **Los dos hogares**, y aunque incluye una o varias referentes a Ibagué, su ciudad natal, sólo una vez emplea el sustantivo **patria** en otro sentido que el legítimo, y es en la acepción adjetiva por **paterna**, obligado a ello por el metro; de resto, ni una ocasión llama a Ibagué de otra manera que **mi cuna, mi hogar, mi casa, mi bosque**:

Y el hombre es más dichoso
Que en culta, extraña tierra
Allá en su bosque umbroso,
Allá en la oculta sierra
Donde entre sueños mágicos
Corrió su juventud. (Nostalgia)

La edición de 1867 contiene treinta composiciones de Gutiérrez, pues la **Historia de una tarde**, allí añadida, aunque no indigna de Antiocho, no es sino del señor Epifanio Mejía, antioqueño también, como lo prueban sus frases **mi querida Antioquia, mi patria**. Sus editores omitieron desacertadamente la **Canción en boca de una mujer**, de Schiller, dada primero a la luz en Nueva York, y, a mi juicio, un dechado de estilo poético y versificación. En la edición de Medellín,

hecha por Gutiérrez mismo en 1869, hállanse setenta y dos composiciones, y falta, por supuesto, la del paisano Mejía; pero — ¡rara antipatía de un padre contra una preciosa hija! — suprimió igualmente la **Al salto de Tequendama**, añadiendo en cambio aquella de **Las flechas** (pág. 68 del tomo a que aludo), suprimida en la presente para o tres más que parecen escritas únicamente para engrosar el volumen. La presente colección consta de ochenta y cinco, esto es, catorce más, inéditas unas, nunca coleccionadas otras; a saber, **La vida, a mi madre, El romanticismo tétrico, Mi pasión, A. M. F. en su cumpleaños, Mi dulce soledad, A un recién nacido, A Magdalena, A Camilo Farrand, A nada, cinco Improvisaciones, Misere-re, Las dos noches y La Oración**, más la de **El Tequendama**, que "Antíoco" omitió, y las improvisaciones adicionales que verá luégo el lector en esta Noticia. Dichas novedades merecen especial atención, en beneficio de la edición con que obsequian los hijos del poeta a sus admiradores; y abrigo la lisonjera esperanza de que ellos sancionarán mi arriesgado juicio de que diez u once de estas nuevas son de las mejores y más interesantes de todas, — inferiores únicamente a las dirigidas **A Julia, el ¿Por qué no canto?, Aures, y la Memoria sobre el cultivo del maíz.**

La vida, a mi madre, aunque sin el movimiento dramático y la magia de entonación de **Las hojas secas del maestro**, tiene méritos a que

ya he aludido, y el singular de no ser un remedo de aquélla. Salvador ha citado cinco de sus mejores estrofas, y haré notar que el último de esos versos hechos en 1844, es una perla adelantada del "Antíoco" de veinte años después, y que sólo él ha podido regalarnos:

Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
Es cada hoja una ilusión colgada.

Pocas estrofas más arriba ya se anuncian aquellos símiles duales o conyugales, favoritos de "Antíoco" y consagrados más tarde, y con más propiedad, a su **Julia**. Aquí dice que una pareja de madre e hijo

Son dos suspiros de inocentes pechos
Que nacen juntos y entre sí se enlazan;

y luégo, tierna y reverentemente, que el hijo en el regazo materno es

Piadosa ofrenda en el altar colgada.

Siempre que tales cosas le ocurran a un adolescente, aunque no las cante con la música de estilo de "Antíoco", y aunque caiga después, como él, en el barquichuelo y mar consabidos, que también figuran en **Las hojas secas**, puede perdonárle que dé sus rimas a la prensa. Lo que yo no me explico es que "Antíoco" hubiese escondido esta poesía en 1869, insertando la monótona de **Mi muerte** y otras inferiores de su primera juventud.

El romanticismo tétrico. Prodigiosa precocidad de buen juicio; censura y absolución de todas las tetricidades en que incurrió el mismo "Antíoco"; propósito y profecía del poeta **americano** realizado años después en **El Maíz** y otras menores suyas; y más que digna de exhumación, aunque su feliz revista del mundo de los Andes no contuviese otra belleza que esta sola pintura, original, completa y poéticamente verdadera del **Tequendama**, hecha con un solo rasgo. Para mi gusto vale más que su extensa composición sobre el mismo asunto, a pesar de lo mucho que la admira. Citaré este boceto de maestro, con el fondo o paisaje que nos prepara él:

Entra en la selva, y gozarás en ella
El más puro placer que el alma alcanza;
Allí libre y sin límites se lanza
Al pie del Creador;

Que el silencio imponente de las selvas
A meditar en el Señor convida
En medio de natura adormecida
Y arrullada con fúnebre clamor.

El paso sigue al Bogotá espumoso
Y en Tequendama le verás perdido,
Súbito en densa niebla convertido
En salto aterrador.

Tres páginas antes encuentro, en la misma poesía, una observación cuya madurez y profundidad me sorprende en un joven de diez y ocho años. Dice, hablando del viejo mundo:

Naturaleza, poco rica en galas,
Muéstrase allí sin brillo, sin encanto,
Y su agotada inspiración en tanto,
Incierto giro al pensamiento da.

Más abajo, aludiendo a Colón, noto en dos magníficos pies un pensamiento de Arboleda, que bien puede haber ocurrido igualmente a Gutiérrez y a cien otros poetas. Ni la memoria me ayuda mucho, ni escribo registrando parnasos:

Canta ese genio cuya vasta mente
Se hallaba estrecha en el antiguo mundo.

Estos otros rasgos (menos el trilladísimo de los dos primeros versos) arguyen vista propia y del natural:

Mira si no, los Andes orgullosos
Con frente altiva desafiando al cielo,
Y de las nubes el flotante velo
Impávidos romper;

Mira cual brilla entre argentada niebla
El albo copo de perpetua nieve,
Y entre su gasa transparente y leve
El iris su arco espléndido poner.

A M. F. en su cumpleaños. Es, para mi gusto, de mano de maestro:

Vas pronto a entrar en el mundo
Con la sonrisa en los labios,
Con el rubor en la frente
Y el corazón en las manos;
Y no comprendes aún
Que del mundo los halagos
Manchan la frente y nos dejan
El corazón en pedazos,
Disipados esos sueños,
Trocada esa risa en llanto.
No sabes lo que abandonas
Dejando el tiempo pasado,
¡Y te muestras satisfecha
Porque cumples catorce años!

Mi dulce soledad. Cualquier cosa bien hecha para enternecer niñas guitarra en mano, pero con una última estrofa de desesperante perfección. Provoca mandar pintar el paisaje que ha de llevarla al pie. He allí clasicismo consumado, es decir, disimulado y como casual.

A Magdalena. Ya he hablado de ella. La primera estrofa es original, de profundo sentimiento y grande estilo; la segunda un tanto trasnochada, excepto el admirable verso último. Nada agradan esas combinaciones de asonantes, estrofas de efecto muy incompleto, que Gregorio usa otras veces, v. gr., en la **A mi querido ahijado Carlos Pradilla.**

A Camilo Farrand. Por ésta, y otras, vemos que Gregorio era grande admirador de la fotografía. Me parece escrita a corto plazo o a salga lo que saliere, y preocupado de cosas muy distintas de ella. Sólo en cariñosa chanza se puede decir:

Rafaeles no habrá, no habrá Murillos;
La luz a los pintores destronó,
Pues ufano les dice: "Cuando pinto
Yo soy más hábil que el pincel mejor".

Mientras la naturaleza no ha pasado por el espíritu y el corazón del hombre, no hay obra de arte. Mas entresacaré un verso del ocurrente cuño Gregoriano:

Ese cielo al revés que llaman sur.

A nada. Mucho podría decirse en exclusivo elogio de esta composición caleidoscópica: especie de **Introducción al Diablo mundo** para señoritas, pero sin imitación ninguna; función de magia, fantasía **omnibus**, brillantemente concebida, de mucha verdad psicológica y resumida en sus dos últimos pies:

Concluyamos, Edelmira
¿A qué me supo esta pasta?
A lo mismo que estos versos:
Me supo a todo y a nada.

Su cuadrito de **En el campo, a la oración etc.**, me parece primoroso, y luego contestando ¿a qué me supo?

A nada, es decir, a todo,
Porque esta palabra vaga,
Como el maná del desierto
A cualquier gusto se adapta,
Se escucha lo que se quiere
Porque es fotógrafa el alma,
Y con su luz un deseo
Es realidad y resalta.
Y si no, dime, Edelmira,
Cuando los pájaros cantan,
¿No te expresan lo que anhelas,
Lo mismo que oculto guardas?
Cuando las aguas murmuran,
¿No responden en su habla
A una pregunta secreta
Que estás haciendo aunque callas,
Respuesta que a nadie pides,
Pero que confiada aguardas?
Las sonrisas dicen mucho,
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
O tinte róseo del alba,
Ya sean de ira o despecho,
Ya de amor o de esperanza.
Y los ojos ¡oh Edelmira!
El telégrafo del alma,
¿Cuántas cosas no nos cuentan
Con una sola mirada?

¡Bendita Providencia que da al espíritu de los infelices, de los desesperados, elasticidad bastante para distraerse con estas niñerías etéreas!

Improvisaciones. Ya querríamos muchos hacer despacio estrofas como la segunda y la última; ¡qué limpias, conceptuosas, y expresivas!

Miserere, Las dos noches y La oración. Bastante hemos hablado ya de ellas Camacho y yo. La segunda son cinco notas, pero de tremenda fuerza y originalidad.

A un recién nacido. He dejado ésta para última de las nuevas, porque exige explicación y pensaba añadirle algo más. En la notita de su propia página ya se dijo que, por ser publicada en el presente año de 1881 en Manizales, suscrita GGG., y no hallarse entre los papeles de "Antíoco", se la incluía con desconfianza en la colección. Otros motivos tuve yo para desconfiar, a saber, lo poco aficionado que era "Antíoco" a los esdrújulos, pues sólo dos composiciones de él conocía yo con este accidente métrico; la circunstancia de que el arranque **A qué viniste** me sonaba ajeno, y la de que yo estaba seguro de haber leído antes su inolvidable aunque larguillo segundo verso,

¡Ser inocente, inofensivo, ideal!

lo que me hacía presumir fuese ajena toda ella, probablemente de Germán Piñeros o Domingo

Díaz Granados ,especialistas en esdrújulos. Después he visto que en efecto, el segundo verso, pero sólo éste, es también el segundo de la elegía de Piñeres **A un ángel**, de fecha anterior sin duda:

Te fuiste, ¡ángel divino! noble espíritu
Sér inocente, inofensivo, ideal!
Y nos dejaste tu despojo fúnebre,
Y el recuerdo de tu alma virginal;

por lo cual, si Gutiérrez reprodujo dicho verso, lo distinguió entre comillas, y así debió hacerse en la presente edición.

El esdrújulo: aquí tropezamos con otra rama de nuestra arte poética que merece capítulo aparte, e independiente de las ya historiadas ramas del tronco de Zorrilla, porque no procedió directamente de él ni de su estación intermedia o sucursal de Caracas, y porque siendo los esdrújulos, hijos de los dáctilos griegos y latinos, verdadera riqueza de nuestra lengua, excelentes para la amenidad y para muchos movimientos de la expresión, que los franceses nos envidian, y más preciosos aún para el canto, no debe condenarse la métrica que los emplea de finales (lo cual sí en latín y griego nunca se hizo), sino solamente su uso inoportuno y vicioso.

Bromear, y zumbar al prójimo, en prosa, en verso y en **apodos** y consonantes, es afición innata de los bogotanos, y como ocurre en los esdrú-

julos la circunstancia, para nosotros recomendable, de abundar en voces estrafalarias, la fábula de Iriarte **Ello es que hay animales muy científicos** debió de producir, o hacer aquí adoptar por hija, por los años de 1825, la famosa canción
A Filida:

Soy físico, retórico, poético,
Astrónomo, geógrafo, hidráulico,
Y soy sin duda el hombre más científico

Me atrevo yo a cuadrar el mismo círculo
Y a dirigir los globos aerostáticos,
Y a hallar aquella piedra que ni náuticos
Ni etéreos hallarán; etc.

y me inclino más bien a creer que no es producto nuestro, porque trae luégo una chanza sobre el Libertador que parece injertada allí por patriota pero intonso remendón,

Y al mismo Simón Bolívar, si me mandas,
Me atrevo a dominar.

Había pues bastante materia esdrújula flotante en nuestras tertulias y corrillos cuando llegó aquí, con el **Moro expósito** del duque de Rivas, su **Sueño del proscrito** que remata

Despierto súbito
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací, etc.

y después aquella apasionada invectiva en la cual la Safo cubana, más viril que Safo, se transformó en una Medea,

Hagan mis dientes con crujidos ásperos
Pedazos mil tu corazón cruel,
Y dormiré como en suntuoso tálamo
En tu caliente, ensangrentada piel.

y antes o después, varios rasgos esdrújuleados del incomparable Bretón de los Herreros, y la disputa sobre gordos y flacos entre Zorrilla y Ayguals de Izco, y quizá otros de otras autoridades. Con este riego de ultramar la poesía esdrújula brotó inmediatamente en nuestro suelo, adquirió vida y gobierno propios (hoy autonomía) y ha florecido tropicalmente desde 1840 y tantos hasta pocos años ha. Su caudillo en Bogotá fue Germán Piñeres, en ambos departamentos: en el jocoso, burlando o remedando a cualquiera personaje que no fuese de su agrado; y en el serio o sentimental, con su muy cantada **Flor de Calamar**.

Tú que naciste a orillas del Atlántico
¡Preciosa virgen, flor de Calamar!
Y que te duermes al mugir monótono
De las ondas innúmeras del mar.

.....
¿Querrás oír las vibraciones fúnebres
De mi olvidado y áspero laúd,
Y recibir la flor marchita y pálida
Que consagro a tu gracia y juventud?
.....

Y vi también las inocentes vírgenes
De la lejana antártica región,
Las odaliscas del imperio pérsico
Que de todo el oriente orgullo son.

Y de flores tan varias, tan exóticas,
Un ramo escogidísimo formé:
De este ramo adorable en el pináculo
¡Flor de mi patria!, yo te coloqué; etc.

y cinco más de este género figuran en su corta colección publicada en 1857. Siguió a Piñeres en su fervor esdrújulista el autor del felicísimo romance **La vida horizontal**, quien mofándose de su propia ficción dio a luz en 1487 **Una expresión de consuelo a una esñora en la muerté de su esposo**:

...Mira en el ámbito	No valen púrpuras
Del mundo mísero	Ni cetros áuricos,
Doquier sarcófagos,	Ni grandes títulos
Doquier pesar.	Al expirar.

Lloran Pontífices
La fe católica,
Pierden los tártaros
Su Gran Señor;

Murieron Píndaro,
Virgilio y Séneca;
Murió Demóstenes,
Murió Platón...

Con gasa fúnebre
Se viste América
Sintiendo al ínclito
Libertador...

Ya pronto el piélagos
De muerte horrisono,
En negra góndola
Surcando iré;

Contempla el cúmulo
De muchas víctimas
Que muestra histórica
Cada nación;

Y velocísimo
Como el relámpago
Los senos lúcidos
De Dios veré.

La esdrújulitis sobrevivió a las otras fases del armonioso mal, y produjo efusiones dignas de conservarse. Hacia 1855 el filósofo a quien aludí en página anterior (el cual tiene la curiosa costumbre de ocultar y negar sus rimas, y de atribuirme a mí cada composición o estrofa suya que, escapada de su papelera, él oye volar con próspera fortuna) llenó un rincón de **El Tiempo** con cierta patética **Tarde**:

Si remontando la corriente rápida
Del tiempo venturoso que pasó,
Volviéramos a hallarnos libres, jóvenes
Cual nos hallamos una vez los dos; etc.

El que habla hizo, por su parte, marchas guerreras, en 1854, polkas y hasta valsés de

Strauss en esdrújulos; y en fin, ninguno del gremio se escapó, pero Gregorio Gutiérrez, distinguido en éste como en otros capítulos del arte, tuvo la sobriedad de no esdrújulear sino unas tres o cuatro veces: en la composición que recuerda Camacho.

Ya de mi cítara las tristes cuerdas, etc.

en la mediocre **A un recién nacido**, si realmente es suya, que ha motivado estos párrafos, y en la **A Tomás M. Flórez en su tumba**, que contiene un símil de primer orden:

Tú no bajaste a tu sepulcro frígido
A descansar enteramente en él,
Sino a dejar ese vestido efímero
Que la tierra, prestado, te dio ayer.

Y libre al fin de la cadena incómoda
Que tu cuello a la tierra sujetó,
Atravesaste por la estrecha bóveda
Cual por arco de triunfo a otra región.

En oídos meridionales como los nuestros, mucho más pronto para percibir la música de las palabras que la más noble del alma, un expresivo cantar en esdrújulos producía efectos maravillosos: rompía amorosos tratados, amansaba fieras, tomaba plazas por asalto. La dificultad de esos finales bien vencida, eclipsaba totalmente, para la multitud juvenil, a las más selectas rimas gra-

ves que le ofreciésemos: éstas eran como sencillas y pausadas melodías alemanas, siempre desairadas entre el bullicio; las poesías en esdrújulos, música de ejecución, piezas **di bravura**, que no dejaban pestañear los ojos, ni manos remisas en aplaudir. Los tres géneros azorrillados, el fúnebre, el ramilletero y el oriental, gastados ya y heridos de muerte, se abrazaron del esdrújulo **cual la hiedra del olmo protector**, y a esto debieron una prórroga de vida considerable. A todos tres extendió generosamente Germán Piñeres el palio de su siempre gallarda melodía, como se habrá observado en la cita que hice de él; y luego, desfalleciente o distraído el mismo Germán, quedó dueño del campo mi amigo Leopoldo Arias Vargas, último y ardoroso atleta de la desahuciada Turquía, y cuyas trovas fueron quizá su último suspiro en la capital de Colombia:

Allí las hijas del ardiente Bósforo,
Y las egipcias que del Cairo van
De flores riegan el suntuoso tálamo,
Tumba del sibarítico Sultán.

He aquí el lugar de consagrar un cariñoso recuerdo a otro amigo mío, y compañero de Arias Vargas, ya varias veces mencionado en estos prólogos por Salvador Camacho y por mí, porque su nombre y el de "Antíoco" viven indisolublemente entretejidos con la flor de batatilla y alumbrados por el inmortal cocuyo en la noche sepulcral de

sus sueños. El simpático Domingo Díaz Granados, nacido en Medellín el 30 de enero de 1835 y educado en Bogotá, donde siguió la profesión de abogado, murió prematuramente en Barranquilla el 16 de septiembre de 1868. Discreto y melodioso en sus rimas, las que recuerdo de él son esdrújulas: una briosa traducción de *Fare thee well* de lord Byron:

¡Adiós! y si por siempre el hado rígido
Nos quiere separar, por siempre adiós!
¡En vano niegas a mi pena un término;
Nunca oñiará tu amor mi corazón!

¡Oh si pudiera del dolor al ímpetu
Rasgar el seno donde tú, mi bien,
Te enajenabas en el sueño plácido
Que nunca más halagará tu sien;

Si lo pudiese abrir, y en lo más íntimo
Mostrarte el fuego de mi amor por tí,
Vieras entonces, ¡ay! mujer cruelísima,
Cuánto es injusto despreciarme así!

En vano el mundo con aplausos frívolos
Quiere hacia mí tus iras encender;
Los ecos suenan, ¡ay! en nuestro tálamo
Y ellos tu oído deben ofender, etc.

Si Leopoldo ayudó a bien morir a los musulmanes, sacándolos de su lento paso de fatalismo y opio con el ágil látigo de los esdrújulos, sospecho que yo a mi turno sepulté los esdrújulos, como

finales de moda, recogiénolos y entregándolos al abrazo secular de los muchachos (ya como toro de las cinco y media de la tarde) en el casi ilegible cuento de Doña Pánfaga o el Sánalotodo, travesura de doce a quince años atrás, escrita para ejercicio y remedio de niños tartajosos.

Alguien se preguntará a sí mismo: ¿y de qué pie o pies, hemos cojeado después? y yo probaré a contestar en pocos renglones. Primero, si mal no recuerdo, de la honesta agua de azúcar o “poesía parroquial” como otro dijo, de los **Cantares de Turéba**, ensayando hacer versos populares en mesa de gabinete, y cuando la guitarra ha muerto aplastada por el piano, y el tiple no florece como debiera. Después la federación con sus soberanías microscópicas, concurrió por no sé qué prodigiosa afinidad atmosférica, con la poesía homeopática o de menudencias, que rara vez propinan en sus breves dosis medicina mental de mucha sustancia; Selgas es responsable de algunos requiebros nuestros de florecillas y ruiséñores; y finalmente, los dos líricos dominantes de la España actual, Campoamor y Núñez de Arce, están sembrando entre nosotros poemas de a cuatro o diez páginas (y yo pecador entre otros), que debe precisamente ser la poesía épica correspondiente a la atomización nacional que va efectuando el federalismo. — También hemos ensayado algo de **poesía científica**, forma la más seductora de la pedantería, no menos sentimental

que fuera su recíproca de logaritmos en verso. "Antíoco", entre tanto, llevado únicamente de su natural, ensayó lo contrario, la poesía de la ignorancia humilde, la de la inocencia; y su éxito sí ha sido el de tomar asiento en la gloria, verificando de tejas abajo aquello de: "En verdad os digo que si no os volviéreis o hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos".

La comparación o el símil es poesía concreta: es inspiración o fantasía que lo sugiere, armonía que la observación poética descubre en lo creado, sentimiento de la unidad de la obra divina, instinto de verdad y belleza en eficaz ejercicio; argumento, sentimental y expresión por imagen — en fin, poesía; y creo que es Lamartine quien lo dice inversamente, con igual exactitud y mayor sencillez: **toda poesía es comparación**. Las comparaciones, por consiguiente, demuestran al poeta, así como una pintura o escultura, por reducida que sea en dimensiones, demuestra al escultor o al pintor. Aplicando a Gutiérrez González esta verdad, ¿quién podrá negarle la calificación de originalísimo, inspiradísimo y delicado poeta? Ya he aludido a sus preciosos símiles conjugales, ora de su luna de miel, ora del melancólico desenlace de su felicidad:

Son nuestras almas...

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor; etc.

.....
Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

He citado el de la madre y el niño con el altar y la ofrenda piadosa, el de la hiedra y el olmo, el admirable de la bóveda sepulcral con el arco de triunfo, el de la Rosa de noche, con los cocuyos y el vivac, el sin igual del gulungo y el incensario, y el sumamente gráfico de los cabellos en la frente de una joven, con el partirse de las ondas a proa de una barca; es ya proverbial el de **Un beso**, y en la memoria de todo lector están el original y ejemplar del cocuyo, y sus compañeros de la paloma a medio día y de la flor de batatilla.

En la poesía **A dos antiguos el día de su matrimonio**, entre otros felices símiles del hogar ocurre éste, que es un exquisito cuadro en miniatura,

Nido formado en las desnudas ramas
De un árbol que sacude el huracán,
Que protegen y cubren enlazadas
Las alas de dos aves... ¡el hogar!

La fotografía y el telégrafo le sugieren varios de no poco efecto, como éste de **La oración**:

Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Y es Ossiánico aquel de **El Tequendama**:

Un fantasma pareces circuído
De manto aéreo y ondulantę velo,
Y que un rayo ilumina desde el cielo
Su flotante y magnífico vestido.

En **El poeta y el vulgo** hay uno que me llama la atención por haber sido escrito a los diez y nueve años de edad:

Son altares las pasiones
En el mundo, en donde alevés
A sus ídolos los hombres
Sus holocaustos ofrecen.

La siguiente fotografía del canto de los pericos puede citarse a propósito de onomatopeya:

Se escucha su chillar, que causa espasmos,
Como el chirrido de amolar cuchillos,
Cual se oyera la turba revoltosa
De mil muchachos recortando vidrios.

Y no es infeliz en materia de símiles jocosos el que puso de texto a su **Coquetería**.

En **Aures** y en **El cultivo del maíz** léense varios de mucha verdad y amabilidad poéticas:

Se ve colgando en sus abismos hóndos
Entretejido el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

¡Qué enredados tan feliz! Luégo, los árboles
del bosque ya limpio:

Semejantes de un templo a los pilares
Que sostienen su toldo de verdura, etc.

Pero ved otro, completo, y de inspirada onomatopeya:

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

.....

Forma el viento al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.

.....

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Aquí tenemos, en ocho versos, dos cuadros
de Albano, dos poemas en miniatura, **poemas** in-
cuestionables según la denominación de la litera-
tura federativa o de relojera:

Muestra el cachimbo su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura
En la fiesta de Corpus lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

.....

Los chócolos se ven a cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

Y otro poemita es **La pompa de jabón**, formada con un doble símil bellamente enlazado.

Compárense los símiles precedentes, y otros que omito, con los que suelen presentarse en los tratados de Retórica explicando esta figura; y dígase si nuestro poeta pierde algo en la confrontación.

“Antíocò” pecaba de incorrecto, de descuidado, en gramática y particularmente en prosodia, defecto acaso de sus mayores cualidades, y sin el cual temerán algunos que no hubiese conservado la frescura, la inocencia de aquéllas. Sin embargo, a excitación de sus amigos, tal cual vez condescendía en aceptar ligeras enmiendas de redacción, o las hacía él mismo en poesías ya publicadas, de lo cual poseo pruebas de su puño y letra. Lo advierto porque en la presente edición se notarán algunas, por desgracia no las suficien-

tes. Es curioso, por ejemplo, que ésta empiece, como la del esmerado J. Eusebio Caro, con un verso malo, por diferente razón que el suyo y que el primero del poema de **La música de Iriarte** (apéndice al justo reparo hecho por los señores Amunáteguis). Lo que, a mi ver, quiso y debió decir "Antíoco" fue:

Al par tú y yo vinimos a la vida.

Abusando, como francamente lo prometí, del encargo que los jóvenes Gutiérrez me hicieron, quise, además de esto, ampliar las noticias que Camacho nos da sobre Gutiérrez González, su época literaria y sus amigos y compañeros, recordando brevemente las peculiaridades y vicios de moda que señalan nuestra poesía lírica desde antes de la aparición de Zorrilla hasta la fecha, y los desvíos de "Antíoco" respecto de su escuela, no poco honrosos para su buen gusto instintivo y su independencia; y refrescar al mismo tiempo el interés que sus poesías despiertan en nosotros, siguiéndolas en orden cronológico, no como caprichos sueltos de una imaginación que canta por cantar, sino como expresión, más o menos directa, pero inequívoca, de la vida real y los sentimientos de un hombre. Simples idealidades inconexas nunca podrán empeñar la simpatía de los lectores tanto como los rasgos ordenados del drama de una conciencia en que nuestra propia

conciencia tiene frecuentemente que reconocerse. El presente artículo, impreso al paso de mi pluma, es sólo una conversación sobre el libro de un amigo, que ojalá contribuya a honrar su simpática memoria y a prevenir a la juventud contra los caprichos, los extravíos y las exageraciones de que siempre hacen numerosa escuela los autores que fascinan su imaginación. El autor a la par poderoso e intachable está por verse; sus lados falsos suelen ser los que más impresionan, y se necesitan alguna edad y mucha discreción para no admirar e imitar sino los verdaderos y puros, — únicos que sobrevivirán. Propúseme distinguirlos, no sé si lo he logrado.

Compatriota y amigo de Gutiérrez, yo mismo temo haber incurrido en algunas cariñosas exageraciones; por lo cual deseo que este libro atraviese el Océano y que oigamos pronto el concepto que merezca de los literatos de la Península, jueces autorizados y más imparciales. Anhele especialmente saber qué sienten y qué dicen leyendo la **Memoria sobre el cultivo del maíz**, que tiene sin duda para nosotros un atractivo, un aroma natal cuya fuerza no nos es dado medir, y que podrá ser extraño, cuando menos, para lectores ultramarinos.

Muy poco he dicho en particular sobre esa **Memoria**; intencionalmente le reservé para el fin, como principal producción que nos resta de "An-

tíoco” y cuyos ecos deben dominar en el aprecio de los que hayan de calificarlo. Ya Salvador Camacho, con palabras magníficas y justas, a mi modo de ver, marcó su significación y trascendental importancia y recomendó su benéfico designio exclamando: “Ninguno más elevado, más republicano, más digno de la lengua de los dioses”. Yo deploro únicamente lo reducido de su plan y dimensiones, pues creo que quien tal pudo hacer era el llamado entre nosotros a fundar la poesía descriptiva más directa y pura, despreocupada y mejor sentida.

Recordando el exagerado remedo que nuestra poesía suele exhibir de los extravíos o caprichos de los poetas peninsulares, admiraremos doblemente la novedad, la originalidad y pureza (no aludo a la dicción) de la **Memoria** de “Antíoco”. De nuestras infaustas o jocosas extravagancias, amaneradas cuando mejores, pasamos de repente a aquélla, como de un salón estufado de gas, de humo de cigarro, vapores de sobremesa y pestilencia de flores muertas, al aire puro de una de nuestras auroras de diciembre. Si pudiese haber existido una poesía primitiva cristiana, sin índole ni monstruos, sin hipérbolos ni redundancia de epítetos y exclamaciones — es decir, primitiva y clásica a un tiempo, — patriarcal a lo menos, pero no oriental, sino de una sobriedad y exactitud como de espejo de la naturaleza, — dicha poesía sería del género de este

poemita: poesía ideal a la par que realista y matemática, como su curioso nombre de **Memoria científica** lo exigió en la mente humorística de su autor. A Gutiérrez en esta obra sucedió lo que tal vez a Cervantes en su Ingenioso Hidalgo: intentar, por distraer el tedio, dar una broma a sus amigos o al mundo, y producir, sin mayor conciencia de ello, un libro serio, delicioso y profundo. Aquí el Sancho Panza es esa ingenua poesía de contra-poesía, poesía de exceso de verdad y de prosa que, tocándose los extremos, resulta de versos como éstos,

Con un costal terciado cada uno,
Todos saliendo van: solo se queda
El muchacho que debe cargar agua,
Fregar los trastos y rajar la leña;

páginas de inocencia ante-homérica. Y ahora el ideal don Quijote, con su espiritualidad y su caballeresca delicadeza, toma la palabra (fuera de tanto primor ya citado por Camacho y por mí):

El viento, en su follaje entretejido
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura...

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, al rededor volando,
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fue tan caro...

Va detrás de la cruz y los ciriales
Uná imagen llevada en andas limpias,
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla...

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuredos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel
Es el tesoro de la edad provecta.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia, etc;

Y ¿qué es todo el poemita sino la idealización,
la transformación en poesía de las más humildes
y útiles labores, por la simpatía de su cantor al
asunto, y por la música del verso?

Hé aquí, me atrevería yo a decir a nuestros
bien dotados jóvenes, lo que os puede servir de
modelo para producir cantos de novedad y pureza.
Huíd, como del peor enemigo de vuestra gloria,
de la poesía Byroniana y de ajeno y jardín
Babille, que en América y con nuestra fe y sencillas
costumbres, nuestros imperios de tierras baldías,
y democráticas soluciones sociales, siempre
chillará falsedad, porque no tiene razón de ser.
Así no hay sombra ni nota de eso en la que
Bryant y Longfellow, los cantores de Norte-América,
por lo cual su poesía es americana y ver-

dadera, y hoy tan clásica en Inglaterra como a orillas del Delaware y el Arkansas. Tened ojos para ver lo que aquí miramos, como lo veía nuestro malogrado Gutiérrez; pedidle a Dios algo de ese su dón de gracia para transformar en música del alma la cotidiana prosa que nos rodea, — y me parece que estaréis en mejor camino que duradera celebridad, en Colombia y fuera de ella, que no convirtiéndoos, sin advertirlo, en copias de copias de filosofías y espantajos a los cuales no hay un eco de conformidad individual o social que responda en nuestros corazones.

En cuanto a la forma de redacción de la **Memoria maicera** (apellido de los antioqueños), con permiso de mi amigo Salvador diré que me parece neta y elegantemente castellana; más todavía, aristocrática del linaje de la del duque de Rivas, pero popularizada, por el asunto y sobre todo por su extraordinaria verdad y **poesía**, entre los cantores labriegos y mineros de Antioquia, quienes, alguien me dijo, no la cantan sino que la rezan. ¿Podrán, por ejemplo, haber brotado jamás, a son de tiple o bandurria y en boca de campesinos de España o Hispano-América, versos de este metro y corte de frase?

¡Y tú también, la fermentada en tarros
Remedio del calor, chicha antioqueña!

¿y no es tan de refinado salón y académica elegancia como esos dos versos, fuera de insignifi-

cantes descuidos, el estilo de toda la **Memoria**? Sus voces llamadas **antioqueñas** (muchas de ellas americanismos, muchas **quichuas** adulteradas, traídas del Ecuador por Robledo y sus compañeros), hablarán particularmente al corazón y al espíritu provincial de aquellos compatriotas; mas fuera de eso ningún mérito de la obra, en tanto que sí le sirven de obstáculo para su pronta inteligencia y aprecio fuera de nuestro país. ¿No debemos mi amigo Camacho y yo deplorar juntos que Burns hubiese nacido labrador escocés, y escrito en su dialecto, circunstancia que nos embaraza el entenderlo y saborearlo? ¿Escocia misma no debiera sentirlo, si está en su interés la gloria universal de su hijo predilecto?

La novedad y originalidad de la **Memoria del maíz** no consiste desde luego en sus extrañezas de dicción (ni tal cosa da Camacho a entender), sino en la novedad del argumento, en su fidelidad a la lengua castellana sencilla y familiar, tal como la heredó de sus padres, pues cuando Gutiérrez la escribía se emancipó, a fuerza de talento y buen gusto, de todas esas modas pasajeras que en España mismo adulteran, falsean y atrasan el legítimo culto literario de la verdad. Reconozcamos que en un mismo vocabulario y gramática caben innumerables novedades y originalidades, visto que la poesía está esencialmente en sí misma, y no en tal o cual medio de trans-

misión; y no consintamos en el apego local (generoso y laudable por otros aspectos) nos induzca a atravesar ni un terroncillo en el camino de la clara y expedita inteligencia entre los hombres, en el camino de la unidad de la patria, de la lengua, de toda la familia humana.

La lengua es la nación, es la patria, la unidad menor de nuestra patria infinita, la casa del alma en la tierra; y nuestros poetas, todas las verdaderas musas de nuestra respectiva lengua, — así el Romancero como Andrés Bello, así Olmedo como Zorrilla, así Rodrigo como Eusebio Caro, así Calderón como Alarcón y la Vega, — son las nodrizas arrulladoras de nuestro espíritu que nos lo amamantan con sus palabras, leche de su alma. En vano, nenes consentidos, las maltratamos por buenas, y las negamos por viejas y por nuestras: que el espíritu se distraiga, que el corazón hable solo, y... **nous revenons toujours á nos moutons, á nos premiéres amours.**

De esos nosotros es mi querido y respetado amigo Salvador Camacho, preocupado momentáneamente por un fantasma de su celoso patriotismo. Adjudica la **Memoria del maíz** al antioqueño y al pueblo de las cabañas; y él mismo caballero de corte si los hay, y académico sin diploma, siente y profundiza la **Memoria** como nadie hasta la fecha, y se solaza con ella como el antioqueño de menos liga; y aun le diré que muchas de sus

estrofas son más para académicos que para la gente de nuestras montañas. Habla de lenguas formadas en colaboración con la naturaleza exterior, y mucho de cierto habrá en que así se forman, o se deforman al menos; pero ¿qué ha colaborado, qué rastro ha dejado, en el perfecto castellano en que él se explica, la naturaleza de Bogotá que lo rodea? ¿Si la lengua de los Chibchas, que (fijándose en lo más elemental) carecía de las letras D, L y R áspera, fue en grado alguno resultante de esta naturaleza superandina, cómo es que cuantos descendientes suyos de sangre pura hoy encontramos, pueden pronunciar perfectamente v. gr. el apellido **Roldán**? ¿No es el hombre orgánico más cosmopolita aún que el perro? ¿no es mucho más elástico y apto para toda lengua de lo que tal teoría presupone? Salvador demuestra que tiene que haber gran diversidad de idioma entre España y Colombia, pero el lenguaje en que lo demuestra ¿no prueba exactamente lo contrario, que al menos Bogotá se halla en la Península, y más ligada a ella que a la patria de Gutiérrez González. En las diversas lenguas madres, y aun a cortas distancias en la cuna de la humanidad, ¿no encuentran los sabios diferencias totalmente inexplicables por influencias naturales, que hacen presumir que la raíz de tales divergencias ha sido un cataclismo un trastorno profundo, y como súbito, en la lógica instintiva, en el espíritu mismo del hombre? Y si bien es

cierto, como Salvador lo afirma, que las lenguas no son creaciones de la voluntad de los sabios, no es menos patente que ellos las fijan, salvándolas del prurito babilónico de la ignorancia; y consta que sin literatura no hay lengua subsistente; díganlo, si no, los misioneros de la Polinesia, donde, según refiere Max Müller, hay pueblos que suprimen cuanta voz entra como componente en el nombre de cada nuevo soberano; recuérdense aquellas tribus de nuestro Oriente que se divierten en cambiar sus vocablos, o acaso lo hacen por precaución de guerra; también he oído decir que en la América del Norte con diez años de ausencia basta para no entender el idioma de una tribu conocida. Sin ir tan lejos, ¿quién no reconoce que en todo lo humano, como por providencial estímulo para la actividad y para la virtud, hay una incesante lucha entre los principios opuestos de la destrucción y la conservación, de la unidad y el fraccionamiento, del orden pacífico y conciliador, y el desorden deslumbrador, que quiere complicarlo y embarazarlo todo? ¿y a quién se ocultará que el más directo medio para resistir a la confusión maléfica es el claro y uniforme franqueo del lenguaje, la primera de todas las **vías de comunicación**? Creo, por consiguiente, y Camacho tiene que creerlo conmigo, que es labor humanitaria y de almas libres la de luchar sin descanso contra esa brisa de Babilonia, que a ninguno que quiera ser entendido puede favore-

cer; y ¿por qué poner límites de provincias, naciones o mares a una conveniencia de la humanidad entera, cada día más rápidamente entrelazada?

Cumplen este deber, respecto del castellano, la Academia Española y las correspondientes suyas en América; y si mi amigo Camacho recorre nuevamente las obras didácticas de la primera, confío que le satisfará lo desahogado y filosófico de sus principios, entre ellos el de reconocer el constante movimiento del idioma, que es toda la razón de ser de la Academia misma, y la primordial autoridad del uso de los mejores escritores de España y de América, de cuyo discreto uso es ella simplemente una modestísima registradora; y si lee el catálogo de sus individuos (americanos no pocos de ellos), verá que su yugo debe ser muy blando, o su cuerpo una rebelión perpetua contra esos **dogmas** que se le atribuyen. — Por otra parte, en todo el país hay lenguaje bajo o vulgar y lenguaje literario; pero creo que el nuestro es felizmente uno de los países donde los dos pisos del idioma se diferencian menos, y dudo mucho que mi amigo Camacho halle ventaja alguna en que nuestros pobres aprendan a decir, como siempre han dicho, **bogarse el agua**, en vez de **beberla**, o **cardos** en vez de nuestros **quiches** (tillandsia splendens?) confundiendo una planta de huerta conocida de todos, con una parásita sin uso alimenticio. Al mismo tiempo, considero a la

nación completa de cada lengua como un congreso al cual, los poetas especialmente, proponen mejoras y palabras; y ya lo dijo el Dante, aludiendo al audaz propósito que hizo de refundir en una sola las lenguas de Italia y constituirse en legislador suyo: "La voz del siglo me respondió que las lenguas se forman por la poesía". Una admirable estrofa de "Antíoco" propone a nuestro gran congreso o asamblea de más de cuarenta millones el feliz nombre de **gulungo** para el **hangnest** o **cassicus cristatus**, y no desespero de que llegará día en que mi amigo Camacho Roldán lo vea registrado, por la popularidad de su uso, en el Diccionario de la Academia Española. — ¿A qué, si no a la literatura culta, debemos la doble infinitud de nuestra vida, que sin ella sería casi como el hoy de la bestia, mas mediante ella se espacia por siglos en lo pasado y en lo porvenir? ¿Qué labor más fecunda, más espiritual y digna de gratitud? Esos sabios, esos filólogos, esos académicos, ¿no son los niveladores del lenguaje, los que trabajan directamente en igualar el de todas las clases para igualar su inteligencia, sus goces, sus derechos, su libertad? ¿Cabe tarea más cristianamente, más justamente democrática?

Arguye Salvador que en España desean en vano reducir sus cuatro o cinco lenguas principales a un solo tipo común, contra la inflexible tenacidad de los hechos; y que si allá, con sus poblaciones en contacto, la empresa es tan difí-

cil, ¿qué no sucederá respecto de nosotros, tan apartados de España y sin comercio ni trato alguno con ella? — Respóndele toda la América española, desde Chile hasta Méjico, entendiendo sin intérprete su argumento, y protestando que **eso que no debía suceder**, es un inmenso hecho, a pesar de tantos restos de lenguas indígenas, y de los orígenes vascos de Chile, Venezuela, etc.: hecho decisivo en pro del irresistible predominio del castellano; hecho que influirá no poco sobre España cuando nuestras mutuas relaciones se estrechen fraternalmente como es debido, y que hoy mismo vale una preciosa prenda para los apóstoles de su unidad literaria. — Y ¿no impresiona a mi amigo Camacho en contra de su tesis, la falange de autores, de legisladores, de autoridades de la lengua castellana que surgen sin cesar de entre los pertinaces catalanes, vascos, asturianos, valencianos y gallegos? ¿No importan siquiera una promesa, una sonrisa de esperanza en medio de aquella inflexibilidad, los nombres de Boscán, Gil Polo, Montemayor, Moncada, los portugueses Melo y Saa de Miranda, Samaniego, Capmany, Jovellanos, Masdeu, Balmes, Monlau, Aribau, Campoamor, el padre Fita, Aparisi, Mas, Milá y Fontanals, Coll y Vehí, Balaguer y otros mil que añadirán los curiosos? — ¡Interesante lucha entre los agentes de disolución y anarquía, y los ingeniosos titanes que van reconstruyendo la unidad de la obra divina, los

Leibniz, Hervás, Grimm, Bopp, Max Müller, Humboldt, Pott, Burnouf, Dozy, Schlegel, Wiseman, etc.; los que exhuman hoy, por ejemplo, de un abismo tenebroso de miles de años, la venerable lengua Arya, madre de todas las indo-europeas.

Mas para deshacer la esquivia e inhumana paradoja de una literatura **nuestra** y no castellana, de una lengua **nuestra**, creada en parte por nuestra naturaleza (como si diez o diez mil vocablos nuevos, sin cambio alguno de sintaxis, pudiesen cambiar una lengua y contituír otra); y en fin, de una **federación literaria**, digna de tal nombre, dentro de la unidad de la lengua, ¿no bastará hacer notar la contradicción que suena entre esa lengua especial nuestra y esa federación dentro de la unidad del lenguaje? Si son los **asuntos** seccionales y sus respectivas voces peculiares lo que determina nuestros Estados federales, literarios, entonces ¿a quién pertenecen Colón, Ercilla, Gumilla, Castellanos y cientos más de poetas, cronistas, etc.? Si Longfellow, si aun su **Cantar de Hiawatha**, galerón octosilábico con 140 voces indígenas, es literatura inglesa, ¿por qué la de Hispano-América es menos castellana? Y si esto dejase salida alguna, ¿no han advertido los lectores que mi amigo Camacho desde el principio hasta el fin de esa propia introducción se muestra no sólo castellano centralista en materia de lengua, sino más castellano de espíritu y co-

razón que los castellanos mismos, volviendo á sés **premiéres amours** con la ternura y lealtad más caballerescas?

En esas hermosas páginas no cuenta que una pléyade de literatos españoles fueron nuestros despertadores, nuestros padres literarios; que sus versos movían e inflamaban nuestros corazones y aun eran, entre él y Gutiérrez, las frases con que conversaban y bromeaban en la intimidad; y que si así nos criábamos, a los pechos de la literatura de Castilla, ésta es asimismo el vino de nuestros ancianos, pues hasta dos meses ha de centenaria madre de "Antíoco", va desmemoriada de su hijo, vivía sepiritualmente en Calderón de la Barca; y que Emilio Segura, peninsular recién llegado a Bogotá, compuso el **Ricaurte en San Mateo**, "una de las coronas de nuestra literatura propiamente nacional... y de lo más selecto de nuestro Parnaso". Allí Salvador ríe todavía con Baltazar de Alcázar, y llora con el poeta de la **Epístola moral**, y percibe regocijado en la cadencia del verso heróico español algo del dejo natural antioqueño; y sobre todo, con discretas y elocuentes frases, que me han satisfecho muy especialmente, vindica a Zorrilla contra el desdén o indiferencia que le profesan los actuales literatos españoles, reclamándolo Salvador por suyo, por padre de nuestros poetas y poeta de nuestra Naturaleza, puesto que aquí lo siente y aquí lo

escuchan, en los ruidos profundos del bosque, en el murmullo festivo de los arroyos, en el empuje del ronco viento y en el trueno que rueda en nuestras tempestades.

Suelen los verdaderos vates sumar su lira en un acorde, destilar la esencia de su poesía en un verso, en una estrofa. Concluyo con la que me parece esencia y resumen de las vibraciones poéticas, de Gregorio Gutiérrez González, el mejor epígrafe para su colección, y cifra de su deliciosa inmortalidad entre nosotros:

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Menéndez y Pelayo.

Sobresalió Gutiérrez González en las poesías del casto amor y la inefable ternura.

Íntimas, suaves, cadenciosas son las composiciones de este grupo: la pura sencillez de los afectos y la música melancólica que parece acompañar a las gentiles estrofas, las han hecho popularísimas en Colombia, donde no sólo los literatos, sino el pueblo, saben de memoria gran número de versos de Gutiérrez González, especialmente las dos composiciones a Julia y las titu-

ladas "Aures", "Por qué no canto?", "Una lágrima" y otras varias, cuyo efecto expresa el crítico Camacho Roldán con aquella frase de uno de los poemas ossiánicos: "Son como la memoria de las alegrías pasadas, que es a un tiempo agradable y triste al alma".

Pero aunque valga mucho Gutiérrez González como espontáneo y delicado poeta de sentimiento, resulta mucho más original en el extraño poema que tituló "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", y que es, sin duda, lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas.

El autor lo describe todo, desde los terrenos propios para el cultivo y la manera de hacer los barbechos o rozas, hasta el método de regar las sementeras y espantar los animales que hacen daño a los granos. Y es admirable la fecundidad que ha sabido descubrir en un asunto a primera vista tan pobre, trazando cuadros tan admirables y tan diversos como el de la quema, el de la ranchería, el de las rogativas, el de la recolección de frutos y el de la cocina de la roza. Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América".

Rafael Maya.

Gutiérrez González, uno de los más logrados frutos de la estación romántica en Colombia, ha



gozado de un raro privilegio en relación con algunos de sus versos; no se han marchitado ni han caído nunca de la memoria de las gentes. Así acontece con "Aures", y con su poema sobre el cultivo del maíz en Antioquia. En su tiempo, fue, acaso, el más popular de los poetas nacionales.

Hoy, su obra permanece en discreta penumbra, fuera de las poesías ya mencionadas y de algunas otras, muy pocas. Sin embargo, su nombre despierta instintiva simpatía. Es que fue poeta por definición, dentro de las limitaciones de su tiempo y de su escuela, sin que hubiese mezclado al sacerdocio de las Musas actividad extraña, fuera de algunas fugaces excursiones por el campo de la política. La poesía lo marcó con estigma indeleble, e hizo con ella un reflejo exacto de su propia vida, pues la mayor parte de los poemas son confesiones autobiográficas. Vivir y cantar fueron, para Gutiérrez González, labores simultáneas. Es necesario buscar en sus versos un reflejo de cuánto pensó y soñó, de cuánto hubo de ambicionar, sin alcanzarlo, o de cuánto alcanzó, sin haber logrado colmar la medida del ensueño. Si hay un arte sincero, ese es el mío, pudo decir Gutiérrez González, como dijo después Darío, con dudosa convicción de su propio dicho.

La poesía de Gutiérrez González posee un timbre muy íntimo. Es toda ella de carácter sub-

jetivo, como desprendida del alma, sin que entre el sentimiento y la palabra se hubiesen interpuesto filtros depuradores ni alambiques destinados a reafirmar con exceso aquel abundantísimo licor. Ni filosofa ni trascendentaliza, como fue moda en su época. Le basta con ofrecer su sensibilidad desnuda al roce de la vida. Sus cantos son la reacción inmediata de sus nervios, excitados en uno u otro sentido. Con todo, logra atemperar la emoción con cierto sentido extraordinariamente artístico del verso que es, en sus mejores cantos, de una entrañable musicalidad. Algunas de sus poesías tienen una especie de cadencia nostálgica, parecida a la de romanzas viejas, que riman constantemente con algunos estados de nuestro ánimo.

Todo fue en Gutiérrez González emoción delicada y finísima, sobre todo el paisaje, que ofrece fondos de mágica diafanidad a la presencia del recuerdo.

Marco Fidel Suárez

Justino. —De esas cosas hemos de tratar en su noche, así como de muchos provincialismos que ofrecen el habla y la pluma de nuestros paisanos, desde los cuentos y novelas hasta las narraciones históricas. Además, buena copia de antioqueñísimos presentan las poesías del Doctor Gregorio Gutiérrez González clarísima estrella de

la literatura, no digo solamente antioqueña, pero colombiana y española. Al recordar su nombre, será bueno y aún es indispensable que expresemos alguna idea sobre el cantor de nuestra tierra, por desmedradas que resulten nuestras opiniones.

Fue muy grande Gutiérrez González como poeta, y eso se demuestra en forma extrínseca, al pensar que de sus versos ha quedado un extracto immortalizado en los recuerdos populares, mucho más copioso que el de otros vates insignes en la historia general de la literatura. Quiero decir que en la obra poética hasta de los mejor inspirados y más perfectos artistas, una es la cantidad o acervo de sus versos, y otra aquella especie de elixir que se desprende de ellos y que como materia acrisolada se deposita para siempre en la memoria del público. De esto no están exentos los grandes poetas de todas las naciones, la totalidad de cuyos versos nadie recuerda, y sí solamente lo más selecto de su inspiración y de sus artísticos trabajos.

El poeta antioqueño, considerado por esta faz, está ligado a la mayoría del pueblo, no con una estrofa afortunada, no con un mero canto, como otros alumnos de Apolo; su título a la popularidad, su derecho a la admiración, es gran cantidad de poesías, cuya belleza ha logrado adueñarse de la admiración y afectos generales. Las

estrofas del cocuyo, de la batatilla y de la paloma en la composición "Por qué no canto?" son inmortales, no hay duda; de suerte que Don Julio tuvo razón para decir que por ellas diera gustoso sus versos. "Aures" es una sarta de perlas, en que cada estrofa muestra en competencia la delicadeza del sentimiento con la felicidad de la expresión. En los versos "A Julia", especialmente la segunda estrofa, es el colmo del primor literario, por la armonía imitativa, por la belleza de la imagen y por la suavidad que deja en el alma esa estrofa, digna de aparearse con las más únicas que se entresacan de las obras maestras. Y la "Memoria sobre el cultivo del maíz", título en apariencia científico de unas geórgicas americanas que con gusto prohijaría Virgilio, en opinión del sabio Cuervo, esa obra, poniendo aparte todo impulso de parcialidad, puede ser mirada como ofrenda imperecedera en el altar de las musas, como lámpara perfumada por Pomona y Flora y encendida por las estrellas, para perpetuar la descripción de nuestra agricultura y el ingenio de un hombre. Todo esto sin contar otras composiciones que todos repetimos con placer y que en los diversos estados de nuestra vida nos han dado dulces consuelos y fruiciones deliciosas.

Camilo. —¿Y el fondo de la obra poética cuáles es?

Luciano. —Aquello es lo extrínseco; porque al hincar la consideración en el fondo de estas singulares poesías, se nota al punto el privilegio que tuvo el autor para percibir en la naturaleza la nota de lo bello, es decir, el colorido y el són y el movimiento que mejor afectan el sentido espiritual de las gentes, pero que éstas no alcanzan a expresar. Es el ruido del huracán y el fragor del incendio; es el arrebol o arrumazón de la nube; es el rayo abrasador o plácido del astro del día; o las lejanías azules de la montaña; o el raudal que se desata; o los colores del maíz al nacer, o en flor, o en sazón; o la gentecita compuesta de pájaros y cuadrumanos que viven a expensas del trigo americano, providencia general de las razas y de los colonos del nuevo mundo. Ese dón de percibir la belleza exterior se asocia en el poeta con el de expresar en forma exactísima los sentimientos que causa la vista de la naturaleza, expresión comparable a la de algunos poetas anglosajones por su delicadeza y dulzura.

De esa visión de la naturaleza nació en el Doctor Gutiérrez el dón de la comparación o símil. Este no se presenta desleído y prolijo como en los cantos homéricos; se presenta formado por una mera pincelada, tan fácil y exacta, que a veces degenera, porque resulta que muchas ideas o descripciones seguidas, todas van acompañadas de símiles quizá superabundantes.

Justio. —¿Cuál será la estrofa que encareciste ahora como una de las más bellas del parnaso conocida por nosotros?

Luciano. —La apuntaré junto con otra de la misma composición, aunque ésta casi no deja escoger, por estar compuesta toda ella de líneas primorosas a cuál más. Los dos que digo son estas:

Y como ruedan mansas, adormidas,
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas
por el sendero de la vida van.

Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas, cuyo són
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor.

Palabras que por su virtud poética, o por el poder que tiene de despertar afectos inefables, hacen recordar aquellas otras del cantor de "Lucía":

No era más que un murmullo: parecía
la tenue voz de un céfiro distante
que el ave implume despertar temía
y entre los juncos revolaba errante.

Meció su rama mustia el roble añoso,
la estrella del pesar rasgó su velo,
y al gemir de la noche, en el reposo,
les pareció que les hablaba el cielo.

Justino. —Hubo sí en el doctor Gutiérrez dos poetas o dos facultades sentimentales: el poeta espontáneo, que percibía la verdad y la belleza de lo creado, y que pagaba tributo a la poesía de moda, que en su tiempo eran las exageraciones románticas.

Por eso entre los cantos del egregio vate los hay colmados de pesimismo y lamentaciones que, procedentes de tierras extrañas, prevalecían entonces en nuestra actividad literaria. Lo cual nada tiene de inexplicable, antes es natural y frecuente, por ser sabido que Cervantes tuvo en los dominios de su pluma también dos campos: el de la pintura realista, acabada, física y moral del mundo, del hombre y del corazón, cosa que se cumple en el Quijote, y el sucesos inverosímiles y descripciones amaneradas, en que hormiguea el Persiles; con la circunstancia de haber sido esta última novela la que se llevó la preferencia y mayor solicitud de su autor.

Camilo. —¿Cómo se explican las coincidencias del poeta con otros escritores?

Luciano. — Siendo tan fieles sus aptitudes para copiar la belleza natural, eso mismo explica las armonías que hay entre el pensamiento del doctor Gutiérrez y otros poetas. Se trata de una portentosa fotografía que al ser aplicada a un objeto solía reproducirlo en forma parecida a la de

otros pintores. Los recuerdos con olor de helecho que dijo él, son el olor a tomillo del "Aminta" de Jáuregui, o el sabor a campo y robustez que expresó Saavedra Fajardo. Si "Dios no quiere que el placer se mida en la misma medida del dolor", como dijo nuestro poeta, también Granada expresó que "más poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría". Y el duque de Osuna a este mismo propósito cantó también: "¡Oh, si las horas de placer durasen como duran las horas de tormento!"; y Hernando de Zárate escribió que "el dolor se siente más que igual cantidad de gozo".

Aquel dicho del doctor Gutiérrez en la introducción de la "Memoria del maíz": "Yo no escribo español sino antioqueño", concuerda con un verso que dijo Enio que cierto personaje de una comedia no hablaba latín sino español. Y el Barón refiere que los criollos en la Nueva Granada, por motivos de resentimiento colonial, decían: "Yo no soy español, soy americano".

Justino. —Ahora voy a contar algo muy peregrino que oí decir, o que leí en Medellín, recién fallecido el cantor del maíz.

Y fue que en la ciudad de Sonsón soñó un caballero que estaban en una tertulia él, el poeta y otros concurrentes. Refería Gutiérrez González un suceso interesante, pero en la mitad de la na-

rración perdió el hilo del cuento y no pudiendo recobrarlo, los oyentes empezaron a darle matracca y a increparle que los estaba engañando; entonces (contaba el caballero) soñé que el vate prorrumpió en esta estrofa:

Fuera feliz si la memoria mía
me recordara lo que ayer pensé;
no padeciera mucho la agonía
de quien no miente y a quien no se cree.

El narrador del sueño jamás había hecho versos, y el corte de la estrofa es el mismo de las poesías de nuestro conterráneo.

Luciano. —Eso se parece a lo que cuentan de don Juan Antonio Puiglolanch, a saber, que dormido hacía versos exámetros latinos; y también de don Dionisio Solís, buen poeta, aseguran que escribió en sueños un poema que empieza:

Pacífica quietud, reposo amado,
morada dulce para mí y tranquila
donde con lentitud la parca afila
el cuchillo a mi muerte destinado.

Finalmente, no vayan ustedes a creer que el doctor Gutiérrez González fue solamente poeta insigne y famoso, sino que fue también jurista de alto criterio y político sobresaliente. Tan sobresaliente fue, que el doctor Berrío, en los lances más delicados, llegó a hacer dos jornadas de

camino para venir a Sonsón a consultar con don Gregorio nada menos que el desconocimiento de la Confederación Granadina y el reconocimiento de los Estados Unidos de Colombia, cosa que me contaba don Rodolfo González, compañero del doctor Berrío. Entonces fue cuando el poeta escribió su canto a los Estados Unidos de Colombia, poesía tan hermosa como valiente, que ayudó a contener a la guardia colombiana.

Por Tomás Carrasquilla.

Tres nombres que simbolizan, en el campo luminoso de las letras, el carácter esencial de nuestra región; lo que nos distingue del resto de nuestra nacionalidad colombiana; son GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ, Epifanio Mejía y Juan de Dios Uribe.

GREGORIO precede a Epifanio como el maestro al discípulo. Juan de Dios es el vínculo que juntándolos se junta con ambos en estrecha haz. Al recordar a uno de los tres, tendrán que evocarse los tres juntos. Los tres forman la síntesis de nuestra alma regional; esta alma ávida y soñadora.

GREGORIO surge cuando apenas se inicia nuestra psicología ruda y perseverante; cuando la vida del medio se insinúa; cuando fluctúa en

estado embrionario y forma definitiva; cuando aún no se acentúan los factores divergentes que han de seleccionarse y dar el tipo actual de nuestro carácter.

Quiero decir que GREGORIO no es, ni podría serlo, poeta de formas esmeriladas y pulidas; hasta que en su misma modalidad es antioqueño. Su versificación es dura, a veces hasta descuidada; pero, en cambio, cuán gallarda en su medula y cuánta alma se revela en ella! Si se exceptúan “¿Por qué no canto?”, “Aures” y las dos “A Julia”, que son piezas de verdadera inspiración lo demás de su lírica, sin ser pedestre, es descuidado. Acaso lo sea por su misma espontaneidad.

Habrà que tenerse en cuenta, que compuso muchas piezas de compromiso y que en su época no había las luces que posteriormente nos ha dado la crítica, los modelos y el comercio literario. Muy vate ha de ser quien produzca algo bueno en un medio tan aislado y desfavorable como fue el de GUTIERREZ GONZALEZ.

Su poema sobre el cultivo del maíz, de factura mediana, resulta bello, en su conjunto, grandioso en su concepción. Es la epopeya de nuestra raza luchadora y fiera, que, hacha en ristre, desafía la selva inviolada; es el canto del entusiasmo, a los ejércitos de hormigas que traen el sustento al hormiguero.

Si es noble y trascendente el trabajo del labrador humilde, no lo será menos el del bardo que lo cante. Por su valentía y colorido local, es ese poema la única resonancia que ésta nuestra región desconocida puede tener en el mundo del Arte; lo único que la haga figurar en la geografía del espíritu.

Antioquia no es nada, como no lo es Toboso, pero ya figura por ahí en los fastos imperecederos de las letras: ya su poema, tan original y todo, ha sido traducido a la lengua de Hugo y de Flaubert. Cualquier día lo será a la de Dante.

GUTIERREZ GONZALEZ, y Jorge Isaacs son los Colonos que nos han descubierto al mundo mental. Ved, pues, si será patriota la obra de estos hombres. Ved, pues si al autor de "La tierra de Córdoba" le debemos también gratitud.

A GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Por Epifanio Mejía

Antioquia no tiene mares...
pero en las selvas oscuras
hay un cisne solitario
que con sus cantos la arrulla,
¡Vedlo pasar! Va volando
sobre las olas del viento
regando cantos y plumas.
¡Duermen las aves! La aurora

de luz los campos inunda;
al canto del ave triste
despiertan, las aves, mudas,
como regueros de flores
del viento en las alas puras,
todas por el arie cruzan.
¿Adónde van esas aves?
¿Qué quieren ellas? ¿Qué buscan?
¿Por qué persiguen al cisne
que canta sus desventuras?
¿Quieren aprender sus cantos?
¡Aves sencillas y rudas;
los cantos de la tristeza
sus cantos que no se estudian!
Ellos nacen en el fondo
de las negras amarguras...
y se levantan y vuelan,
y en ayes los aires surcan...
Aves de rico plumaje
que voláis por la llanura,
¿Queréis recuerdos del cisne?
¡Id recogiendo sus plumas!

por Benigno A. Gutiérrez.

Anecdotario de Gutiérrez González.

Hemos oído referir a Manuel Pombo que, algunos años más tarde, paseando una noche con Gutiérrez González por las calles de Bogotá — por hacer reminiscencia de las costumbres de los

tiempos felices de la vida de colegio, — entraron a tomar dulce en una modesta botillería frecuentada por los estudiantes, en la calle de San Bartolomé. Servíales los higos conservados en almíbar, rodeados de panes de yuca, según el uso tradicional, una muchacha rolliza, avispada, con gruesas y brillantes trenzas de cabellos, vivo clavel en las mejillas, enaguas de frisa, camisa bordada y sombrerito raspón. Pombo daba a su interlocutor el fraternal y cariñoso nombre de **Antioco**, el solo con que había sido conocido en los claustros, y a este nombre levantó la cabeza la muchacha, con aire mitad encogido, mitad travieso, preguntando si alguno de ellos era el señor Gutiérrez González, el poeta. A la respuesta afirmativa, acompañada a su vez de una pregunta de admiración acerca del motivo de esa curiosidad, replicó ella que siempre había deseado mucho conocerle, porque admiraba y sabía de memoria gran parte de sus versos.

—¡Vamos! recítenos, pues, usted a Aures, la dijo Pombo.

Y ella, ruborizada y casi temblando, como un niño que dice su **resunta** en el certamen:

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de Aures descender se ven;

.....
Los helechos y juncos de la orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa a lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré a morir.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Herencia de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, adiós!

Con el último verso la muchacha levantó el
revés del delantal para recoger una lágrima sus-

pendida entre los párpados y rápida se ocultó detrás del cancel.

Ruboroso y triste volvió Antíoco a mirar a Pombo, diciéndole:

—Bueno... ¿y qué?

—¡Cómo y qué...! ¿no sabes qué es eso?
¡Pues eso es la fama, la fama, que es precursora de la gloria!

o o o

“Los recuerdos de los poetas son sagrados para los pueblos que ellos han embellecido con sus cantos”. De allí que en Sonsón, la tierra bañada por el “Aures”, escenario de su segunda y brillante juventud, tengan culto perenne sus manes y que haya sido la primera en consagrarle un precioso jardín público como orla memorosa de su busto, que “vaciado en carne de bronce”, desafía, como su obra, la sucesión implacable de las modas literarias y las veleidades repelentes de los tiempos.

o o o

Oiganse estos apuntes sobre el poeta, que determinan, a la manera como lo hacen los historiadores modernos, algunos rasgos de su ingenio, y que pertenecen a otro poeta y novelista insigne, don Marco A. Jaramillo:

“El doctor Federico Escobar recitaba un día, en la tertulia, un canto latino del Horacio, y Gutiérrez, como para manifestar que entendía aquella lengua, tradujo así, en el mismo metro en que estaba, la estrofa que acababa de escuchar:

El hombre bueno, de costumbres puras,
no necesita de morisca lanza,
ni necesita envenenadas flechas,
arco ni aljaba.

Mirando entonces el artista que pintaba las ventanas de la casa de Gutiérrez, ésta y Escobar parodiaron en latín y en el propio metro, la estrofa de Horacio que, traducida por nuestro poeta, quedó así:

Juan Cancio Pérez, de dinero puro,
no tiene numen para hacer los versos:
no tiene bolsa, ni gaveta, ni arca,
pinta ventanas.

o o o

Buscaba un día con un caballero un papel muy importante entre los muchos de su escritorio; dió vueltas, en vano, en todas las gavetas y recorriendo luego uno a uno los manuscritos de toda clase, vió que se agotaban éstos, y el documento no aparecía; por fin el último le volvió la calma, que ya empezaba a perder, y dijo, alzándolo muy en alto:

En la continua batalla
que al entendimiento ofusca,
siempre el papel que se busca
es el último que se halla.

o o o

Apostaban sus contertulios a cuál diría una palabra o una frase en mayor número de lenguas. Hubo entre ellos quien enseñara la palabra Dios en quince idiomas; otro que dijera en diez diferentes lenguas, como flor, como nada, como sombra; y cuando alguno dijo en griego vanidad de vanidades y todo vanidad, mataios, mataiotetos, kai panta mataios — díjoles Gutiérrez: yo lo sé en sánscrito: y con voz dulce y lánguida, exclamó: Kárpara, Karparatana elia tenía Kárpara!..... y todos le creyeron. ¿Quién no le creería?.... Hasta que les confesó que era pura invención suya.

Decía en llana prosa, y lo estampó en sus versos, que la resignación era un sofisma; y definía la FE diciendo:

“Es creer lo que no creemos”.

o o o

Cierta vez preguntó a sus contertulios:

—Cómo se llamaba el barbero de David?

Efectivamente la historia no lo nombra y la tradición lo calla. Cuando todos se dieron por vencidos, les dijo:

—Llamábase Amplus. No recuerdan ustedes que el santo profeta dice:

—Amplus lávame.

o o o

Sabía casi íntegramente de memoria el “Moro expósito” de D. Angel Saavedra, y cuando hablaba de este poeta, de Byron, o de otro cualquiera que lo entusiasmara, solía expresar su admiración con estas palabras:

—Ah bruto! Ah bestia!

o o o

No había en esa época el camino de Guayabal, que llamamos por antonomasia el carretero. En esa hacienda estaba, de paseo, la bella joven que fue esposa del célebre sacerdote Eleázar Marulanda. Este nuevo Agustín que parece haber oído también el tolle, lege, arrastró en una noche de lluvia por entre fangales a Gutiérrez González y a don Félix Mejía, como si dijéramos al primer poeta y al primer cantor de este país, para regalar a su prometida con una serenata. El señor Mejía hizo saltar de las cuerdas de su guitarra una cascada de ternísimas notas y dijo: este es el tono, Doctor; procure ajustarse a él.

—Eso está muy triste, exclamó Marulanda.

—No tengo otro para esta noche, replicó Mejía. Y empezó emprendiendo la marcha.

Ni el poeta ni el cantor pudieron volver a pensar en su oficio mientras recorrían el pantanoso sendero; pero al pie de la ventana de la novia se oyó una bellísima canción, cuyos versos improvisaba Gutiérrez, mientras Mejía cantaba.

No recuerdo sino esta estrofa y eso que, para ayudar a mi memoria, hace rato que estoy tarareando pasito:

Un porvenir de dicha y de ventura
ha reservado bondadosa Dios,
para tí, para mí, donde a tus plantas,
seré feliz con tu mirada yo.

o o o

Después de la restauración de Antioquia fue llamado el poeta a servir un destino público en la Capital del Estado, porque entonces se creía (oh tiempos de los demonios!) que los altos empleos debían ser servidos por altísimos personajes. Ya en Medellín, hablábase un día de la quinina en la botica del doctor Manuelito, y dijo Gutiérrez: es tan eficaz en todo lo intermitente, que si le dan unas millaradas de millaradas de quinina al sol, no vuelve a salir.

o o o

Preguntóle un amigo, después de poner a codal y escuadra su pregunta:

—Qué es la homeopatía, si estás despierto:
Será ciencia, sofisma o qué será?

Y contestó Gregorio cáusticamente:

—Un sofisma incrustado en algo incierto,
una mentira, pero que es verdad!

o o o

En los últimos años de su breve vida, y presintiendo quizás que moriría muy pronto, entró en su casa llevando en la mano un primoroso lazo de cabuya.

Su cara Julia le preguntó:

—Qué vas a hacer con ese lazo, Antíoco?

—Voy a enredar la batatilla en él.

—Nó, dijo ella, dámelo que lo quiero para otro oficio.

—No te doy el lazo, pero en cambio te doy mi mejor estrofa:

Juntos tú y yo vinimos a la vida
y es preciso morir juntos los dos:
tú al extremo del lazo suspendida
y al otro extremo suspendido yo.

o o o

Jaramillo concluye diciendo que Gregorio era artista en todas sus cosas, y agrega como prueba: de niño, muchas veces, lo vi dibujar su retrato

sobre la pared; una fotografía puede tener más detalles pero no más parecido. Don Diego Fallon dijo de él: “es un poeta: desde que empieza a torcer las clavijas para templar el instrumento se le escapa la poesía”.

Sí, artista, y por todos cuatro costados, debería ser quien definía así su espíritu y el de su amada:

“Son nuestras almas místico ruido,
de dos flautas lejanas, cuyo són,
en dulcísimo acorde llega unido,
de la noche callada entre el rumor”.

o o o

Su temperamento de bohemio y los de todos sus camaradas, donde quiera que estuviesen, convergían como radios al centro de diversión y de parranda que antes era en todo Antioquia el lugar por las siete letras, descrito por Pacho Rendón en inmortal página y que en esta villa de la Candelaria estaba ubicado en el local que hoy ocupa la Botica Junín.

Precisamente allí tuvo lugar esta escena, que pinta al poeta presa de la angustia de una asfixia, esto es, cuando el delicioso aguardiente de anís echa por la trocha y lo avecina a uno la muerte:

—Con un trago de aguardiente
te emborrachaste, Gregorio?

Y remata Gutiérrez así

—Cállate, por Dios, Vicente,
que estoy pasando actualmente
las penas del purgatorio.

Otro contertulio le salió así como para poner
en apuros su ingenio:

—“Cuando sube, para abajo,
cuando baja, para arriba”.

Lleva el volador la vara
en su rápida partida,
cuando sube, para abajo,
cuando baja, para arriba. (1)

Con dos de los escritos del “Oasis”, hizo el poeta un compromiso solemne y mutuo de no volverse a tomar un trago. En cierta oportunidad se hallaron ocasionalmente los tres amigos. El Tuerto Echeverri, uno de ellos, todo serrote, velando su intención, preguntó:

—¿Qué hay de aquél?

—Pensando en él, contestó uno de los camaradas, cayendo en el garlito.

Terció entonces Gutiérrez así:

—Pues tomen este fuerte y manden por él. . .

o o o

(1) Nos ha manifestado el Dr. Emilio Robledo que la estrofa del volador pertenece a Teodomiro Isaza, otro repentista.

Triunfadora, deslumbrante de belleza, pasa una niña frente a la puerta de la cantina en que está recostado, pero al inquirir el vate por la diosa, le salen con que ésta es de mal agüero: de siete novios que tuvo unos murieron y otros pusieron fin a sus días. Entonces se produce así su galantería, como una antítesis de las flores de trapo que hoy arrojan los titinos engominados y los viejos libidinosos al paso de nuestras bellas:

Me han dicho que peligra quien la mira,
Que quien la ama en el momento muere;
Díle por Dios que quien la ve suspira,
Y que aspira a morir... si ella lo quiere!

Porque debe saberse que, casi como ahora en nuestros cafés (ya casi, ñanga) brillaban los ingenios en los estancos de antaño. Como gotera o mirón en la teratulia del poeta presentó Ño Roque, sonsonés y violinista popular por añadidura, a quien Gutiérrez le brindó trago, pero a trueque de que terminara esta estrofa:

Si el hombre pobre supiera
Que estando vivo es difunto,
Que es embarcación sin vela,
Que es árbol que no da fruto...

—Jamás los ojos abriera!, concluyó el rascatripas entre los aplausos de los circunstantes.

En el prólogo autobiográfico del Cojo Cam-
puzano leemos:

“Un día me sorprendió escribiendo unos ver-
sos para una muchacha Aidea, de quien estaba
prendado. Gregorio tomó el papel y leyó:

“Tú tienes el encanto de María
Atracción y virtudes como ella,
Y eres tan ideal, eres tan bella,
Cual la divina madre del Señor...”

Gregorio me devolvió el papel y me dijo:
escribe a continuación:

El que escribió tan grande disparate
es un necio, un estúpido, un demente,
Su irreverencia audaz mancha su frente
Y su inmundicia impiedad su corazón!
Pues nada habrá que pueda compararse
A la mística Rosa de Judea...
¿Cómo pudiste colocar tu Aidea
Junto a la Santa Madre del Señor...?

—Hombre, no es para tanto, le contesté rien-
do; pero allá en mi interior acepté el regaño co-
mo una reprimenda fraternal”.

o o o

En el sistema bohemio, de que era sol nues-
tro poeta, llamaban al anisado “un polvo”. Algu-
no de sus contertulios, por estimular su lira, le

dio este pie poniéndose de rodillas, con estudiado disimulo:

“Aquí a tus pies me tendrás,
Hasta que me des un polvo...”

Entonces aquel reverberante ingenio remata con facilidad la cuarteta, pues hablando del muerto idioma el consonante consabido, inhallable en castellano, salva de esta manera e Imagno escollo:

“Pecador, ego te absolvo,
Levántate y beberás”.

o o o

Nada de raro tiene, tampoco, el recurso, cuando hasta en los sueños las musas le acudían propicias al cerebro, llevándole los dones. Estando una vez Gutiérrez en Los Planes con D. Chicho Botero, éste afirmó cualquier cosa y entre sorbo y sorbo de café con que remataban la comida los blancos de entonces, Gutiérrez lo contradijo y esa noche — según contaban luego — soñó que su contrincante había insistido en su afirmación y que él le había replicado:

“Fuera feliz si la memoria mía,
me recordara lo que ayer pensé;
no padeciera mundo de agonía,
de quien no miente y a quien no le creen”.

Ahora que están tan en boga las charadas,
óiganse estas tres magistrales del poeta:

Me alimento de llamas, a mordiscos,
Y vomito ceniza y negro tizne,
Y me meten los dedos por los ojos
Cuando quieren que coma o que vomite.

Descifrada, resultan sencillamente nuestras
despabiladeras, proscritas ya de la vida ordinaria,
desde que empezó a usarse luz eléctrica.

El azar de nuestras contiendas civiles empujó hacia acá cierto militar Orbegozo, apellido esporádico en nuestras montañas, en donde los más generalizados son Restrepo y Cantina, como apuntó en su libreta de viajes un míster avisgado y cositero, con el cual formó Gutiérrez la siguiente charada:

Feliz el hombre que tener pudiese
Un apellido que por sí bastase
Para cerrar entre las dos primeras
Cuanto se encuentra entre las dos restantes.

La tercera adivinanza tiene base histórica y hay quién asegura que pertenece al poeta riogrenero llamado el Tío Pacho Mejía, cuyo ingenio bien podía correr parejas con el de Gutiérrez. Sea del uno o del otro, voy a transcribirla con esta explicación:

En la ciudad madre del Departamento solía reunirse una tertulia de lo más granado de la aristocracia croilla, en casa de Doña Manuela Campillo, por allá en los años de 1850 a 1860. A ella concurrían los ingenios de la procerca ciudad y personajes distinguidísimos, todos los cuales amenizaban el rato con charadas, acertijos, etc. Uno de los tales concurrentes fue nuestro poeta, quien propuso el siguiente acertijo, picante como ají pajarito, y en cuya miniatura se desparrama todo un ingenio quevedesco:

“Quién es de Antioquia el Sultán,
a quien las más copetudas
se le presentan desnudas
como hizo Eva con Adán
y cuando en el lecho están
gozando dulce fruición,
después de la sensación,
salen más limpias, más puras?”

De en medio del asombro general, pues había allí señoras, señoritas, canónigos y quizá hasta el propio Obispo, salió la tenue vocecilla de una beata, exclamando con nigenuidad que provocó risas contenidas y cachufletas de los suspicaces:

—Pues don Juan Esteban Martínez.

Era éste un verdadero patriarca, respetado y venerado de todo Antioquia, porque había sido el propulsor y patrono generoso de la hermosa

Catedral. Entonces el poeta, con guasa imperdonable, objetó sonriendo:

—De manera que las señoras de Antioquia se le presentan desnudas al taita Esteban? como también se le llamaba. Todas protestaron, justificando ya la desdeñada apuntadora, que ellas tomaban a Sultán por la persona más saliente de Antioquia, bien que entonces el acertijo no réazaba con ellas, cuyo señoría, al través de los tiempos, nos obliga a botar el sombrero. Insistió el poeta en la realidad evidente de él. Hasta que doña Manuela, nueva Clemencia Isaura de aquellos juegos florales, intrigada por lo curioso y atrevido del acertijo, exclamó:

—El Cauca! Con lo que todos convinieron en ser la verdad, pero sin desdoro para las gentilísimas antioqueñas.

o o o

Por último, puede decirse que Antioquia, o más bien su cantor Gregorio Gutiérrez González, puede exhibir los tres más bellos madrigales que son orla y florón de la corona poética colombiana. D. Rafael María Merchán alabó éste, cotizándolo en más alto valor artístico que el muy conocido de Gutiérrez de Cetina, y atribuyéndolo a un incógnito vate antioqueño.

El sol en el sistema planetario,
los cielos boreales en los polos,
y en las noches oscuras de mi alma
Julia, la luz de tus divinos ojos.

-El nombre de la amada y esposa de Gutiérrez, incrustado en tal estrofa, induce a creer que es de su mina tan fúlgido diamante.

Ahora, la presente generación literaria, tan estragada en su gusto por sus frecuentes incurSIONES a través de literaturas foráneas, que nunca asimilará como es debido, encomia — cosa rara — este otro madrigal bellísimo, cuya factura es incontestablemente del mismo privilegiado numen:

Entre la noche sombría
sus negros ojos brillaron,
¡y hasta los gallos cantaron
creyendo que amanecía!

Copla que corresponde a la CMLIII del Cancionero antioqueño, en donde aparece esta otra joya tomada del arsenal del pueblo, marcada con el número DCXXII y que viene a ser como la última palabra en la materia:

Los mejores ojos son,
por más que todos se alaben,
los que decir mejor saben
lo que siente el corazón.

Pero para que se vea cuán cierto es aquello y que nada tendría qué envidiarles como improvisador este nuestro Gregorio a tan felices como desconocidos orfebres, anoto, para cerrar con broche luminoso mis desaliñados apuntes, este madrigal que a oírse, cuya paternidad es indiscutiblemente de nuestro poeta, pues, recogido por la tradición y amalgamado con el nombre de la fascinante beldad que lo motivó, viene transmitiéndose en mi tierra desde que surgió y se conserva aún fresco. Dígase, al oírlo, si allí no relampaguea su ingenio y queda ante aquella belleza, por la cual todos sentíamos el amoroso cosquilleo, viendo cocuyos en pleno día:

De esta mujer en sus hermosos ojos
un universo de placer chispea,
palidecen del sol los rayos rojos
y vacila la luz, si pestañea.

o o o

“Era en Sonsón. Hora, las 10 p.m., reunidos en tertulia tiendera estábamos varios, y entre esos varios el bardo de las tres G. G. G., Pepe Correa, mi paisano, y el que esto le cuenta.

“Ya nos retirábamos a dormir, cuando rodó la plática sobre el viaje para La Cantarrana, al siguiente día, de una rionegrera de belleza cricasiana y de sprit francés. — ¡Qué rancho! — por la cual todos sentíamos el amoroso cosquilleo.

“Alguno propuso le diéramos una serenata de despedida: aprobado por unanimidad.

“Otro dijo: —Pero que sea con versos y música improvisados: todos de pie.

“Y allí, sobre el mostrador, escribió el cantor de Aures:

ADIOS

(A Irene)

¡Oh! si el volverte a ver fuera tan dulce
como triste y cruel decirte adiós!
mas Dios no quiere que el placer se mida
en la misma medida del dolor.

Adiós, pues; de tu amor guardo un recuerdo,
mas si ese amor fue un sueño y nada más,
yo no recibo en cambio de ese sueño,
la más encantadora realidad...

“La música y el canto surgieron de la guitarra y del pecho del maestro Correa como quien lee de corrido en claro escrito, y al cuarto de hora, al pie de la ventana de la viajera, se estrenó el Adiós... tan sentido, que adentro se oía el gimoteo de la cantarranita, y afuera el de todos nosotros...

“NOTA. — Esta Irene era una belleza inaccesible; vino el Tuso Gutiérrez a la Convención y... con ella cargó.

Entiendo que G. G. G. volvió a encontrarse con ella en uno de esos bailes famosos que se dieron en Rionegro, con ocasión de la excelsa Convención, y que fue entonces cuando disgustado el poeta porque la tal Irene no quería bailar sino con el glorioso Tuso, desdeñando a los otros bailadores por pobres y feos, le dijo vengativo:

“Los años pasarán; pasará el Tuso,
pasará el batallón de Bomboná,
y esa mujer caída ya en desuso,
con Izquierdo Brandao bailará”.

o o o

“Comiendo, dice Pombo, una tarde en Niquí, hacienda poco distante de Medellín, presentóse de repente a atender el servicio de la mesa, a éstilo de hospitalidad hebrea, una señorita de la casa, de una belleza y frescura quizá no eclipsables por las de Rebeca. Vestida con campesina sencillez, traía su rosario al cuello, con la cruz visible contra el pecho. Tres o cuatro amigos exigieron al instante de Gregorio una improvisación, dándole para ella las palabras seno, rosario y cruz.

El obedeció diciendo prestamente:

Sobre tu nevado seno
brilla la cruz de un rosario,
y yo, humilde nazareno,
muriera alegre y sereno

Estaba Gutiérrez González de ministro — o magistrado como hoy decimos — del tribunal de justicia de la Provincia de Córdoba en Rionegro, en 1852. Frecuentaba la tienda de don Quintiliano Campuzano, donde había continuá tertulia de caballeros que charlaban sabrosamente. Una tarde, hallándose allí el poeta, pasó por la acera opuesta de la plaza, a una larga distancia, la señora doña Juliana Isaza, esposa de aquél y el alegre magistrado no la reconoció por el momento.

—¿Quién es esa señora? preguntó.

A lo cual contestó admirado don Quintiliano:

—Cómo, doctor, ¿no conoce a misiá Julianita?

Gutiérrez González confesó que, en verdad, a primera vista no había notado que fuere ella.

En otra ocasión, en la misma tertulia, afirmó Gutiérrez González que él era capaz de continuar la recitación de cualquier poesía escrita en verso castellano cuyo primer verso se dijera por los circunstantes. Don Quintiliano — que, por lo visto, era un retórico tan grave y juicioso como su homónimo el latino español de Calahorra, — le replicó:

—Míre doctor, que le empiezo una que usted no podrá continuar.

—¿Cuál?, interrogó el poeta.

—Esta — le dijo Campuzano:

—¿Quién fue Alejandro vencedor de Asia?

Gutiérrez González no había oído nunca este verso, pero sin desconcertarse exclamó:

—¿Quién fue Alejandro vencedor de Asia?

Un tronera no más, don Quintiliano,

que con su fuerte y poderosa mano

un continente entero esclavizó.

Recitaba una vez Gutiérrez González la tan conocida estrofa de Espronceda que principia:

Hojas del árbol caídas

juguete del viento son...

cuando al llegar al cuarto verso, se equivocó y en vez de decir,

“Ay, son hojas desprendidas”,

dijo, Son ay....

—Eso no es así, Gregorio, le objeto Camilo Antonio Echeverri.

—¿Cuánto apuestas? — respondió el Poeta.

—Diez patacones.

—Convenido.

Y fueron a consultar el libro de Espronceda el que dio la razón al Tuerto Echeverri.

Entonces Gutiérrez González sacando las veinte cincanas, de uno de los bolsillos del pantalón, exclamó:

Hojas del árbol caídas
juguete del viento son...
y las apuestas perdidas
son pesetas desprendidas
del fondo del pantalón.

Entre los admiradores de Gutiérrez González había un joven de no sé qué población, que determinó señalar a Sonsón para convalecer de un tifo. Apenas llegado a la pintoresca ciudad de los Jaramillos, de los Boteros, y de las mujeres hermosas, le clavó los codos al poeta y no lo dejaba ni a sol ni a sombra ni a palco ni a contrabarrera.

Gutiérrez González se veía y se deseaba por sacudirse aquél tábano que le zumbaba constantemente en las orejas; pero váyanle ustedes con sacuditas a un admirador que no tiene más oficio que admirar y convelecer de un tifo.

Tampoco hay que decir si el admirador aquél hacía versos. Los hacía.

Porque no sé qué diablos tienen los convalecientes y admiradores espontáneos, que todos hacen versos malos y a veces peores.

De modo que la mosca borriquera que le zumbaba a Gutiérrez González, hacía versos, en doble carácter de convaleciente y de admirador espontáneo.

Cansado Gutiérrez González de la pejuguera admirativa, determinó ir a pasar unos días a la hacienda de un viejo amigo; hacienda en donde hay una bella cascada.

A nadie le dijo de su viaje, pero el admirador, que era más tenaz que baúsán de los Magiares, lo supo y, al desembocar el bardo en una calle, agua va: el admirador a caballo.

—Doctor — le dijo a su perseguido, — supe que usted iba para el campo, y voy a acompañarlo hasta allá. Yo me vuelvo esta noche o mañana.

No hubo remedio. Llegados a la hacienda, fueron a ver la cascada, y el admirador, sintiendo que la inspiración le invadía el vacío en donde las gentes suelen tener los sesos, exclamó, arrancándose por octasílabos:

“Un chorro en una montaña
es cosa que yo envidéo”.

Y Gutiérrez González, asiendo la ocasión por el cabello, terminó así la quintilla:

“Mejor fuera que envidiara
hablar la lengua de España
y que no hablara tan feo”.

“Julio Arboleda , poeta, orador, parlamentario de nota, ocupa lugar destacado entre los hombres públicos de Colombia.

Gregorio Gutiérrez González, bardo de alta escuela, mereció de sus contemporáneos grandes honores y elogios sin cuento”.

“En alguna ocasión se dirigía, el primero, de una población del Cauca a una de Antioquia, mientras el segundo hacía viaje contrario.

“Encontráronse los dos ingenios en una de esas ventas de arrieros de toda laya de que hablara Cervantes.

“Aunque Arboleda no había visto en toda su vida al poeta antioqueño, lo reconoció al punto por las descripciones que de él le habían sido hechas; no menos que por lo inconfundible de su fisonomía.

“Hallándose los dos en análogas circunstancias, pues la vigilia anterior había sido para ambos una de esas “vigilias del vino”, tan caras a poetas y literatos.

“En tales condiciones ,Gutiérrez, para probar la bondad de la musa del caucano, le hizo las siguientes preguntas:

“¿De dónde vienes?

¿A dónde vas?

¿Cómo te llamas?

¿Y cómo estás?

Y el interpelado contestó inmediatamente:

“Del Cauca vengo,

a Antioquia voy,

Julio me llamo

y bien estoy”.

o o o

En una temporada lírica que hubo en Medellín en 1865, muy favorecida por el público, acabando de oír el Hernani salió Gregorio del teatro y escuchó entre el tumulto esta exclamación de un crítico puebleño muy perifollado, notorio por sus dictámenes magistrales y entusiasmado por el potente trío final de esa ópera: Este dúo entre los tres me satisface el alma. “Antíoco” respondió en voz alta:

Si hay monólogo entre dos

habrá diálogo entre tres,

una terna serán cuatro

y un quinteto serán diez.

Contemplando la linda cascada de Guadalupe, cerca de Santa Rosa en Antioquia, un amigo preguntó al idealista cantor del Tequendama: “Ya le hizo versos” — ¿Qué versos? ¿Por qué (con-

testó él fríamente), si yo no veo allí sino un río parado.

o o o

De la ilustre matrona doña Isabel Gómez v. de Uribe, sobrina política de Gutiérrez González, son los datos que transcribimos y que fueron publicados en "El Colombiano" de Medellín (el 14 de mayo de 1926).

A Gregorio — dice la citada dama — le gustaban mucho las muchachas y con frecuencia las cortejaba con sus versos.

Un día me dio esta definición de las mujeres:

Hicimos un paseo con el doctor Marcelino Vélez a la cascada de Guadalupe y al tiempo de despedirme le dije: "Que no resulte con que esta noche le vas a hacer unos versos a la cascada, y acordándome de su canto al Salto de Tequendama le añadí: "No hagas más versos a las cascadas, hazlos más bien a los volcanes", e inmediatamente me respondió: "Sí: a ustedes lo que les gusta son versos a las mujeres, porque ellas son volcanes chiquitos".

o o o

Una vez estaba Gutiérrez González tertuliando en la puerta de una botica, en Sonsón, con el doctor Federico Escobar, un erudito latinista,

y con el señor Cura de la ciudad. El doctor Escobar en el curso de la conversación, recitó en latín una estrofa de Horacio.

(La primera estrofa de la oda que el fénix de los líricos dedicó a Aritius Fuscus, un amigo suyo, y también poeta).

Integer vitae scelerisque purus
non eget Mauris iaculis neque arcu
nec venenatis gravida sagittis,
Fusce, pharetra.

El señor Cura, que hacía gala de ser un gran latinista, miró con cierto aire de burla a Gutiérrez González, y le preguntó:

—¿Entendió usted esa estrofa de Horacio, doctor?

—No sólo la entendí padre — contestó Gutiérrez González, — sino que la traduje.

—¿Cuándo la tradujo, doctor? — insistió el señor Cura.

—En este momento — repuso el poeta — Y en prueba, óiga en el mismo metro.

En seguida Gutiérrez González recitó estos sáficos adónicos, traducidos a vuelamente, del autor de la **Epístola a los pisones**:

“El hombre bueno, de costumbres puras,
no necesita de morisca lanza,
ni necesita envenenadas flechas,
arco ni aljaba.

Jaime Mercado Jr.

Pocos hombres en Colombia se han dedicado al cultivo de la poesía con esa inextinguible vocación que lo hiciera Gregorio Gutiérrez González, cuyo centenario — el de su muerte — acaba de transcurrir el pasado seis de julio. Quienes no son impermeables al arte del bien decir, han evocado con nostalgia aunque con júbilo, el nuevo aniversario de su muerte, temprana por cierto. A los 46 años, se apagó la existencia de quien tanto lustre diera a las letras de Antioquia y del continente.

Gregorio Gutiérrez González, vivió a orillas del “Aures” en un paisaje bucólico y agreste en cuyo ambiente recoge muchos temas que luego servirán para plasmar su poesía, esa poesía sencilla y sincera, que siempre proscribió vocablos ininteligibles. Cada poesía, cada canto suyo es un torrente de ideas, es un mensaje que llega, a no importa qué tipo de destinatario. Escribía como hablaba, lo intuimos. Esta fórmula, que muchos suelen desdeñar para acudir a patrones estereotipados, es la que le ha deparado ese pres-

tigio, que parece ensancharse a medida que el tiempo discurre.

Procedía de una familia de cierta solvencia, lo cual le permite al poeta recibir esmerada formación. Desde muy niño, inicia estudios en el Seminario de la Diócesis, donde concluye estudios de literatura y filosofía, bajo la mentoría de su primo Juan de Dios Aranzazu. Ingresa luego a la Universidad Nacional, en cuyas aulas inicia y termina estudios de derecho.

Su obra poética presenta algunos altibajos al comienzo. Pero luego madura su estro y produce cantos portentosos, que ahora quedan como imperecedero orgullo de las letras de La Montaña.

“La Memoria sobre el Cultivo del Maíz”, constituye indudablemente su obra maestra. Allí pinta en afortunada hipotiposis, todo lo que atañe al cultivo del maíz, tema inherente a su raza y a su ancestro. Este poema lo presenta como el más grande cantor de su terruño. Aludiendo a la importancia de esta obra el crítico Javier Arango Ferrer, ha dicho que es algo sin precedentes en la literatura castellana. Marcelino Menéndez y Pelayo, afirma que es sin duda lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas.

“La Memoria sobre el Cultivo del Maíz”, es como ha dicho la crítica, una verdadera **geórgica criolla**. Hay allí objetividad y subjetividad. Pero también hay rasgos didácticos. Este poema es la radiografía, es la concreción de lo que significa el estoico esfuerzo, el arrojo del hombre de este retazo de la patria, cuyos músculos han doblegado casi siempre la voluntad de una topografía, de una naturaleza hostil.

Gutiérrez González, fue un hombre sencillo, descomplicado. Tal vez esa constante de su personalidad, es la que siempre traslada a sus versos cristalinos, en cuyo fondo no se sabe qué apreciar más: si las imágenes a que acude o esa afortunada sencillez de léxico.

Por eso, podemos parangonarlo con Flórez, porque ambos le cantaron a hechos intrascendentes que ellos sublimaron. Ambos acudieron a un idioma parco. Ambos fueron profundamente románticos. No hay duda que la popularidad de los dos, procede de su buen talante de poetas, pero también de las condiciones a que hemos hecho referencia.

Desde el punto de vista idiomático, el modo de ser de Gutiérrez González merecería una adquisición más amplia, que no nos es dable aquí, por razones de espacio. Suya es la frase “yo no hablo español sino antioqueño”. En esta especie

de slogan que se sigue invocando como fórmula de la idiosincrasia lingüística de Antioquia, está ratificada la indefectible sencillez que lo caracterizó en su obra.

Hizo algunas incursiones en el campo que fue de sus disciplinas académicas. Así, desempeñó los cargos de Ministro del Tribunal, Magistrado del mismo, Diputado a la Asamblea y Senador de la República. Pero no estaba allí la razón de ser de su vida. Estaba en la poesía, condición que le era innata, y que él había aumentado con sus asiduas lecturas.

Esta es pues, una apretada síntesis del hombre que fue poeta en el unánime consenso de un pueblo y de la crítica, cuya vida y cuya obra, ahora rememoramos al cumplirse el primer centenario de su muerte, 1972.

EL CULTIVO DEL MAIZ EN ANTIOQUIA

Fragmento)

Buscando en dónde comenzar la roza
de un bosque primitivo la espesura,
treinta peones y un patrón por jefe
van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
y de camisa de coleta cruda,
aquél a la rodilla, ésta a los codos
dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña con el ala
prendida de la copa con la aguja,
deja visible la bronceada cara
que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
que sujeta el calzón a la cintura,
con el recado de sacar candela,
lleva repleto su carriel de nutria.

Envainado y pendiente del costado
va su cuchillo de afilada punta.
Y en fin, al hombro con marcial despejo
el calabozo que en el sol relumbra.

A las dos de la tarde suena el cacho
para que todos hacia el rancho vengán,
pues ya está la comida. Van llegando
y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda a la cocina
a los peones reparte las arepas,
de frisoles con carne de marrano
un plato lleno a cada dos entregá.

En seguida les da la mazamorra,
que algunos de ellos con la leche mezclan;
otros se bogan el caliente claro,
y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto de dulce melcochudo
les sirve para hacer la sobremeza,
y una totuma rebosando de agua
su comida magnífica completa.

Salve segunda trinidad bendita.
Salve frisoles, mazamorra, arepa.
Tan sólo con nombraros se siente hambre.
No muera yo sin que otra vez os vea.

Pero ay, gran Dios, algunos petulantes,
que sólo porque han ido a tierra ajena
y han comido jamón y carnes crudas,
de su comida y su niñez reniegan...

AURES

De peñón en peñón turbias saltando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca de granito socavando,
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulos vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgado en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal.
Como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta en el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia ví;
los poblé de ilusiones cuando joven
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡Basta! las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos.
Visiones de placer, sueños de amor.
Heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza ¡adiós!

A JULIA

“Poesías del casto amor y de inefable ternura”

(Marcelino Menéndez y Pelayo)

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a tí vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos.

Y como ruedan mansas, adormidas,
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas,
por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
sigue tu planta mi resuelto pie;
y de la senda en la áspera pendiente
a mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso a paso,
marchamos con descuido al porvenir,
sin temor de mirar el triste ocaso
donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
reclinado en tu seno angelical,
de ese inocente corazón, que es mío,
arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
en tu limpia mirada vense arder,
al través de dos lágrimas brillantes
que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas, cuyo són
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor;

cual dos suspiros que al nacer se unieron
en un beso castísimo de amor;
como el grato perfume que esparcieron
flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

CENTENARIO DE LA MUERTE DE G. G. G.

(Julio - 1972)

René Uribe Ferrer.

La poesía, como todas las grandes manifestaciones del espíritu, para que logre producirse, necesita de un terreno cultural ampliamente abonado para que los hombres que nacen con el soplo del genio o, al menos, del talento, puedan desarrollar sus facultades y producir la obra digna de perdurar. La personalidad humana no puede madurar fuera de un medio social adecuado. Y por ello en los períodos históricos de decadencia, grandes capacidades se frustran o no logran expresarse en todo su vigor.

Esto explica la notoria pobreza de la literatura hispanoamericana en los años que siguen a la guerra de la independencia, hasta más allá de la mitad del siglo XIX. Los hombres que li-

braron aquella lucha, con la espada y con la pluma, fueron una generación de gigantes. Pero porque recibieron su formación en las universidades que los españoles habían fundado en sus colonias, y porque recogieron la herencia cultural peninsular, todavía pujante a pesar de la decadencia literaria del siglo XVIII. Pero rotos violentamente los vínculos con España, fue notoria la baja de nivel en nuestra vida política, científica y literaria en los años que siguen al de 1824.

Claro que en la Madre Patria no es superior la situación durante el mismo período. La destrucción definitiva del secular imperio de Carlos V, en el cual antes no se ponía el sol, tenía que ser desastrosa para las creaciones culturales. Y la poesía fue una de sus notorias víctimas.

Así se explica que el romanticismo, que en Alemania, Inglaterra, Francia e Italia lleva a sus respectivas literaturas a una nueva edad de oro, en España y sus antiguas colonias sólo dé, con valiosas excepciones, frutos mediocres, cuando no mediocres y lacrimosas caricaturas. Caricaturas que han engendrado la falsa imagen que gentes de cultura media o mediocre tienen de lo que es romanticismo: exageración y falsificación del sentimiento. Cuando es algo muy distinto; y las grandes creaciones de esta escuela, en las diferentes artes, señalan una de las cimas de la historia humana.

Pero volviendo a nuestra patria, es honroso proclamar que, a pesar de las desfavorables condiciones en que la Nueva Granada vivió en los años que siguieron a la independencia, a pesar del analfabetismo, de la falta de grandes universidades, de la pobreza económica, de las endémicas guerras civiles, con imprentas rudimentarias y sin vías de comunicación, esta tierra produjo algunos grandes poetas. Que merecen ser citados y estudiados en toda la historia seria e imparcial de las letras en lengua española. Uno de ellos, Gregorio Gutiérrez González.

El caso de don Gregorio es uno de esos que muestran cómo el talento y la inspiración pueden imponerse contra todos los factores adversos del medio, aunque ello sólo ocurra contadas veces. Nació en una aldea con pocos años de fundada, en una región que carecía de tradiciones culturales hondas, y vivió la mayor parte de su no larga vida en pequeñas poblaciones del oriente antioqueño. Es verdad que estudió en Bogotá y terminó la carrera de derecho, pero no habría de destacarse suficientemente en ella. Su cultura general, y especialmente la literaria, no muestra haber sido profunda ni amplia. Era incapaz de leer en ningún idioma extranjero, como nos informa Antonio José Restrepo.

Y sin embargo, ese hombre, para recordar la suprema expresión de Bécquer, llevaba "algo

divino aquí dentro". Claro que, dados los factores sociales y personales adversos ya indicados, la mayor parte de su producción en verso, no muy extensa por otra parte, puede considerarse como material de desecho: composiciones de álbum, improvisaciones familiares, exageraciones románticas sin hondura. Pero cuatro poesías líricas bastan para salvar su nombre para la posteridad, porque resisten el análisis crítico más severo. Me refiero a las dos composiciones "A Juliá", "Aures" y "Por qué no canto?". Claro que hay en ellas ripios, pasajes difusos, rimas fáciles, defectos comunes a la literatura y a la pseudo-literatura que se escribía entonces en nuestra lengua, y a los que nuestro poeta, por las circunstancias anotadas, no podía sustraerse. Pero hay también lo que sólo un auténtico poeta podía poner: sinceridad y profundidad emotivas; un sentimiento de la naturaleza honda y personalmente experimentada, sin influencia de autores extranjeros: la vívida impresión de los recuerdos de la infancia, ya que todo poeta auténtico sigue siendo un niño; la presencia estética y real del amor conyugal, que llenó toda su existencia, y que pocos poetas han sabido cantar. Pero esas cuatro composiciones, tan valiosas, no son lo fundamental de la producción de Gutiérrez González. El es, ante todo y sobre todo, el autor de la "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia".

Me he referido al medio campesino y aldeano en que se formó y vivió don Gregorio, medio adverso a la creación de una gran obra cultural. Pero, por una de esas raras y frecuentes paradojas de la historia, la compenetración del poeta con ese medio iba a engendrar su obra maestra. Sufrió intensamente la dura vida del campesino antioqueño; sintió la emoción de nuestras abruptas y poco fértiles montañas; conoció amorosamente nuestras especies animales y vegetales; intuyó el problema social que implicaba la lucha dura por el sustento con un medio adverso y una sociedad patriarcal semi-feudal y analfabeta, pero sin los abismos de miseria que la evolución histórica ha engendrado después. Y fundió todo ello, con la inspiración de un poeta a la vez romántico y realista, en una de las creaciones más extraordinarias de nuestra lengua. Que, como todas las grandes creaciones, es la síntesis de un pueblo, de la historia de quienes no tienen historia. Por eso hoy, aunque las costumbres y las técnicas hayan cambiado tanto, los antioqueños nos sentimos esencialmente representados allí.

Con frase entre jactanciosa y humilde, para justificar el empleo de vocablos regionales, nos dice que "como sólo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño". Y críticos tan autorizados como don Rufino José Cuervo y don Marcelino Menéndez Pelayo, censuraron a

nuestro poeta por haberse tomado tales libertades que, según Cuervo, condenan a tales obras a "no ser entendidas fuera del suelo donde nacieron". Pero ocurre que lo más regional es muchas veces lo más universal: otra de tantas paradojas del arte, que podría comprobarse con muchos ejemplos, entre los máximos: Atenas y Florencia. Y sin necesidad de remontarnos a modelos tan excelsos, conviene tener en cuenta que el poema de don Gregorio ha superado las fronteras de nuestra humilde patria y ha sido traducido a idiomas tan distintos y tan distantes como el japonés.

Lo que se explica claramente si nos tomamos el trabajo de meditar en lo que esta obra significa para cualquier persona de otro pueblo y de otras lenguas: es la lucha del hombre por el pan de cada día; es el arraigo del hombre a la tierra; es la belleza del paisaje en todos sus detalles íntimos; es, sobre todo, la nostalgia de la vida infantil. Esa nostalgia que es el "leit motiv" de toda la obra de Gutiérrez González y que se concentra, en opinión de Pombo, en la suprema estrofa contenida en el último capítulo de la "Memoria".

"Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera,
son la planta parásita del hombre
que, aún seco el árbol, su verdor conservan".

Así entendemos cómo ese humilde e inmenso poeta ha ejercido influencias que muchos desconocen. Las estrofas de “¿Por qué no canto?” inspiraron a Rubén Darío en una de sus páginas supremas: los versos “De Otoño”; aquéllos comienzan:

“Yo sé que hay quiénes dicen:
por qué no canto ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?”

(Esta influencia ha sido reconocida por Arturo Marasso, el crítico más profundo y certero de Darío hasta hoy). E influyó también en uno de los máximos poetas del modernismo: Leopoldo Lugones, cuya extraordinaria oda “A los ganados y las mieses”, es la transposición al medio de la pampas y de la sierra argentinas de lo que el poeta de La Ceja hizo para Antioquia. Con un más exquisito y amplio dominio verbal, desde luego, pero no con mayor sinceridad poética.

Sí. Podemos proclamarlo sin timidez y sin escrúpulos: Gregorio Gutiérrez González es uno de los grandes poetas de la lengua española de todas las épocas. Y es, cronológicamente, el primer gran poeta antioqueño. Porque esta tierra dura y recia ha dado algunos poetas que resisten y resistirán la labor corrosiva del tiempo: Epifanio Mejía, Porfirio Barba-Jacob y León de Greiff, para sólo mencionar aquellos que la muer-

te o la edad y el prestigio internacional han consagrado, sin mencionar figuras jóvenes. Y ello no es poco honor en la república que ha producido a José Eusebio y Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, Diego Fallon, José Asunción Silva, Guillermo Valencia y Rafael Maya. El fuego sagrado pasa de mano en mano. A las nuevas generaciones corresponde el pesado honor de mantenerlo en alto, continuarlo y renovarlo.

POR TIERRAS DE GREGORIO

Por Tales

La imagen de Gregorio sigue viva en sus dominios. Sus huellas aún no se han borrado. Por sus tierras de La Ceja y Sonsón su figura, sus versos y sus cosas perduran. De su imagen el recuerdo permanece a través de las generaciones; por eso no es raro escuchar a los viejos contar que sus abuelos le conocieron y que era así y asá: poco garboso, alto, "feón él", dicen paladeando las palabras rememorando la imagen tal como la recogieron en su niñez.

Sus anécdotas pasan de padres a hijos y, como ocurre siempre con la tradición oral, se van desvirtuando pues cada narrador les añade algo de su cosecha, ya para darles más énfasis o para ponerles mayor pimienta. Pero ciertas o no, lite-

rales o adulteradas siguen perdurando en la memoria del pueblo.

Tocar el tema de la vida de Gregorio en sus dominios es iniciar una competencia y un debate, pues cada interlocutor tiene sus teorías y sus puntos de vista, sus versiones y sus opuestas opiniones; por ello cada cual desea dogmatizar en la materia y aclarar y refutar las opiniones contrarias. Como simple ejemplo está el lío de si Gregorio fue buen marido: haga el ensayo de poner sobre el tapete este tema y verá cómo unos lo afirman con copiosa documentación, otros, en tanto, dicen que por un lado va su amor por Julia y por el otro el cumplimiento exacto con los deberes propios del llamado "santo estado", y complementan su tesis con numerosas anécdotas (algunas de ellas picanticas):

Desde lejanos tiempos cejeños y sonsones se pelean el predominio de su recuerdo, la primacía por ser "la tierra de Gregorio". Y si los unos dicen orgullosos "aquí nació Gregorio", los otros les responden remachando: "Sí, pero aquí en Sonson vivió!". Esto, en realidad, ha sido de gran utilidad, sobre todo en los últimos años pues en ambos municipios se han dedicado a recoger y recuperar y restaurar las cosas, los muebles y los sitios que pertenecieron al poeta. Y si en uno de estos lugares recuperan un mueble, en el otro, "por la pica" consiguen dos. Esta emulación ha

rendido buenos frutos, así en “la Casa de los Abuelos” de Sonsón conservan en perfecto estado la casa de don Gregorio con sus tendidos originales, parte de las fotografías, la mesa de comedor y el tintero con la pluma — según cuentas es aquella con la cual escribió la “Memoria sobre el cultivo del maíz” — y otro montón de cosas: sillas, cuadros, libros. De igual manera en la hermosa capilla colonial de Nuestra Señora de Chiquinquirá en La Ceja, hoy convertida en museo, se conservan algunos muebles y pertenencias del poeta, al lado de sus restos y los de su amada Julia.

Las casas donde vivió y las tierras que trajo conservan su huella, y las personas que actualmente las habitan o las recorren consideran a Gregorio como algo “suyo”, cual si fuera un antepasado, cercano muy querido. De ahí que, por ejemplo, la famosa “casita blanca” pertenece sentimentalmente a la vereda donde está situada. Los campesinos de la región saben que ella es “su patrimonio, la herencia que les dejó el poeta. Por eso, ahora quieren hacer por acción comunal la carretera hasta la casita montañera. Y cuando, al escuchar recitar o leer uno de sus poemas, se les humedecen los ojos es porque sienten que Gregorio les pertenece; que su poesía en gran parte es la pintura de las costumbres y labores del campesino sano y trabajador de esta arrugada Antioquia.

Pero el problema de don Gregorio y los pueblos que se lo pelean es más serio, no se circunscribe únicamente a La Ceja y Sonsón pues, como buen paisa era bastante andariego. De ahí que Abejorral también tenga velas en el asunto, como que en la región del salto del río Aures, plenos dominios abejorraleños el poeta vivió en varias ocasiones; y decimos “vivió” en el sentido poético de la palabra pues sus “vivencias” del paisaje, sobre todo del hermoso salto que se pierde entre el cañón de las montañas fueron a la vez la causa y el objeto de uno de sus mejores poemas.

Y como antioqueño neto Gregorio también se las dió de colonizador. Por allá en los años de 1867 fundó, en los terrenos de su finca, la población de Argelia la cual, — según chismes de fuentes autorizadas — se llamó originalmente La Juliana o algo por el estilo. De manera que, mal contados, llevamos cuatro poblaciones vinculadas íntimamente con la vida de Gutiérrez González. Y, de seguir la cuenta, es posible que todos y cada uno de los municipios de Antioquia tengan algo que ver con él; aunque sea afectivamente; porque al lado del maestro Carrasquilla, de don Efe, de Epifanio y del maestro León de Greiff (cuando estuvo en la región de Bolombolo), don Gregorio es uno de los cantores del paisaje paisa, de las costumbres nativas y de la cantaleteada “raza antioqueña”.

Y lo es con valores propios, aunque su obra sea tan irregular, pues se salva para la historia de la literatura con tres poemas: Aures, A Julia, y La Memoria Sobre el Cultivo del Maíz. Pero esa pelea se la dejamos a los críticos, ellos dictaminarán. Hasta ahora el tiempo, que es el mejor decantador, ha seleccionado esas tres. Esperemos el mañana: quizá el nombre de Gregorio crezca y los gustos vuelvan a virar hacia ese romanticismo costumbrista y entonces se revalore parte de su obra; o, de lo contrario, don Gregorio quedará como un poeta típico de una región, cantor de unos determinados y limitados temas — quizá por el idioma y la idiosincrasia? — y entonces su fama queda restringida a un círculo únicamente regional y a unos peculiares gustos locales. Lo mejor es esperar otros cien años a ver si aún don Gregorio tiene toda la popularidad que conserva hoy después de que se le celebró su centenario de muerte.

En todo caso, en sus tierras el recuerdo de Gregorio sigue vivo, y sus actuales habitantes hablan del poeta como si fuera un amigo que hubiese salido un momento a la tienda de la esquina a tomarse un aguardientico, y aprovechando la oportunidad cuentan la última anécdota o el chismecito sabroso sobre sus "andadas" o picardías últimas.

GUTIERREZ G. Y LA POESIA NATIVISTA

Por Javier Arango Ferrer

En la poesía interesa particularmente la nativista. Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), significa ante todo la nacionalización de la poesía. No sólo no imitó a Europa, sino que su "Memoria Sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia", no tiene precedentes en la literatura castellana. No se trata, como podría pensarse de un simple informe a la Sociedad de Agricultores sino de un gran poema digno de figurar entre las obras clásicas de la literatura americana. El poema del maíz es tan hijo de la tierra que podría tomarse todo lo que se escribió antes como poesía europea de trasplante.

Gutiérrez González era un hombre sencillo y patriarcal, según puede intuirse a lo largo de su obra, especialmente en el poema que lo ha hecho famoso, donde pinta sin rebuscamientos el desmonte para la siembra y la cosecha del maíz, y lo que representa el precioso grano en la raza antioqueña. El cantor de la montaña no es un refinado del lenguaje, como su contemporáneo don Diego Fallon, sino un gran lírico, modelado por el paisaje, que siguió siendo rústico a pesar de haberse cultivado con esmero en la capital.

“Aures” puede tomarse como modelo en la poesía americana de mediados del siglo; y “Julia”, con su acento blando, tierno, un poco melancólico a lo Bécquer, es una joya romántica de la época. Para no falsear el rumor de su monte el poeta usó palabras campesinas antioqueñas, lo que advierte en el prólogo, por más señas lamentable de su poema, diciendo que no hablará español sino antioqueño.

Cuervo en sus “Apuntaciones” habla del “poema bellissimo que con gusto prohiaría Virgilio, pero que su autor, modesto en demasía o injustamente celoso con sus lectores no antioqueños, destinó sólo a su patria”. Manuel Uribe Angel y Emiliano Isaza han hecho inteligible el poema, con notas lexicográficas en que explican los términos usados por el poeta.

Antioquia le ha erigido monumentos y ha editado lujosamente su obra. Las primeras ediciones de sus poesías son todas de modesto empaque, aun en la muy excelente con estudio preliminar de Pombo, y de don Salvador Camacho Roldán, figura patricia de la gran generación romántica, quien enfoca no sólo al autor en una excelente semblanza, sino la época literaria en que ambos prosperaron, el uno como poeta, el otro como político y sociólogo en un estilo periodístico de cláusulas que ocupan a veces toda una página.

BIOGRAFIA DE G. G. G.

Por GILBERO OLARTE

INTRODUCCION

La historia de cada país la hacen sus hombres, pero no todos sino aquellos que se superan y son capaces de enaltecer sus valores espirituales. Esta casta de varones ilustres ocupa un sitio de honor en las páginas de la historia local y sobre ellas se posarán siempre los ojos de los herederos de su cultura y de los valores que aquellos dejaron.

El tesoro de las letras colombianas, se enriqueció con el aporte que le hizo don Gregorio Gutiérrez González en el siglo diecinueve y toda esta herencia recibida con respeto por muchas generaciones, llegó hasta nosotros con el compromiso de transmitirlo enaltecido, a las generaciones que nos sigan. Las páginas que siguen pretenden eso y nada más: demostrarle a Colombia que respetamos y rendimos tributo de admiración a quien mereció bien de la Patria y a los que han de seguirnos, transmitirles intacto y enaltecido el le-

gado cultural de uno de los hombres grandes de Antioquia, de Colombia y de las letras hispánicas. Este trabajo es un aporte muy modesto a los festejos que Colombia dedica en el primer centenario de su muerte, al cantor de la Montaña.

LA NIÑEZ - "AURES"

1. La Ceja del Tambo.

Antes de concentrarnos en la biografía de Gregorio Gutiérrez González quiero dar al lector una idea general de los antepasados de este gran poeta.

Desde finales del siglo XVII se tienen noticias de don Francisco Antonio Gutiérrez, llegado de la Península y quien se internó en los territorios de la provincia de Antioquia; se sabe también que se radicó en la población de Rionegro y que allí contrajo matrimonio con doña Rosa Lía de Arango; del matrimonio nacieron José Ignacio y María Josefa, progenitor el primero del "Cantor de la Montaña".

Entre Rionegro y La Ceja del Tambo la familia Gutiérrez González poseía una finca llamada "El Puesto", pero la propiedad caía dentro de la jurisdicción de La Ceja; de ahí que al primogénito de don José Ignacio lo bautizaran en la iglesia parroquial y que la primera infancia de Gre-

gorio hubiera transcurrido en el ambiente fresco, soleado y tranquilo de La Ceja. Este municipio ha ocupado siempre una posición privilegiada, pues tiene el recurso de un centro urbano importantísimo, Medellín, y las ventajas de una región rica en agricultura y en gentes trabajadoras y sanas.

Según la partida de bautismo "Gregorio Gutiérrez González nació el nueve de mayo de mil ochocientos veintiseis" (1).

2. El traslado a "Aures".

Transcurridos los primeros años de infancia de Gregorio, la familia se trasladó al pueblo de Sonsón, radicándose al oeste de la población en la finca llamada "Aures", lugar que inmortalizó años más tarde el poeta con uno de sus cantos, ya que allí encontró una fuente de inspiración y un recurso, cuando las dificultades asediaron su hogar.

3. Influencia materna.

No podemos dejar de apreciar el gran influjo que ejerció su madre doña Inés en la formación del espíritu del pequeño Gregorio. De hecho, doña Inés se esmeró en la formación literaria de su hijo, y en la instrucción fundada en la doctrina cristiana.

El recuerdo de su madre surge en sus composiciones poéticas siempre que evoca el período de su infancia, como cuando canta:

“Ah, cuántas veces rebosando en gozo
mis brazos enlabazan su garganta...” (2)

Amó Gregorio a su madre con pasión tierna y dulce desde la misma infancia, y nunca ni el tiempo ni el espacio pudieron opacar el cariño puro que le profesó:

“Aquí grabada en mi amoroso pecho
tu cara imagen para siempre está (3)

EL ESTUDIANTE

1. Seminarista de tiempo completo.

Don José María Sanín, reconocido institutor de la época en que Gutiérrez González iniciaba sus estudios, fue quien continuó la modelación de la mente y espíritu que ya había iniciado doña Inés.

A través del trato con el pequeño, el maestro Sanín se dió cuenta del genio poético que adornaba a Gregorio; de ahí que lo llamara a veces “el inmortal”.

Una vez aprendidos los rudimentos de las primeras letras, pasó al colegio-seminario de San-

ta Fe de Antioquia, dirigido por el señor Obispo Juan de la Cruz Gómez Plata. Allí terminó sus estudios de primaria, y para el ciclo de la secundaria se trasladó al seminario de Medellín, del cual pasó al arquidiocesano de Bogotá, que funcionaba entonces bajo la dirección del arzobispo Manuel José Mosquera.

2. Y "bartolino" también.

Una vez terminados sus estudios de filosofía y letras en el seminario arquidiocesano Gregorio Gutiérrez se matriculó en la Universidad Central (Colegio de San Bartolomé), para dar comienzo a los estudios de Jurisprudencia. En aquel año de 1843, tuvo como compañeros de estudio, en San Bartolomé, a José de Jesús Alvear, José María Baraya, Salvador Camacho Roldán, Juan de Dios Restrepo, José María Samper y otros.

Fuera de sus estudios profesionales, Gutiérrez González dedicaba su tiempo a las composiciones poéticas, a las que se sentía inclinado desde niño. A esta afición por las letras contribuyó, en gran parte, la valiosa biblioteca de San Bartolomé, en donde Gregorio pasaba largas horas dedicado a la lectura de obras poéticas, aun con perjuicio — a veces — de sus estudios de jurisprudencia; según comentarios de sus condiscípulos sentía cierta aversión por el Derecho Romano.

Antes de terminar sus estudios profesionales Gutiérrez González tuvo la oportunidad de ser introducido en uno de los centros literarios más brillantes de la capital, gracias a la intervención de su primo el distinguido ciudadano Juan de Dios Aranzazu. En la "Sociedad Literaria" como se denominaba la asociación, se manifestó el poeta antioqueño como uno de los grandes valores de la época. Formaban parte de ese grupo selecto don Julio Arboleda, José Eusebio Caro y José Joaquín Ortiz, entre otros. Una muestra del aprecio que le tuvieron a Gutiérrez los socios de aquel centro literario, fue el haberlo elegido como secretario de la entidad. En la "Sociedad Literaria" inició nuestro poeta su carrera literaria, aunque al fin tuvo que convencerse de que le estaba dedicando más tiempo a la poesía que a los ejercicios de su profesión.

Nada tuvo de extraordinario su vida en esos años de formación. Su manera de ser apacible, la sencillez y cordialidad de su trato lo mantuvieron alejado de la vida bulliciosa tan común entre los estudiantes de su edad.

3. La borla de Doctor.

El estudio difícil de las Leyes, tuvo a la postre, su recompensa. El colegio de San Bartolomé le otorgó en 1847 a Gregorio Gutiérrez González el grado de Doctor y ese mismo año la Corte Su-

prema de Justicia de la Nación le reconoció el título de abogado.

Decíamos que para Gregorio el estudio había sido especialmente difícil, la explicación de esto radica en su sensibilidad artística, la cual lo inclinaba más a la poesía que a los esquemas fríos de un estudio tan sistematizado como era el de las Leyes. Resultante de esa violencia interior que él debió hacerse, fue la profunda depresión nerviosa que sufrió meses antes de la terminación de sus estudios.

Para curarse debió regresar al hogar paterno en donde al cabo de unos meses logró restablecerse completamente.

LA EDAD MADURA - "A JULIA"

1. Los amores y el hogar.

La historia ha sido un poco parca en cuanto datos relacionados con la vida afectiva de Gregorio Gutiérrez, y en lo poco que ha dejado traslucir quedan bastantes vaguedades. Un caso muy explicativo de lo que acabamos de aseverar se da en los amores que tuvo el bardo en Bogotá con una joven a quien él denominó Temilda. Todo cuanto sabemos sobre este aspecto nos llegó por referencia del mismo poeta a través de la composición "Adiós, Temilda".

“Ya de mi cítara
Las tristes cuerdas
Sólo entre lágrimas
Darán su voz.
Adiós, bellísima
Temilda ingrata,
Mi labio trémulo
Te dice: adiós”

Una vez repuesto de su dolencia física regresó a la capital; no volvió a referirse más a Temilda y no sabemos si de inmediato la joven encontró reemplazo en el corazón del joven Gutiérrez González.

Tres años hacía que andaba dedicado a su profesión en Bogotá, cuando juzgó conveniente compartir su vida con una mujer. Al efecto, contrajo matrimonio el 10 de abril de 1850 con la joven Juliana Isaza (*), de raigambre antioqueña también.

Precisamente la poesía “A Julia”, nos manifiesta la íntima satisfacción del doctor Gutiérrez al formar su hogar con doña Juliana pues halló en ella comprensión y afecto:

“Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor,
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes que la brisa unió”. (4)

Así se realizó lo que escribió el poeta en la leyenda inédita de "El Sombrerón":

"Yo te ensalzaré, donde jamás otro hombre
A ninguna mujer pudo elevar..." (5)

Como un resumen de su vida afectiva, nos dejó Gutiérrez González, en la parte final de la poesía "A Julia", algunas ideas en las que se refleja la placidez doméstica adquirida durante los años fugaces de su matrimonio:

"Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir".

2. El servidor del país.

A partir de 1852 notamos en la biografía de Gutiérrez González gran actividad en asuntos políticos y dedicación a la administración pública. Ese año fue elegido miembro del Cabildo de Sonsón, del cual fue presidente, posición que desempeñó cuatro años más tarde. El distrito de Sonsón lo escogió, igualmente, como elector principal suyo en 1852; un año después fue nombrado Juez del Tribunal del Distrito, con sede en Rio-negro. En 1856 la legislatura provincial de Medellín lo declaró suplente tercero para represen-

tar a esa provincia ante el gobierno central. Ese mismo año recibió el nombramiento de Senador principal por Antioquia.

1857: Gregorio Gutiérrez González recibe otro cargo por disposición del mismo Senado de la República, al designarlo presidente de la comisión de negocios judiciales del Senado, y miembro del circuito judicial de Sonsón.

Y siguen otras distinciones que para Gregorio implicaban serias responsabilidades: 1860, nombrado miembro de la junta electoral de Medellín; el levantamiento del general Mosquera envolvió a nuestro poeta, quien tomó parte activa en el conflicto; así que en 1861 recibió el grado de sargento mayor para comandar la guardia de Sonsón. En 1862 asciende al grado de teniente y en el desempeño de sus funciones como militar fue cogido prisionero y llevado a "La Ciega", como se denominaba la cárcel de Honda.

La más curiosa de las funciones administrativas que tuvo Gutiérrez González fue la de secretario de guerra. Su nombramiento se publicó el 10 de enero de 1864, por el gobernador del estado soberano de Antioquia. Ese mismo año fue nombrado cuarto sustituto del gobernador del estado y comisionado por el señor obispo Isaza para los trámites de devolución de los bienes de manos muertas.

Los últimos cargos que desempeñó Gutiérrez González en la administración pública fueron: Juez segundo del circuito, magistrado principal del tribunal. En 1867 fue nombrado presidente de la comisión de negocios judiciales del senado y dos años después jefe de la sección encargada del censo en el departamento del interior, a la vez que actuaba como senador por el Estado soberano de Antioquia.

Podíamos decir que en este último cargo dio por terminada su vida pública don Gregorio Gutiérrez González.

3. Contra la dictadura del general Mosquera, 1860.

La vida pacífica de nuestro poeta estuvo agitada en más de una ocasión por las corrientes encontradas de la política que se vivía entonces en el territorio nacional. Más aún, a Gutiérrez González le llegó un momento decisivo en su vida de ciudadano libre, cuando las circunstancias políticas lo empujaron a escoger entre la libertad y la sumisión.

Para mejor entender este caso, vamos a situarnos dentro del marco histórico. En 1860 el general Tomás Cipriano de Mosquera se levantó en armas contra el gobierno de la Unión.

Su rebelión partió del Estado del Cauca, compuesta principalmente por unos tres mil negros libertos mal equipados y sin disciplina (6).

A este movimiento correspondió el Congreso de la Unión con una ley sobre orden público a fin de contrarrestar el empuje de las tropas rebeldes. Mosquera, por su parte, se autoproclamó presidente de los Estados Unidos de Nueva Granada y supremo director de Guerra, y el 8 de mayo de aquel año decretó la separación del Estado del Cauca del Gobierno Central.

Como el general Mosquera iniciara su campaña atacando al Estado de Antioquia, la reacción de sus habitantes no se hizo esperar y mucho menos la de nuestro biografiado que veía amenazada la tranquilidad de su pueblo. Fue entonces cuando aceptó la designación de Secretario de Guerra del Estado.

Además, el gobierno del general Mosquera no era del agrado de los antioqueños por cuanto en sus primeras actuaciones de gobernador, años atrás, había desterrado a varios miembros del clero, había expulsado religiosos y religiosas, incautándoles sus bienes y a los pocos que había quedado los sometió a la ley de tuición.

De ahí, pues, que en el sur y en el oriente del Estado de Antioquia se comenzara a tramarse una contrarrevolución. Entre las primeras reu-

niones importantes podemos señalar las habidas en casa de Gregorio Gutiérrez González durante el año de 1863 cuando ya Mosquera se había hecho fuerte en Bogotá. A fines del año anterior se propuso en Sonsón pasar una invitación a todos los conservadores del Estado de Antioquia a levantarse en armas en fecha determinada; por supuesto se da que el propiciador del encuentro fue Gregorio Gutiérrez.

A finales del año 1863 el gobierno de Antioquia, representado por el general Berrío, recibió la noticia de que los enviados a Bogotá en representación de su gobierno habían firmado allí las bases del reconocimiento del gobierno encabezado por Mosquera, y también que éste aceptaba al gobierno conservador de Antioquia. Así se llegó a un acuerdo y al restablecimiento de la paz en todo el territorio. Pasada la tempestad política Gregorio Gutiérrez González presentó renuncia del cargo de Secretario de guerra que le había asignado el gobierno local.

4. Los hijos.

De los trece hijos nacidos en el hogar de don Gregorio y doña Juliana, dos murieron al cumplir el primer año de vida; los once restantes sobrevivieron a sus progenitores.

Todos ellos se distinguieron por la tenacidad en el trabajo y laboriosidad poco común.

Un reflejo de la unión que se vivió entre los miembros de esta privilegiada familia, fue el documento relacionado con la sociedad de amigos-hermanos, fundada en Bogotá a mediados de 1849 y cuyo lema fue "e pluribus unum".

Un ambiente familiar de esta índole debería satisfacer plenamente a cualquier padre de familia, pero don Gregorio "vivía como en un mundo ideal, bien que adoraba a su familia; pero vivía de ensueños vagos y tristezas; de desengaños y desesperanzas; de recuerdos y cansancio de la vida, no obstante la dulzura de su amor y la sinceridad de su fe religiosa". (7)

EL FINAL DEL CAMINO

1. La enfermedad.

El gran poeta presentía la proximidad de la muerte desde finales de 1871 cuando compuso una de sus bellas poesías:

"Con qué es morir también separación?
Y a la esposa, a los hijos, madre, hermanos
Dejarlos al partir...?" (8)

Desde los primeros meses del año siguiente se dio cuenta cabal de que el agotamiento lo llevaba a su fin.

Inicialmente no se creyó que su enfermedad fuese peligrosa y sus familiares no tomaron muy

enseñó aquella resolución del vate cuando entregándole el sombrero a una de sus hijas le advirtió que lo guardara porque ya no volvería a salir más de la casa. En efecto, cayó en cama a finales de junio; miércoles tres del mes siguiente recibió, con pleno dominio de sus facultades el Santo Viático; desde ese día no hubo esperanza alguna de prolongarse la salud, así que el viernes cinco, recibió la extrema unción.

2. La muerte.

El sábado seis, al caer la tarde, y a la edad de cuarenta y seis años, "murió en Medellín el señor doctor Gregorio Gutiérrez González" (9), rodeado de sus hijos, su esposa y algunas personas que habían reconocido los altos valores de la personalidad del vate antioqueño. Entre otros estaban: don Pedro Justo Berrío, el doctor Manuel Uribe Angel, Demetrio Viana y otros.

RECONOCIMIENTO POSTUMO

1. La nación se viste de luto.

El Congreso de los Estados Unidos de Colombia manifestó su condolencia por la muerte del doctor Gregorio Gutiérrez González y la consideró como pérdida irreparable de la Patria. Su pronunciamiento aparece en una Ley expedida por la corporación el 22 de febrero de 1873:

“Artículo primero: La República lamenta la muerte del célebre poeta antioqueño doctor Gregorio Gutiérrez González, antiguo representante del pueblo y la considera irreparable para la literatura nacional.

Artículo segundo: Comuníquese este acto legislativo a la señora viuda de Gutiérrez González y al Secretario de Gobierno del Estado Soberano de Antioquia”.

2. Antioquia llora su cantor.

Por su parte, la legislatura del Estado Soberano de Antioquia se pronunció igualmente para honrar la memoria del ciudadano desaparecido:

Artículo primero: El Estado Soberano de Antioquia lamenta la muerte del ciudadano antioqueño doctor Gregorio Gutiérrez González y recomienda su memoria a los hijos del Estado como de digna consideración y aprecio.

3. Otros vates le cantan.

No han llegado hasta nosotros datos abundantes sobre las relaciones de amistad que mediaron entre Gutiérrez González y su gemelo en el arte, don Epifanio Mejía, pero la pluma del “buen loco de Yarumal”, en una nota enviada a doña Juliana le decía:

“Perdió Colombia su antioqueña lira
y Julia la mitad del corazón...”

No menos afectuosa fue la dedicatoria firmada por don José María Rojas Garrido, notable orador y político:

“Poeta peregrino, tanta pena,
Soltando en llanto su copiosa vena,
De tu genio nubló la hermosa luz”.

También don José María Samper expresó en forma poética el profundo sentimiento que le causó la muerte del bardo:

“Descansa en paz y tu sepulcro sea
Altar y monumento
De la Diosa infeliz del sentimiento,
Donde el errante pasajero vea
La tierna poesía
En cuyo nombre, amante
Veló Julia tu fúnebre agonía
Embellendiendo tu postrer instante”.

Finalmente, cinco años más tarde, don Próspero Pereira Gamba escribió sobre la losa sepulcral del poeta este epitafio:

“Luz de mi Patria, vate sin segundo,
Aquí Gregorio el inmortal reposa;
Paz y descanso ofrécele esta losa,
Corona el cielo, admiración el mundo” (10)

CONCLUSION

Hemos recorrido, a grandes rasgos, la vida fecunda y ejemplar de un hombre que se hizo a sí mismo y que enalteció los valores espirituales de Antioquia y de Colombia. Que su ejemplo siga señalándonos el arduo camino de la superación y de la entrega a los intereses de la Patria.

NOTAS :

- (1) Libro 57, fol. 10 del Archivo Parroquial de La Ceja.
- (2) Hermano Antonio Máximo. "Vida y obras de Gregorio Gutiérrez González". Ediciones Universidad del Cauca, 1953, p. 27.
- (3) Ibid. p. 27.
- (*) Hija del señor Félix J. Isaza y de la señora Casimira Ruiz.
- (4) Antonio Máximo, obra citada, p. 38.
- (5) Antonio Máximo, obra citada, p. 38.
- (6) Nicolás del Castillo. "El Primer Núñez", ediciones Tercer Mundo, 1971, p. 253.
- (7) Antonio Máximo, obra citada, p. 45.
- (8) Antonio Máximo, obra citada, p. 52.
- (9) Libro 37, folio 3 de defunciones, Catedral de Medellín, 1872.
- (10) Antonio Máximo, obra citada, p. 54.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ
POETA CRISTIANO

Por **Joaquín Bernardo Restrepo B.**

PRESENTACION:

Los pensamientos van a guiar nuestro paseo por las obras de Gregorio Gutiérrez González: su cristianismo y su patriotismo. Son dos pensamientos que fueron soporte de nuestras costumbres y de nuestras tradiciones en tiempos pretéritos, pero que en los últimos tiempos han venido a menos, como consecuencia de muchos factores y de muchas causas, que no es el momento de analizarlas ni de criticarlas. Que Gregorio Gutiérrez González fue un poeta cristiano y un poeta de la patria, es lo que vamos a estudiar. Y lo hacemos recorriendo su obra literaria y algunos pasajes de su vida. En ambos parámetros encontramos la demostración de lo que afirmamos, y por eso, para solaz de nuestros lectores, vamos a espigar. Y a fé, que hay mucho dónde, porque la obra de Gregorio Gutiérrez González, sin ser extremadamente larga, sí es lo suficiente para que hallemos con qué probar nuestros dos acertos.

Y entramos en materia.

1 - EL POETA CRISTIANO

“Para ser buen poeta, se necesita haber sido creyente alguna vez”.

Miguel Antonio Caro

Hablar del cristianismo de Gregorio Gutiérrez González es hacer la apología del pueblo antioqueño, que ha conservado más o menos intactas las tradiciones de la católica España; de ese pueblo antioqueño del siglo XIX, tan enamorado de todo lo que dijera “Amor a Dios” y “Amor al Prójimo”, manifestaciones supremas de la virtud y de la religión o perfección, al decir del mismo Cristo: “En estos dos mandamientos está cifrada la Ley y los Profetas”.

Por desgracia para nuestros pueblos, ya la moda y la moderna civilización han hecho y siguen haciendo sus estragos. Se cumplen perfectamente los pensamientos de nuestro vate, cuando en su “Memoria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia”, hacía fina burla de los señores socios de la Escuela de Ciencias y de Artes, al pintar con maestría la procesión de la Candelaria, y cuando en dicha rogativa nos presenta al Patrón con sus treinta peones, para prorrumpir con aquella célebre ironía, en la estrofa que dice:

**Pero nó! Yo no quiero con vosotros
asistir a esa humilde rogativa,**

porque todos nosotros somos sabios,
y no quisimos asistir a Misa”.

y a renglón seguido, se queja Gregorio Gutiérrez González de esa propaganda desmesurada que va acabando con las buenas costumbres, de esa moda que de continuo va minando los cimientos de la sociedad. Sus palabras:

“Y ya la moda va quitando al pueblo,
el único tesoro que tenía...

Una duda me queda solamente:

Con qué le pagará lo que le quita?”

son una expresión de tristeza infinita por la des-cristianización de la familia y del hogar, que a pasos agigantados invade a la moderna sociedad.

Que Gregorio Gutiérrez González es un poeta cristiano lo veremos recorriendo las páginas de sus obras y espigando en ese jardín lozano los pensamientos más sublimes, a la vez que más sencillos sobre su amor a Dios y sobre su amor al prójimo, ya que éstas son sus dos manifestaciones, al decir del mismo Cristo: “De la abundancia del corazón habla la lengua”, y también: “Por los frutos conoceremos cuál sea el árbol”.

Gregorio Gutiérrez González amó a Dios, y como creía y amaba a Dios, amó también al prójimo, como obra de fe ya que al decir de la escritura “la fe sin las obras es muerta”, y en otra

parte: "Quien dice que ama a Dios y no ama a su prójimo es un mentiroso; porque si no ama al prójimo, a quien ve, cómo puede amar a Dios, a quien no ve?"

1 - SU AMOR A DIOS

Para los cristianos, el creer en la existencia de Dios y en todos sus atributos, es dogma fundamental, y de él dimanar los demás que sobre él tenemos. Dicha existencia de Dios fue sabiamente expresada por Gregorio, cuando, parodiando a Pascal, definió a Dios, en su célebre composición "Miserere", como

"Círculo eterno cuyo centro se halla
en todas partes, siempre a todas horas,
y cuya periferia en parte alguna
jamás puede encontrar la mente ansiosa".

Sobre el mismo tema, Dios, concibe Gregorio unas ideas verdaderamente filosóficas, y dignas de los teólogos más instruidos sobre las cosas celestiales; pero al tiempo que esas estrofas son en extremo profundas en significado, lo son también, admirablemente claras, dándose el caso de explicar ideas abstractas, con palabras inteligibles. Veámoslo:

"No es preciso morir, no, para amarlo;
no es preciso morir, no, para verlo;

quererlo comprender es adorarlo;
no poderlo alcanzar es comprenderlo.

.....
"Dios es grande, doquier que se le busque
a la tierra bajad, subid al cielo;
porque es grande, mirándole en lo grande,
porque es grande, mirado en lo pequeño.

"Una línea trazad... seguid por ella;
A dónde váis?... No lo sabéis, es cierto;
mas sabed que si fin tiene esa línea,
encontraréis a Dios, Dios que es su centro.

"Véis esa gota? Es agua, es una gota;
tiene mundos y mundos y misterios,
iguales o mayores que los mundos
que pueblan eso que llamamos cielo.

"Es que ante Dios nada hay pequeño o grande;
el fiel de su balanza es tan perfecto
que un insecto y un mundo se equilibran
e igualan ante El, que los ha hecho.

"Confiad en el Señor, y os dará alivio,
que es grande, justo, poderoso, eterno;
confiad en el Señor y os dará ayuda
que aún más que justo y poderoso, es bueno".

Creer que Dios existe y que se halla por doquiera es el primer paso de la fe de los cristianos;

el segundo es acercarse a Dios para pedirle lo que nos hace falta, por medio de la oración.

Su fe en Dios y la creencia en su bondad quedaron perfectamente retratadas en la composición titulada "La Oración", compuesta poco antes de su muerte, y que se inicia con una sublime alabanza de aquellos que, echando por tierra el respeto humano, arrojando lejos de sí ese miedo al "que dirán" se postran de rodillas, recordando el dicho de un célebre escritor francés: "Nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas".

"Bien hace aquel que prosternado cae
y confiesa y alaba a su Señor;
creer y confesar tal vez lo salven,
pero es dulce, es mejor pedirle a Dios".

Y dice, "tal vez lo salven", no porque él dude del poder de la oración, sino porque sabe perfectamente que la oración no obtiene lo que pedimos, cuando la hacemos sin las debidas disposiciones.

No se diga que Gregorio Gutiérrez González nunca sintió los terribles efectos que en nuestro ánimo causan los males de la naturaleza humana, ni las tristezas de la vida, ni el horror que produce la muerte; todas las aflicciones conocidas las padeció, faltándole solamente "mendigar el pan para el sustento de su familia", como nos lo asegura el doctor Camacho Roldán. En la poe-

sía titulada "Las Dos Noches", hay estrofas de trágica emoción, como éstas:

"Oh noche oscura! Oscura, oscura noche,
voy a matar mi luz artificial,
y me quedo conmigo en otra noche,
más oscura que tú, mi propio mal!..."

"Entre dos pabellones que se elevan,
si negro es el de arriba, el mío es más;
de esas cortinas, cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá..."

En la poesía "La Desgracia", y hablando de los infortunios de la vida, de la misma desgracia, dice:

"Ay, infeliz el que te encuentra, oh maga!,
en el delirio que forjó de amores;
porque al aliento de las bellas flores,
unés tu aliento de ponzoña y hiel.

Pero al tiempo que se sobrecoge por sus miserias, se llena de sublime esperanza, porque ha estudiado como nosotros, en la doctrina del Padre Astete, que la oración del alma sube al cielo cuando va acompañada de la mente y del corazón; y de allá desciende convertida en abundantes gracias; y a todos estos pensamientos responde Gregorio con aquellas estrofas que son una solemne invitación a tener fe, a creer en la oración y en las promesas celestiales:

“Confiad en la oración, llama que sube
hasta las salas de la eterna luz,
telégrafo instantáneo que nos une
con la patria de amor, patria común.

“Las plegarias que son alas del alma,
la llevan recta hasta encontrar a Dios
y oración que a su trono se levanta,
baja trayendo alguna bendición.

“Pedidle a Aquel en cuya mansa boca,
tántas promesas para todos hay;
no temáis implorarle a todas horas;
creed en el “Pedid y se os dará...”

“Rezamos y rezamos — exclaman muchos
cristianos, — y sin embargo no obtenemos lo que
pedimos”; dice el Catecismo que hemos de pedir
cosas provechosas para nuestra alma; y que Dios
a veces parece hacerse esperar para probar nues-
tra constancia y fidelidad. A veces ocurre que
nuestras oraciones no alcanzan lo que pedimos,
por motivos solamente conocidos de Dios; pero
aún en éste caso, nuestras oraciones tienen su re-
compensa, porque alcanzan gracias especiales, que
ni esperábamos ni pedíamos. Así lo experimentó
nuestro cantor, y por lo persuadido que de ello
estaba, quiso lo aprendiésemos también nosotros,
y nos lo dejó como último consejo en la poesía
antes citada, y la última que escribió en su pe-
regrinación sobre la tierra, y cuando ya sentía

que para él se acercaba la hora de comparecer ante el Juez Supremo:

“Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
— misterioso poder de la oración —
encontraréis de los pedidos bienes,
después de orar, necesidad menor...”

Así lo prueba la experiencia. Los que se acercan a Dios por medio de la oración encuentran consuelo en sus penas, amparo en sus necesidades, y fortaleza en sus peligros y caídas. Lo dice Gregorio en su composición “Un Paseo a Abejorral”, cuando después de invitar a Juliá para que visitasen el cementerio del poblado, donde había sido sepultado — probablemente — el primer fruto de su amor, ya hacia el fin de la composición exclama: (Palabras puestas en boca de Julia):

“Oh, yo tampoco iré, mas no blasfemes;
es preciso tener resignación,
que el dolor que sufrimos en la tierra,
en su bondad, lo santifica Dios...”

“Haz como yo, inclina la cabeza,
y dobla la rodilla como yo...
y repite en el fondo de tu alma:
Bendito y alabado sea el Señor...”

La nota cristiana del alma sencilla y piadosa de Gregorio no podía faltar en ninguna de sus composiciones; y en su obra maestra, su “Memo-

ria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia”, se observa esa piedad propia del pueblo bueno, en la descripción de la rogativa que hacen los campesinos después de la misa mayor de los domingos de febrero, a la Santísima Virgen, con el fin de solicitarle el agua para sus cosechas, que ya se sienten demasiado necesitados por la prolongación del verano. Leámoslo:

“Hoy es domingo. En el vecino pueblo
las campanas con júbilo repican;
del mercado en la plaza ya hormiguean
los campesinos al salir de Misa.

“Hoy han resuelto los vecinos todos,
hacer a la Patrona rogativa,
para pedirle que el verano cese,
pues lluvia ya las rozas necesitan.

“De golpe el gran rumor calla en la plaza;
el sombrero, una vez, todos se quitan...
Es que a la puerta de la iglesia asoma
la procesión en prolongada fila.

“Va detrás de la cruz y los ciriales
una imagen llevada en andas limpias,
de la que siempre, aún en tosca imagen,
llena de gracia y de pureza brilla...

“Todo el pueblo la sigue y en voz baja
su oraciones cada cual recita,

suplicándole a los cielos que derramen
fecunda lluvia que la tierra ansía.

- “Hay algo de sublime, algo de tierno,
en aquella oración pura y sencilla,
inocente paráfrasis del pueblo
del “Dáenos hoy el pan de cada día...”

“Nuestro patrón y nuestros treinta peones,
mezclados en la turba se divisan,
murmurando sus rezos, porque saben
que Dios su oreja a nuestro ruego inclina...”

Qué sublime sencillez y piedad no respiran
estos versos! Qué fé tan grande y qué amor a
Dios, con confianza en su providencia, no se des-
prenden de estas estrofas! Quién no ve al través
de sus recuerdos de infancia, la pintura perfecta
de lo que fueron nuestros antepasados en su de-
voción a María Santísima, de lo que fueron nues-
tros abuelos en su piedad para con Dios? Qué
contraste entre esa rogativa o procesión y las que
en más de una ocasión y en diversos lugares he-
mos contemplado en pleno siglo XX!

Quien ama al Hijo, tiene que amar, forzosa-
mente a la Madre. Quien ama a Dios de manera
sincera, no puede dejar de tributar un culto es-
pecial a su santísima Madre; y ya que hemos
mencionado la fiesta de la Candelaria, tan popu-
lar en Antioquia y particularmente en Medellín,
es bueno que espiguemos un poco más en las

obras del bardo antioqueño y veamos si profesó un amor sincero y desinteresado a la Madre de Dios.

Fuera de lo que, sobre su devoción a la Virgen, dice en su "Memoria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia", hablando de los peones, tiene una composición titulada "A mi amigo Segundo Fonnegra", y que lleva como subtítulo "con motivo de una deuda de versos a la Patrona de Copacabana".

La Patrona de Copacabana era por ese entonces — y lo es actualmente también — la Santísima Virgen, en su advocación de la Asunción, cuya fiesta se celebra el 15 de agosto. Veneraban en Copacabana los fieles un retablo que representaba esta escena de la vida de la Santísima Virgen. Y algunos amigos de Gregorio, Clara, Fernando y Miguel Fonnegra, pidieronle unos versos sobre la Patrona. Demoró un tiempo en cumplir su promesa, por los desgraciados sucesos políticos del decenio de 1860 a 1870, y aquellos señores murieron sin recibir los versos del poeta.

Cuando ya se serenó el ambiente y Gregorio regresó a su hogar, tranquilo, en cumplimiento de su promesa, se dirigió a don Segundo Fonnegra, hermano de los difuntos amigos, y como ellos también amigo de Gregorio; la poesía se inicia así:

“Quién pudiera pagar! Si es tan sagrada
la deuda de un amigo cuanto es más
la de tumbas de amigos no olvidadas!

Quién pudiera pagar!

“Tú sabes que ofreciera a tus hermanos,
a Fernando, y a Clara y a Miguel,
un canto a la Patrona... , pero en vano,
se murieron tan pronto... y no pagué!...

“Mas no sabes por qué? Porque impotente
se halló muy floja mi mundana voz,
para cantar a la incantable, y siempre
la madre de los huérfanos y Dios!...

“Si pudiera entonar una plegaria,
a la que adoro desde niño yo,
con humildad dijérale entre lágrimas:
Conocí tu retrato en tu Asunción!...”

Y después de esta introducción, si así podemos llamar la parte transcrita, entra inmediatamente en una serie de invocaciones a la Madre de Dios, en las cuales prueba sencillamente su amor a Nuestra Señora, como familiarmente se llama en Antioquia a la Santísima Virgen. Entre esas endechas de amor a María, están las siguientes:

“Pero, perdón, Señora, si te ofendo,
al decir que te quiero más que a Dios.

Madre mía, es que a Dios le tengo miedo,
y a tí te tengo tanto, tanto amor!

“Para tí guarda el corazón del hijo
el tesoro de amor, que encierra en él,
y aunque Dios es mi Padre y lo bendigo
yo no lo puedo como a tí querer...”

“Eres, Madre, una tabla casi sola
que, ya náufrago, alcanzo a divisar...
Mas, perdón otra vez Madre y Señora
si yo dudé y vacilé... Basta ya!

No contento con la devoción que él tenía a Nuestra Señora procuraba encenderla en los demás, y por eso en varias de sus obras vemos que inculca el que se dirijan oraciones al Señor, pero también a la Virgen. Para no alargarnos demasiado nos contentamos con señalar la siguiente estrofa de la composición “A mi querido Carlos Pradilla:

“Pídele a Dios con fe, que te reanime
con fe a su Madre pídele
que te dé lo que saben ellos dar...”

Basta con lo citado hasta aquí para comprender que la devoción que siempre ha distinguido al pueblo antioqueño hacia la Virgen María, y “que nace en el alma cual la fe”, como dijera el

mismo Gregorio, estaba en él. Que en su casa se rezaba diariamente el Rosario, como manifestación de esa devoción, lo atestiguan varios de sus amigos, quienes escribieron sobre todos los aspectos de la vida del poeta, cuando ocurrió su muerte, en 1872.

INDICE

Introducción. Jaime Serna Gómez ...	3
Síntesis Biográfica. Antonio Gómez Restrepo ...	17
G. G. G. Nito Restrepo ...	19
G. G. G. Salvador Camacho Roldán ...	39
G. G. G. Rafael Pombo ...	45
G. G. G. Menéndez y Pelayo ...	100
G. G. G. Rafael Maya... ..	101
G. G. G. Marco-Fidel Suárez ..	103
G. G. G. Tomás Carrasquilla ..	111
G. G. G. Epifanio Mejía ...	113
G. G. G. Benigno Gutiérrez ...	114
G. G. G. Jaime Mercado Jr. ...	143
G. G. G. René Uribe Ferrer ...	152
G. G. G. Tales... ..	159
G. G. G. Javier Arango Ferrer	164
G. G. G. Gilberto Olarte ...	166
G. G. G. Joaquín Bernardo Restrepo ...	184

